

PAVEL GOIA
CON
KELLY MOWRER



CON
ESPÍRITU
Y
PODER

La presencia de Dios
y sus respuestas a la oración
en el caminar de Pavel Goia

PAVEL GOIA Y KELLY MOWRER

CON
ESPÍRITU
Y
PODER

La presencia de Dios
y sus respuestas a la oración
en el caminar de Pavel Goia



Título: Con Espíritu y poder

Subtítulo: La presencia de Dios y sus respuestas a la oración en el caminar de Pavel Goia

Título original: In the Spirit and Power

Autores: Pavel Goia y Kelly Mowrer

Diseño del proyecto: Editorial Safeliz

CEO: Mario Paulo Martinelli

CFO: Sergio Mato Rhiner

Traducción: Juan Fernando Sánchez

Corrección: José David Pallas

Diseño de la cubierta y maquetación: Bezalel&Aoliabe

Imagen de cubierta: Getty Images

Copyright © 2022 by Editorial Safeliz S.L.

**Editorial Safeliz, S. L. · Pradillo, 6 · Pol. Ind. La Mina
E-28770 · Colmenar Viejo, Madrid, Spain · Tel.: [+34] 91 845 98 77
contact@safeliz.com · www.safeliz.com**

ISBN: 978-84-19752-16-1

Agosto 2023: 1ª edición

IMPRESO EN CHINA

IMP19

**A menos que se indique otra cosa,
todas las citas bíblicas son de la versión Reina Valera 1995.
Copyright © 1995 Sociedades Bíblicas Unidas.**

**Todas las citas de Elena G. White están tomadas del sitio web del White Estate en
<https://beta.egwwritings.org> (y, cuando ha sido necesario, se han traducido aquí desde
la versión original en inglés).**

**No está permitida la reproducción total o parcial de este libro (texto, imágenes o diseño)
en ningún idioma, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito de los titulares del 'Copyright'.**

RECOMENDACIONES

«Me gustan los libros que van más allá de mis propias ideas y me llegan al corazón. *CON ESPÍRITU Y PODER* es uno de ellos. Resulta inspirador comprobar cómo aprendió Pavel Goia a vivir por la fe, a depender de la oración y a creer en milagros modernos. Es asombroso cómo todo esto impactó su vida, familia y ministerio, y, especialmente, cómo abrió puertas al reavivamiento y la misión. Pavel Goia es una persona que aprendió a reconocer las bendiciones, las cuales ahora comparte. Lee este libro centrado en la confianza en que Dios nunca cambia, y así la historia de Pavel puede ser la tuya por medio del poder de la oración».

Erton C. Köhler, *secretario ejecutivo de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día*

«Pavel Goia ha vivido una vida de fe y oración y da cuenta de un crisol con profundas experiencias junto a Dios. Sus notables historias de milagros divinos te inspirarán a un caminar más íntimo con el Señor. Entretejiendo de manera hermosa los principios de la oración con asombrosas historias reales, Pavel confecciona el tapiz de una fe capaz de transformar la vida. Recomendando encarecidamente *CON ESPÍRITU Y PODER* como ayuda en tu caminar espiritual».

Mark A. Finley, *asistente del presidente para Evangelismo de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día*

«De manera apasionada, el pastor Pavel Goia comparte poderosas historias verídicas, atractivas e instructivas sobre los aspectos prácticos de la oración. Este libro transformará la vida devocional de todo lector que busque sinceramente experimentar una relación personal y llena de sentido con Dios. Es una lectura deliciosamente amena y cautivadora, repleta de

sólidos principios prácticos de oración presentados de manera sencilla, inspiradora y convincente. Sin duda, una lectura necesaria para cualquier ferviente buscador de Dios».

Geoffrey G. Mbwana, vicepresidente general de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día

«Una de las mayores necesidades de la vida cristiana en el siglo XXI es ser conscientes de la realidad de la presencia de Dios y mantenernos receptivos a ella. ¡Dios es real! ¡Actúa en nuestras vidas! Incluso en nuestros días las oraciones reciben respuesta y se producen milagros. Esto es algo manifiesto en las experiencias vitales del pastor Pavel Goia recogidas en este libro. Estoy seguro de que sus lectores serán bendecidos y alentados a vivir diariamente en la presencia de Dios».

Artur A. Stele, vicepresidente general de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día

«Desde el primer capítulo, es muy evidente que se trata de un libro práctico, apoyado en inspiradores ejemplos de la experiencia de Pavel Goia. Tras empezar a leerlo, ya no pude dejarlo. De un modo simple pero no simplista, el autor explica cómo tener una vida de oración más dinámica y llena del Espíritu. No leas este libro a menos que estés dispuesto a ser transformado».

Audrey Andersson, secretaria ejecutiva de la División Transeuropea de la Iglesia Adventista del Séptimo Día

«Este no es un libro más. Es el fascinante e inspirador testimonio de una vida de oración y fe que nos lleva de la mano por sendas de milagros y nos impele a confiar en el Dios de lo imposible, el Dios de los milagros y el Dios de los nuevos comienzos».

Robert Costa, secretario ministerial adjunto de Evangelismo y Crecimiento de la Iglesia de la Asociación Ministerial de la Asociación General

«Mi corazón se conmovía y mi fe se consolidaba mientras leía CON ESPÍRITU Y PODER, Pavel Goia. Encontré a un Dios asombroso que está hoy presente en el mundo amando y cuidando a sus hijos. Es todopoderoso y no obstante absolutamente amoroso. Si quieres profundizar en tu amor a Dios o necesitas recuperar tu primer amor por él, este libro es lectura obligada para ti».

S. Joseph Kidder, *profesor de Teología Aplicada y Discipulado en el Seminario Teológico Adventista del Séptimo Día de la Universidad Andrews*

«Si crees que los milagros terminaron con el libro de Hechos [...] y que en realidad la oración ya no causa un gran impacto [...], no leas este libro. Pero si estás dispuesto a que Dios haga «algo nuevo» en tu vida, en tu iglesia y en tu mundo, no puedes permitirte dejar de leerlo. Créeme: nunca serás el mismo después».

Dwight K. Nelson, *pastor principal de la Pioneer Memorial Church (Berrien Springs, Michigan)*

«Gracias a Dios por los dos padres de Pavel Goia, el terrenal y el celestial. Ellos le enseñaron: “Ora hoy. Estudia hoy. Ríndete hoy. Sirve hoy”. Este no es un libro más sobre la oración. No es sobre santidad orgullosa; es sobre el servicio abnegado. Dice Pavel: “Pide para que puedas dar”, y observa cómo eso te cambia la vida».

Jeffrey O. Brown, *secretario ministerial adjunto de la Asociación Ministerial de la Asociación General*

«Todos los que anhelan el poder del Espíritu Santo en su vida de oración necesitan leer este libro. Las historias de milagros son apasionantes, pero las lecciones del corazón compartidas a lo largo de los testimonios son las que realmente muestran el mensaje de Pavel de manera clara y relevante. Estas páginas me desafían en mi necesidad de una oración más profunda y una fe mayor. ¡Compartiré este libro con muchos!».

Melody Mason, *autora de Daring to Ask for More (Atreverse a pedir más)*

«Si ansías una relación más estrecha con Dios a través de la oración, inspiración para tu diario caminar, y tienes sed del Espíritu, lee este libro. *CON ESPÍRITU Y PODER: La presencia de Dios y sus respuestas a la oración en el caminar de Pavel Goia* es una obra extraordinaria con historias personales y aplicaciones prácticas que conducen al lector hacia una experiencia auténtica con el Señor. Es un libro que leerás más de una vez y que desearás compartir con tus amigos».

Jonas y Raquel Arrais, *ministeriales de Ministerios de la Infancia, de la Familia y de la Mujer de la División del Norte de Asia y el Pacífico*

«Procedente de una Rumanía comunista, fría y atea, Pavel Goia nos presenta las historias asombrosas de una extraordinaria vida de oración. Dientramente asistido por Kelly Mowrer, el doctor Goia revela la realidad del verdadero Dios del cielo, quien contesta las sinceras oraciones del corazón aun en las circunstancias más hostiles. Los lectores se quedarán con ganas de más... De más historias y de vivir por sí mismos una experiencia similar con el amoroso Dios del universo».

Anthony R. Kent, *secretario ministerial adjunto de la Asociación Ministerial de la Asociación General*

«Jesús nos llama a cada uno de nosotros a experimentar la misma transformación espiritual apasionante y los milagros prodigiosos que experimentaron los creyentes de la iglesia primitiva. Desde hace años, nuestra familia es testigo de cómo Pavel y Daniela Goia viven esta auténtica aventura impulsada por el Espíritu. Leer estas historias y lecciones de vida es como descubrir un nuevo capítulo actual del libro de Hechos. Si buscas un gozoso y victorioso caminar por gracia, lee este libro y deja que Dios te transforme a ti, a tu familia, a tu iglesia y al mundo con su poder».

Jerry y Janet Page, *secretario ministerial y secretaria ministerial adjunta de la Asociación Ministerial de la Asociación General*

AGRADECIMIENTOS

Primero, toda mi gratitud y alabanza se dirigen a Dios por su amor infinito expresado a través de Jesús, y por su presencia conmigo en todo momento por medio del Espíritu Santo.

En segundo lugar, a mi amada esposa, Daniela. Estoy realmente agradecido a Dios por ti y por sus bendiciones para nuestra familia.

A mi mamá y a mi papá, Pavel y Eugenia, seguiré dándoles gracias por toda la eternidad porque me enseñaron a conocer y amar a Dios.

A mi coautora, Kelly Mowrer, con todo mi corazón, quiero mostrarle mi profundo agradecimiento por sus fervorosas oraciones, su visión y su apoyo en este libro. Kelly trabajó mucho, fue paciente y flexible. Ha sido una bendición colaborar con ella.

Al pastor Jerry Page, por su piadosa dirección y su ayuda en este proyecto. En cada paso, frente a todos los obstáculos, actuó de acuerdo con sus oraciones y el Espíritu contestó con poder.

A Sheryl Beck, por su eficaz labor de edición, su excelente capacidad organizativa, y su sabiduría, fiabilidad, amabilidad y paciencia.

A Estrellita Jiménez y Tatiana Patrasco, por dedicar generosamente tanto tiempo a transcribir muchos sermones. Estos documentos fueron de valor inestimable para la redacción del manuscrito.

A Mario Martinelli y al equipo de Editorial Safeliz, por su orientación misionera, su esfuerzo abnegado y su inacabable paciencia.

A mis consagrados compañeros de ministerio y a los miembros de mi maravillosa iglesia, demasiado numerosos para poder nombrarlos, gracias por vuestra amistad y servicio a Dios a lo largo de los años.

Hay tres personas que merecen una mención especial por razones que quedarán claras en el libro:

Gracias al pastor Traian y a su esposa, Irina, que invirtieron tiempo y amor en una generación de jóvenes que aún caminan con Dios merced a su ministerio. Y a Pitzi, mi amigo de toda la vida. A Dios sea toda la gloria.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	Se acabó el pasar hambre.....	13
CAPÍTULO 1	Descubre a un Dios diferente.....	21
CAPÍTULO 2	No busques un milagro.....	31
CAPÍTULO 3	Esto es la guerra.....	48
CAPÍTULO 4	Nos vemos el jueves.....	64
CAPÍTULO 5	¿Qué hará? ¿Desfraternizarnos?	80
CAPÍTULO 6	“Kumbayá”	91
CAPÍTULO 7	Tampoco tú me gustabas.....	103
CAPÍTULO 8	Quiero dormir.....	120
CAPÍTULO 9	Eso solo era el principio	132
CAPÍTULO 10	Dios odia los ojos azules.....	146
CAPÍTULO 11	Hoy pagas, mañana es gratis.....	164
ANEXO	Cuarenta días de consagración espiritual.....	181

SE ACABÓ EL PASAR HAMBRE

«Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra».

Hechos 1: 8

El viento era gélido. Mi esposa, Daniela, y yo esperábamos en una larga cola detrás de un edificio de apartamentos situado en el campus de la Universidad Andrews, en Michigan. Un caballero entrado en años, el señor Tricket, proporcionó comida enlatada para los estudiantes que la necesitaban. La nieve era espesa y nuestros zapatos y calcetines se estaban empapando. Nos hallábamos helados y mareados por el hambre después de cinco días sin comer. Cada bocado de comida que obteníamos era para nuestros hijos.

Daniela y yo aprendimos a ayunar... por necesidad. Mi esposa puede aguantar mucho tiempo sin comer. Hasta dos semanas. Yo también puedo ayunar, pero nunca más de cinco horas cada vez. En este caso aguanté cinco días. Ahora que teníamos unas cuantas latas de judías verdes, regresamos a nuestro apartamento.

La matrícula y los libros eran caros, por no hablar del alojamiento, el seguro, la comida, la ropa, el agua, el gas y la electricidad, la escuela de nuestros dos hijos y muchas más cosas. Daniela tenía dos empleos pero solo le pagaban a seis dólares la hora. Yo también trabajaba en dos puestos y llevaba una pesada carga académica tratando de embutir tres años de estudios en uno y medio.

Procedentes de nuestra Rumanía natal, habíamos llegado a Estados Unidos solo dos años antes. Yo aún estaba aprendiendo el inglés a la vez que estudiaba griego y hebreo con profesores anglófonos, además de asistir a muchas otras clases. Por la gracia de Dios, conseguía buenas calificaciones. Sin embargo, con independencia de cuánto orábamos o trabajábamos, seguíamos afrontando dificultades. No le dijimos nada a nadie acerca de ello, tan solo continuamos orando y trabajando mucho.

Entonces las cosas empeoraron. Recibimos una carta de los responsables del alojamiento universitario según la cual seríamos desalojados si no pagábamos el alquiler al final de la semana. Y además nos llegó una carta de la universidad informándome de que no podría matricularme para el siguiente semestre a menos que pagásemos las tasas completas.

Oré fervientemente, una y otra vez, para que Dios interviniera. Pero nada sucedió. Yo no lo entendía, ¡incluso me disgusté con Dios! ¿Has orado alguna vez sin haber obtenido ninguna respuesta o alivio aparente? ¿Le llevas pesadas cargas a Dios en oración y, al terminar, sigues abrumado por ellas?

Daniela y yo hemos pasado por eso. Cuanto más hablábamos y pensábamos en ello, más desalentados y deprimidos nos sentíamos. Cuanto más buscábamos respuestas para nuestros problemas, más se multiplicaban. Cansados, desmoralizados y hambrientos, nos fuimos a la cama. Me parecía que no podíamos hacer nada. Nos sentíamos impotentes respecto a todas estas cosas.

No olvidéis

Al día siguiente, leímos parte de Deuteronomio 4 en nuestro culto familiar. Los dos sentimos que esta historia bíblica nos hablaba directamente a nosotros. Era la parte en que Dios se dirigía a Moisés para que escribiera todas las cosas que el Señor había hecho por los hijos de Israel y para que ellos se las leyeran a sus hijos y nietos una y otra vez a fin de que nunca olvidasen cómo Dios los había guiado.

Luego leímos de otro libro inspirado y nuestros ojos se detuvieron en este poderoso pasaje: «No tenemos nada que temer del futuro, excepto que olvidemos la manera en que el Señor nos ha conducido y sus enseñanzas en nuestra historia pasada»¹

Los dos nos quedamos en silencio por unos momentos, escuchando al Espíritu Santo en nuestros pensamientos. Luego empezamos a conversar. Decidimos dejar de concentrarnos en nuestras pruebas. En lugar de ello, centraríamos nuestra atención en Jesús, en su amor, en sus promesas y en las extraordinarias maneras en que nos había dirigido hasta entonces. Comenzamos a evocar algunas de las historias de su intervención en nuestras vidas. Cuanto más hablábamos, más paz y aliento recibíamos.

Algunos de mis compañeros de clase afrontaban desafíos aún mayores. Uno perdió a su esposa por un cáncer. Otro perdió a sus padres en un accidente de tráfico. En total, recordamos a siete compañeros de clase y sus familias que pasaban por pruebas. Así que fuimos a compartir algunas promesas de la Biblia y a orar con ellos.

Después de visitar a cada uno de ellos y volver a casa, *nuestras* oraciones cambiaron y ya no teníamos hambre de alimento físico. En lugar de pedir comida o ayuda, orábamos para que Dios nos llenase de su Espíritu Santo. Pedíamos aceite fresco, una nueva unción. Le rogamos que nos bautizara cada mañana y nos hiciera como Jesús para que fuésemos una bendición para los demás.

Todavía poníamos nuestras necesidades delante de él, pero también le dábamos gracias por sus muchas otras provisiones, expresando nuestra fe en que seguiría cuidándonos. Luego dedicábamos el resto de nuestro tiempo de oración a mencionar a las familias que acabábamos de visitar, pidiendo la intervención de Dios en sus vidas. Por primera vez en muchos días, sentimos paz, una paz verdadera.

Esa noche, un hombre a quien no habíamos visto nunca llamó a nuestra puerta buscando a la pareja que había vivido anteriormente en el apartamento. Cuando se enteró de que se habían mudado, mostró su decepción.

—Vaya... Mi chaqueta necesita unos arreglos y la esposa siempre me la arreglaba.

—Bueno —contesté—, nosotros teníamos un pequeño negocio dedicado a confeccionar prendas de vestir. Mi esposa puede arreglársela en poco tiempo.

—¡Estupendo! Aquí está. Le doy ya mismo 20 dólares por el trabajo y esperaré en el coche.

Daniela empezó a coser la chaqueta. Yo ya no podía esperar más para comer, así que tomé el importe de su pago y corrí a la tienda de alimentación. Con la comida en las manos, comí mientras caminaba con una gran sonrisa en la cara.

El hombre aún estaba esperando y notó que yo disfrutaba con la comida.

—Debía de tener usted mucha hambre para correr a la tienda enseguida —dijo—. Lo cierto es que Dios ha bendecido mi hacienda. Tengo el maletero lleno de productos del campo. ¿Les puede ser útil?

—Sí —balbucí, conmovido—. ¡Sería una enorme bendición!

El hombre abrió su maletero y vi el cielo ahí dentro. Ocho grandes cajas de frutas y verduras, más otra con pan de su panadería. ¡Esas nueve cajas llenaron nuestro diminuto salón! Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Mostramos gratitud a aquel hombre al marcharse, luego nos abrazamos el uno al otro y caímos de rodillas. Después de alabar a Dios, yo quería seguir comiendo de inmediato, pero Daniela me detuvo.

–No lo tocaremos aún –dijo–. Vamos a dividirlo en ocho cajas iguales, y luego llevamos una a cada uno de tus compañeros de clase a los que hemos visitado esta tarde. Nos guardaremos solo una para nosotros.

No fue fácil para mí, pero comprendí que ella tenía razón. Así que accedí. Visitamos a cada una de las siete familias y le entregamos una caja de comida. Vimos lágrimas de alegría en sus ojos. Aunque deseábamos bendecirlos, parecía que los más bendecidos éramos nosotros.

Regresamos a casa, comimos, alabamos a Dios y nos fuimos a dormir. Al día siguiente, nuestro amigo de Tennessee llamó para preguntar cómo estábamos.

–En las últimas semanas, no parecéis tan comunicativos como de costumbre. ¿Ocurre algo?

Sin querer quejarme, le dije:

–No, está todo bien.

Él no me creyó. Llamó al departamento de alojamiento universitario y averiguó que estábamos atrasados con el pago del alquiler. Pagó el importe de las deudas pendientes, ¡más tres meses por adelantado!

Luego fui a la escuela para defender mi caso, preguntando si podía pagar la matrícula después del verano. Me dijeron: «No es necesario. Tu matrícula fue pagada en su totalidad por una persona anónima que quería transmitir bendiciones de Dios a los demás».

Regresé a nuestro apartamento y revisé el buzón. En su interior había un sobre con dinero en efectivo: la cantidad exacta que debíamos a la compañía eléctrica. Nos quedamos sin palabras. No habíamos hablado con nadie sobre nuestros problemas, ¡y mucho menos sobre la cantidad que debíamos!

Dios llegó más lejos de todo lo que podíamos haber imaginado. Decidimos registrar estas historias por escrito y compartirlas con

nuestros hijos y nuestros amigos porque no solo mostraban su maravilloso amor sino también la manera en que él actúa. También revelan lo que él espera de nosotros hoy. Dios nos llama a dejar nuestro yo de lado y a orar pidiendo el Espíritu Santo para que podamos conocerle de verdad. Cuanto más le conocemos, más le amamos y más confiamos en él. Y cuanto más nos acercamos a él, más se acerca él a nosotros hasta que llegamos a ser uno. Él vive en nosotros.

Solo cuando le experimentemos a través de su Espíritu tendremos algo que compartir. Solo entonces podremos ayudar a otros a conocerle también. Cuando las personas ven a Jesús en nosotros, entonces somos verdaderamente cristianos. Su presencia en nosotros toca los corazones como nosotros jamás lo podríamos hacer por nosotros mismos.

¿Qué preguntas tienes?

Cuando viajo a otros lugares, la gente me hace a menudo preguntas como estas:

¿Cómo puedo conocer mejor a Dios? ¿Cómo puedo ser lleno del Espíritu Santo? ¿Puedo realmente tener la seguridad de que soy salvo?

¿Cómo descubro cuáles son sus planes para mí? ¿Cómo puedo ser guiado por su Espíritu?

¿Qué puedo esperar cuando oro? ¿Por qué Dios tarda tanto en contestarme?

¿Cómo puedo experimentar su poder transformador en mi vida y en mi iglesia? ¿Cuándo vendrá el Espíritu Santo de la manera en que lo leemos en el libro de Hechos?

En la Biblia se nos prometen estos maravillosos regalos; son algo seguro. Sin embargo, con frecuencia no llegan del modo que imaginamos o esperamos. Los planes de Dios van mucho más allá de nuestros planes humanos, y la sabiduría divina no siempre tiene sentido para nuestras humanas mentes.

Cuando Dios actúa, puede parecer incluso que las cosas marchan en la dirección *equivocada*. Él le contó a José que llegaría a estar en una posición por encima de la de su familia, pero José fue vendido como esclavo y enviado a prisión. Dios le dijo a Moisés que libertaría a Israel. Pero esto no llegaría sin que primero Moisés pasara cuarenta largos años en el desierto.

Antes de que Dios pueda usarnos, a veces permite pruebas que nos enseñen a seguir *sus* planes y a confiar en su sabiduría, no en la nuestra.

Pero ¿cómo se hace eso? ¿Cómo conocemos siquiera a Dios y sus planes? ¿Cómo distinguimos su voz? ¿Cómo experimentamos su poder, su amor transformador y su salvación? ¿Cómo contribuimos a que lo conozcan quienes nos rodean? ¿Cómo crecemos, y cómo crece nuestra iglesia?

Este libro no pretende dar respuestas exhaustivas ni teológicas a todas estas cuestiones. Pero, al compartir mis historias, tanto las de la infancia como las de todos mis años de ministerio, espero que encuentres ideas y respuestas prácticas a estas preguntas.

Además, comparto más de una vez pensamientos clave por su especial importancia en mi vida. Creo que cuanto más los repetimos y meditamos en ellos, más los entendemos y aplicamos.

Dios nunca ha cambiado.

El mismo Dios que habló con Moisés y Abraham, Juan y Pedro quiere comunicarse contigo hoy. ¡Tiene planes para ti!

El que transformó a Pablo de perseguidor en apóstol quiere darte hoy a ti, a mí y a todos sus hijos este mismo poder transformador.

En todo el mundo veo a cristianos anhelosos de tener una relación más estrecha con Jesús, de conocerle y servirle. Veo hambre de crecimiento espiritual, sed de reavivamiento. Sentimos que Jesús nos llama a vivir una experiencia más profunda a través de su Santo Espíritu.

Ansiamos un caminar personal junto a él en el que escuchemos y conozcamos su voz.

Cuando Daniela y yo alcanzamos nuestro punto más bajo hace años, Dios abrió nuestros corazones. Él nos llamó a cambiar nuestro centro de atención. En lugar del afán por resolver nuestras necesidades físicas, hemos de sentir hambre de su presencia, de su Espíritu.

Hoy él nos llama a ti y a mí, y a toda su iglesia, a echar nuestros egos a un lado y a buscar al Espíritu Santo para que podamos ir como testigos al mundo, testigos que muestren a Cristo mediante su autorrenuncia y su amor, y que vivan sus promesas en medio de todas las pruebas.

«No tiene límite la utilidad de aquel que, poniendo el yo a un lado, deja obrar al Espíritu Santo en su corazón, y vive una vida completamente consagrada a Dios».²

Cuando viene el Espíritu Santo, nos transforma. Nuestras vidas se tornan una fragancia, una luz, una bendición.

Oro para que este libro te conduzca a una relación más estrecha con Dios y te ayude a conocerle más de manera real. ¡Jesús viene pronto! No hay más tiempo que perder. ¡Debemos empezar ahora! Si le damos permiso hoy, el Espíritu puede transportarnos a esta poderosa experiencia.

Pavel Goia

Nota importante: Todas las historias de este libro son reales. Se han cambiado algunos nombres y detalles relevantes para asegurar la privacidad.

¹ Elena G. White, *Joyas de los Testimonios*, t. 3, pág. 443.

² Elena G. White, *El Deseado de todas las gentes*, pág. 211.

DESCUBRE A UN DIOS DIFERENTE

Tenía 19 años y encaraba la crisis más grande de mi vida. Estaba a punto de ser expulsado de la Universidad de Bucarest porque no asistía a clases en sábado.

Mi mente bullía. Durante aquellos años, en la Rumanía comunista las personas sin formación académica enfrentaban una vida dura. Para empezar, ya el hecho de entrar en la universidad había resultado casi imposible. Cuando lo solicité, 976 estudiantes competían por diez plazas. Quedé cuarto en las pruebas y me sentí muy feliz porque ahora podría tener una buena vida, cómoda y decente.

Entonces empezaron a aumentar las presiones a medida que faltaba a clase sábado tras sábado. Oré desesperadamente a Dios para que me ayudara. Pero no recibí respuesta.

Un día, el rector de la universidad me dio un ultimátum.

«Goia, si vas a la iglesia, no tienes futuro en este país. Te expulsaremos de la universidad y será el fin de tu formación académica. El próximo sábado será tu última oportunidad.

Si vienes a clase, seguirás dentro. Si no vienes, te quedarás fuera. La elección es tuya».

El sábado se acercaba y mi conflicto interno se agravaba. Se me tensó tanto el estómago que no podía comer. Me pasaba la noche despierto en la cama preguntándome por qué Dios no contestaba mis oraciones. Luego oraba de manera aún más apremiante. El dilema parecía insoportable.

En mi desesperación, llamé a mi padre y se lo conté todo.

–Papá, no sé qué más hacer. He tratado de hablar con ellos. He orado durante horas. He ayunado. He reclamado las promesas de Dios. Y lo hice con fe. ¿No debería recibir una respuesta si pido con fe? Si no voy a clase este sábado, me expulsarán y lo perderé todo. Dime qué más necesito hacer para que él conteste mis oraciones.

Mi padre pensó unos instantes.

–Hijo –respondió finalmente–, necesitas descubrir a un Dios diferente.

Se me quedó la mente en blanco.

–¿Qué quieres decir?

–Tú crees que Dios está ahí para concederte tus deseos, pero él es el señor y tú eres su siervo. Debes centrarte en él en lugar de centrarte en los estudios.

Yo aún no entendía.

–¿Cómo quieres que ore? –pregunté.

–Tú quieres que Dios salve tus estudios y tu futuro. Pero tú no eres el centro del universo; el centro es Jesús. Cuando ores, di: «Señor, me gustaría que salvaras mis estudios; no obstante, por favor, haz lo que te honre a ti. Si mi presencia en esta universidad te sirve a ti, déjame seguir en ella y ser una luz para ti. Si no, sácame de allí y ponme dondequiera que pueda honrarte y servirte». Cuando renuncias al yo y pones a Dios en el centro, cuando te rindes completamente, cuando estás dispuesto a sacrificarlo todo, incluidos los estudios, esa es la oración que él contesta.

»Cambia tu oración, hijo. Entonces experimentarás poder. Todo lo que intentes salvar lo perderás. Pero todo aquello que estés dispuesto a perder, entregándolo y dándoselo a él, eso es lo que salvarás. Eso es lo que él puede proteger, preservar, usar y bendecir.

»Puede que pienses que la carrera es lo que tú necesitas, y esa es la razón por la que oras por ella. Pero tu verdadera necesidad es conocer a Dios; conocer su voluntad. Necesitas tener una relación con él. Necesitas conocerle y confiar en él *más* de lo que necesitas tu formación académica. Hijo, no puedes tenerlo todo: Dios y la universidad, o cualquier otra cosa. Dios puede permitirte permanecer en la universidad o no, pero esa no debiera ser tu preocupación. Has de escoger qué tiene prioridad. Aunque digas «Dios es lo primero», si luego luchas en oración por renunciar a la universidad, así queda claro que esta es lo primero. Todo aquello a lo que no puedas renunciar, todo lo que tiene tu prioridad, eso es lo que adoras. No puedes adorar a Dios y a otras cosas al mismo tiempo. No puedes optar por soluciones intermedias. Necesitas elegir. No puedes tener un corazón dividido. O todo para Dios, o nada para Dios.

¿Por qué no vemos poder?

Déjame ahora interrumpir mi historia para plantearte una pregunta.

¿Por qué hoy no vemos poder en nuestras vidas ni en la iglesia?

Aunque seamos cristianos desde hace años, incluso décadas, todavía nos falta el poder. Estamos ocupados en proyectos, programas y actividades de la iglesia, asuntos buenos y necesarios. Pero sabemos que falta algo vital en nuestras vidas y en la iglesia. Deseamos más.

Hablamos mucho de Jesús, de su amor, de su poder y de lo que él hizo en el pasado, pero no es mucho lo que ocurre en nuestras vidas, nuestras familias y nuestras iglesias. Hablamos acerca del libro de Hechos: el Pentecostés, los milagros, las conversiones, el crecimiento extraordinario y todo lo que aconteció entonces. Deseamos eso mismo

en nuestros días, pero ¿cómo puede ocurrir de nuevo? Estamos enfrentando unos tiempos desafiantes y no sabemos qué hacer.

En todo el mundo, las profecías que aprendimos desde niños se están cumpliendo ante nuestros ojos. En los ámbitos político, económico, religioso y en todos los demás, suceden cosas en preparación de la venida de Jesús, no una venida remota, sino muy próxima.

Necesitamos a Dios ahora más que nunca antes. Necesitamos concluir la obra. Necesitamos prepararnos para la mayor crisis de la historia. Necesitamos estar listos para la Segunda Venida. Y para ello, necesitamos la presencia y el poder divinos. Pero ¿cómo recibimos el poder?

Jesús dijo a los discípulos que *orasen hasta* que recibieran el Espíritu Santo. Y les anunció que cuando viniera el Espíritu, recibirían poder (ver Hech. 1: 8). Entonces debían salir a predicar las buenas nuevas.

Antes de enviarlos, Jesús les pidió que se quedaran, esperasen y oraran. No les pidió orar una vez, dos veces, por una semana o durante cuarenta días. La Gran Comisión no empieza yendo al mundo entero para contar las buenas nuevas. *Primero*, debemos esperar y orar. Orar por el poder del Espíritu Santo. Jesús dijo que *orasen hasta...* Estaba claro. «Orad hasta que recibáis el Espíritu Santo. Entonces recibiréis poder».

Cuando el Espíritu Santo vino en Pentecostés, los discípulos empezaron a entender verdaderamente el sacrificio de Jesús, a comprender las profecías y el gran conflicto. La venida del Espíritu los transformó a ellos y, por medio de ellos, a todo el mundo conocido. Se olvidaron de sí mismos y se centraron por entero en Dios y en su misión. Este derramamiento del Espíritu Santo estaba simbolizado como la lluvia temprana.

Hoy, también hemos de *orar hasta* recibir el Espíritu, lo cual será la lluvia tardía. Dice Zacarías 10: 1: «Pedid a Jehová lluvia en la estación tardía».

Ahora es el tiempo de la lluvia tardía.

Necesitamos orar por ella.

Como individuos y como iglesia, ¿cómo podemos crecer espiritualmente si no tenemos poder espiritual? Este solo llega cuando viene el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo viene cuando oramos.

No podemos librar batallas espirituales con el poder humano. Para la guerra espiritual, necesitamos poder espiritual. Puede que la sabiduría humana, los planes humanos y las estrategias humanas sean buenos, pero nunca traerán verdadero éxito sin el poder del Espíritu. Podemos plantar las semillas, regar, cultivar y escardar, pero solo Dios da el crecimiento. Esta obra no se hace con fuerzas humanas «sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Zac. 4: 6).

Jesús dijo claramente a los discípulos que era mejor que él se fuera porque entonces les enviaría al Consolador (Juan 16: 7). Y añadió que el Espíritu Santo los guiaría y ayudaría en *todas* las cosas y conduciría a *toda* la verdad (16: 13). *Todo* es posible a través de su Espíritu; *nada* es posible con nuestro poder. En su Espíritu se concentran *todos* los recursos celestiales.

Los discípulos oraron juntos y unánimes. Oraron por el Consolador prometido. Y a raíz de ello, recibieron el Espíritu Santo. Y con él, recibieron poder. Y entonces todo lo demás ocurrió de maneras que a ellos los superaban y que nunca podrían haber imaginado. Un pequeño grupo de personas perseguidas, sin dinero, medios de comunicación o influencia pusieron el mundo patas arriba.

¿Estamos listos para orar hasta que recibamos el poder del Espíritu Santo en nuestros días?

Mi padre solía decir: «No oro por lo que *creo* que necesito porque no estoy seguro de saber qué es lo mejor que pedir. Oro por lo que Dios quiere para mí: su voluntad, planes y honra. ¡Y oro hasta que soy lleno de su presencia! Oro hasta que el Espíritu Santo toma control sobre mí, mi mente,

palabras y acciones. Entonces Dios puede transformarme, hacerme crecer, inspirarme, guiarme y usarme. Solo la presencia de Dios en mí puede producir verdaderos resultados. Ya no me centro en mí sino en él».

Dios nunca puede trabajar en nosotros ni usarnos hasta que hagamos de su presencia y sus planes nuestra prioridad. Necesitamos buscar su presencia y llenarnos de su Espíritu.

Cristo quiere vivir en nosotros a través del Espíritu Santo.

***Quiere llenarnos de su Espíritu,
derramar su poder dentro de nosotros.***

¡Guau! Este es un concepto muy importante. ¿Cómo puede ocurrir esto en nuestras vidas? ¿Y en nuestras iglesias?

El resto de la historia

Regreso a mi historia sobre la universidad.

Ay, ¡cuánto me rompía la cabeza! Por supuesto, yo quería obedecer a Dios, pero lo que *realmente* deseaba era que él arreglara las cosas de modo que yo no tuviera que elegir. Yo quería *decir* que renunciaba a mis estudios de entonces, pero no quería renunciar a toda mi carrera futura.

Pero mi padre tenía razón: necesitaba cambiar mis oraciones. Me convencí aún más de ello leyendo mi libro devocional: «Cuando oramos, hemos de confiarle a Dios las consecuencias; hemos de permitirle actuar como a él le parezca mejor».

Dios no trabaja con personas entregadas a medias.

Sin embargo, era como si para recibir su respuesta hubiera que sacarle las palabras con sacacorchos.

«Señor, tú sabes cuánto odio decir esto. Sabes que no quiero perder mi estudios y arruinar mi futuro. Pero si realmente crees que no debería seguir con ellos, te doy mi consentimiento para hacer lo que quieras. Ya conoces mi corazón, Señor, lo siento».

Entonces mi corazón y mis oraciones empezaron a cambiar. «Haz lo que te honre y te sirva. Ayúdame a hacer de ti una prioridad, a buscar tu voluntad más que la mía, y a procurar mantener una relación contigo por encima de todas las cosas». Una tras otra, vertía mis palabras.

En el momento en que estuve dispuesto a renunciar a mi carrera y a entregarle todo a Dios, olvidándome de mí mismo, el abrumador peso de la desesperación se desvaneció. Sentí una paz como no la había experimentado nunca en mi vida. De hecho, sentí que Dios estaba justo a mi lado. Temía incluso abrir los ojos o seguir hablando. ¿Qué podía haber dicho en su presencia? Decidí confiar en él. En ese momento, una canción rumana sonó en mi mente: «Quien confía en el Señor no se preocupa por nada».

El jueves, fui a clase resuelto a guardar el sábado a toda costa sin preocuparme más por las consecuencias. La señora Radu, secretaria académica, me saludó y empezó a formularme preguntas. Durante nuestra larga conversación, me dijo:

–Pavel, tú eres un buen estudiante. Es una pena que pierdas tu formación académica. Ven a clase y puedes orar en tu mente.

–No cederé, señora Radu. Dios es lo primero, lo segundo y todo en mi vida. Si Dios quiere salvar mis estudios, él puede hacerlo y lo hará. Pero si no interviene, ¿por qué aun así querría yo seguir en la universidad?

–¡Eres un fanático! Goia, no hay Dios. ¿Acaso le has visto?

–Sí, anoche mientras oraba.

Ella hizo gestos de incredulidad.

–Realmente has perdido la cabeza –dijo–. ¡Despierta! Ningún dios puede librarte del gobierno.

–Señora Radu, mi Dios es más grande que cualquier gobierno. Y él es mi prioridad, no los estudios.

–Bien –dijo, apartando la vista–, quiero ver qué dios puede salvarte de un gobierno comunista.

Oré de nuevo aquella noche, pero ya no rogué por mis estudios ni por el futuro. En lugar de ello, le pedí a Dios que hiciera todo lo que fuera necesario para que la señora Radu y la universidad le conocieran.

«Señor, ayúdalos por favor a saber que existe un Dios verdadero que los ama; un Dios que viene pronto y quiere salvarlos».

El viernes era supuestamente mi último día de clases antes de ser expulsado. Yo no sabía lo que me esperaba cuando me aproximaba a la universidad por última vez. La primera persona a la que vi fue la señora Radu. En cuanto me vio, vino corriendo. Estaba tan pálida y alterada que pensé que se encontraba enferma.

–Pavel, ¿conoces a alguien en el gobierno?

–No –contesté–, ¿por qué lo pregunta?

–¿Conoces a alguien del Comité Central?

–No.

–¿Conoces a Ceaușescu?

–Bueno, todo el mundo conoce al presidente del país. Le veo por televisión.

–No, no, no. ¿Sois parientes, o buenos amigos?

–¿El presidente y yo? ¡Ja, ja, ja! –sonreí. Pensé que bromeaba.

–¿Estás *seguro* de ser sincero conmigo? –preguntó de nuevo.

Yo empezaba a sentirme desconcertado.

–Sí, señora Radu. Le soy totalmente sincero. Todo lo que conozco del gobierno es que hay miles de rosas delante del palacio gubernamental. A veces me detengo ahí y me llevo una rosa gratis para Daniela, mi esposa. Eso es todo lo que conozco del gobierno.

Ella me miró con incredulidad, moviendo ligeramente la cabeza.

–¡Entonces hay un Dios! –dijo, casi para sí misma–. Pavel, llevo veintiún años trabajando en esta universidad. ¡Nunca he visto al gobierno tomar una medida como esta! Esta mañana el presidente ha hablado por televisión. Para facilitar que la economía salga de la crisis ahorrando energía, ha cancelado todas las clases en sábado en todo

el país, a partir de hoy mismo. Si esta ley hubiera llegado el próximo lunes en vez de hoy, habrías sido expulsado de la universidad para el resto de tu vida. Nadie hubiera podido salvarte.

Entonces bajó la voz.

–Tiene que haber un Dios, después de todo –casi susurró–. Tu Dios es real, ¡y te ama!

Respondí:

–Sí, señora Radu, mi Dios es real y me ama. Él dio a su Hijo por usted y por mí. Pero cuando yo oraba solo por mí, no me contestaba. Cuando entregué mi yo y oré por todo lo que le sirviera mejor a él, y para que más personas, como usted, le conocieran, entonces él actuó de un modo que yo nunca hubiera podido imaginarme.

¿Por qué no tenemos poder cuando oramos hoy?

Como decía mi padre hace mucho, oramos las oraciones equivocadas. Olvidamos fijar nuestros ojos en Dios y en lugar de ello los fijamos en nosotros mismos, en otras personas, en los problemas, necesidades, desafíos y cosas de todo tipo. Oramos *más* por respuestas, bendiciones, ayuda o incluso crecimiento de la iglesia y *menos* por la presencia y la voluntad de Dios. Él anhela darse a sí mismo a nosotros por encima de todo. Con frecuencia hemos convertido en ídolos las cosas que Dios pretendía que fueran bendiciones, y así las hemos transformado en maldiciones. Buscamos su ayuda en lugar de buscar su presencia, que es lo que más necesitamos realmente. Necesitamos llenarnos de él.

***A menudo adoramos las bendiciones de Dios
en lugar de al Dios de las bendiciones.***

¿Cómo puede ayudarnos cualquier bendición si nos falta la presencia del Señor? ¿Cómo, si carecemos de una profunda relación con Dios, si no vivimos en total dependencia de él?

Jesús dijo que pidiéramos, buscásemos y llamásemos... en pos del don del Espíritu Santo. Nuestro Padre en el cielo está buscando personas que tengan sed de él, que le deseen a él más que cualquier otra cosa. Personas que se olviden de sí mismas y hagan de él el centro. Personas que busquen su presencia y su guía. Él prometió dar su Espíritu Santo a quienes se lo pidan (ver Luc. 11: 13).

Él nos ayudará a buscarle, a desearle, a conocerle y a amarle por encima de todas las cosas.

RESUMEN

Jesús dijo a los discípulos que *orasen hasta* que recibieran el Espíritu Santo. Solo cuando el Espíritu llegó sobre ellos, recibieron poder. Solo después de ello, salieron a predicar las buenas nuevas.

Piensa en qué poder brotará en nuestras vidas, qué poder fluirá en nuestra iglesia, cuando Dios llegue a ser el centro de nuestras oraciones, cuando *oremos hasta* que el Espíritu nos llene, nos guíe, nos controle y hable a través de nosotros para la gloria de nuestro Padre.

NO BUSQUES UN MILAGRO

A mí al nacer me llamaron igual que mi padre, Pavel Goia, aunque nadie me decía Pavel en la infancia. Mi abuela me llamaba Pavelucu, lo que se abrevió hasta quedar en Lucu, y entonces *todos* me llamaban Lucu.

Crecí en la Rumanía comunista. Cuando estaba en quinto grado, a mi padre lo citaron en la comisaría de policía local y lo amenazaron de muerte por ser parte significativa del proyecto de construcción de una nueva iglesia.

Llevábamos meses trabajando en secreto todas las noches. No usábamos luz artificial, solo la luna. Aún conservo una herida en el pecho por haberme golpeado con un madero tras saltar de un andamio.

Tampoco utilizábamos herramientas para no hacer ruido. Recuerdo a la esposa del pastor removiendo hormigón con una pala en la mano.

Trabajábamos juntos la mayoría de la congregación. Jóvenes, mayores, hombres, mujeres y niños.

La junta de la iglesia oró durante meses antes de decidir emprender el proyecto. Sabían que podíamos ser arrestados. Solo se nos permitía celebrar nuestros servicios de

culto en el viejo edificio en ruinas. Todos sabíamos que el gobierno no nos dejaría construir una nueva iglesia.

El partido comunista de Rumanía fingía ante el mundo exterior que reconocía la libertad religiosa. En realidad, *no* había tolerancia *en absoluto*. Cero. Innumerables cristianos fueron arrestados y enviados a prisión por introducir libros religiosos en el país o imprimirlos, o por negarse a trabajar en sábado durante el servicio militar. Algunos murieron por palizas o de hambre.

La gente vivía con miedo. Tenían miedo de decir algo incorrecto. Miedo hasta de pensar.

A lo largo de los años, mi padre y muchos otros valientes miembros de la iglesia lo arriesgaron *todo* por compartir su fe.

Recuerdo que él nos decía: «No temáis. Somos hijos e hijas del Rey. ¿Por qué habríamos de temer a seres humanos? Hemos experimentado el poder de nuestro Dios, y él es real. Si Dios está con nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros? Si nos invade el temor, entonces solo tenemos una teoría de Dios sin su presencia, o tenemos un Dios muy pequeño. Pero nuestro Dios es infinito en poder, amor y recursos, y él está con nosotros. Nunca estamos solos».

Nuestro Dios es real.

***Solo quienes no tienen un Dios real
viven con temor.***

Para ocultar nuestra construcción ilegal, dejamos en su sitio la pared frontal de la vieja iglesia y construíamos detrás de ella. Pero, una vez que el nuevo edificio llegó a ser más elevado que la vieja fachada, alguien nos denunció a la policía.

Llegaron tarde en la noche, golpeando la puerta cerrada con llave del recinto de nuestra iglesia. «¡Abran!», gritaron desde fuera. Mi padre cruzó caminando el patio de la iglesia, justo hasta la puerta

principal, que tenía un hermoso almendro a la izquierda y un manzano a la derecha.

–¡Abran ahora! –le gritó en la cara el policía responsable de la operación.

–¿Tienen ustedes una orden judicial? –preguntó mi padre. Estaba completamente relajado y tranquilo.

–¡No!

–Entonces no abriremos la puerta –replicó mi padre–. Vayan a traer la orden y luego los dejaremos pasar.

El cabecilla se puso más furioso.

–Es demasiado tarde y de noche –gritó–. No puedo conseguir una orden a estas horas.

–Entonces aguarde hasta mañana –contestó mi padre.

–¡Pagaré usted por esto! –gritó el policía.

La redada

Vi a la policía gritarle a mi padre en diferentes ocasiones a lo largo de los años. Y él nos contó varias historias más de cuando le citaban a la comisaría. Cada vez que las autoridades se enteraban de algo que consideraban subversivo, se dejaban caer por nuestra casa para efectuar un registro. O le convocaban al cuartel de la policía para interrogarle.

Como siempre, mi padre actuaba de modo valiente y sabio gracias a su caminar con Jesús. Y su sabiduría se extendió a todas las áreas de su vida. La gente escuchaba cuando él hablaba. Era sobremanera diligente y emprendedor. Por ejemplo, producía cierta cantidad de miel. Además, trabajaba como contratista de obras. Su trabajo era muy respetado y los funcionarios locales de la ciudad le confiaban tareas complejas.

Mi madre, Eugenia, era tranquila y cariñosa, y creó un hogar maravilloso para nosotros. A mí me enseñaba dos o tres versículos bíblicos cada mañana hasta que me los aprendía de memoria. Todos los días sin excepción. También me enseñaba canciones, asegurándose

de que yo memorizaba todas las estrofas. Por encima de todo, me contaba historias de la Biblia y enfatizaba sus enseñanzas. Me enseñaba, con amor y paciencia, a conocer a Dios a través de su Palabra.

Mis padres nos educaron a mis hermanas y a mí en el amor a Dios y a las personas. «Dios está contigo», nos decían. «Nunca estás solo. Pon tu confianza en él. Mantén los ojos en él. Permanece a su lado».

Recuerdo que mi padre era un hombre de oración. Yo a menudo me deslizaba hasta la cocina, avanzada la noche, para coger algo de comer y le encontraba de rodillas.

Una vez le pregunté:

–¿Por qué oras tanto?

Me dijo:

–Hijo, necesito estar lleno del Espíritu de Dios. Completamente lleno. Si realmente quieres tener éxito en la vida –victoria, crecimiento, frutos–, necesitas pasar tiempo en oración para percibir la presencia de Dios. Jesús dijo que el Consolador nos guiaría en todas las cosas. Cuando estás lleno del Espíritu, él te guía en todo mejor de lo que tú puedes imaginar o planificar. Cuando tienes a Dios y le dejas guiarte, lo tienes todo. Necesitas asegurarte de estar tan lleno de su presencia que sigas sus planes y confíes en él.

Y añadía:

–También oro por ti, por tus hermanas, por tu madre y por la iglesia.

–Pero yo no necesito tanta oración –repliqué una vez.

–Por eso yo oro tanto por ti –contestó.

Periódicamente, o mi padre o mi madre cruzaban hasta la antigua Yugoslavia para traerse clandestinamente Biblias de vuelta. A veces, un amigo de Yugoslavia pasaba a nuestro país para traerlas. Todos sabíamos que las autoridades impondrían el más duro castigo si lo descubrían.

Recuerdo que una vez mi padre cruzó el Danubio y volvió trayendo consigo cajas negras de Biblias de contrabando: diez o veinte cajas.

Las apilamos en un gran montón en medio de nuestro salón.

–Creo que la *Securitate* nos hará una redada esta noche –nos dijo mi padre.

La *Securitate* era la brutal policía secreta del dictador Nicolae Ceaușescu, el entonces líder de Rumanía. Cuando se llevaban a las personas, luego las sometían a duros interrogatorios. A algunas las obligaban a soltar información a base de golpes y torturas. Otras no regresaron a casa. La gente temblaba de miedo cuando aparecían los agentes. La *Securitate* era implacable.

–¿Por qué crees que nos visitarán? –preguntó mi madre.

–Porque vi al hermano Petru siguiéndome en su bicicleta. No tenía otro motivo para estar en la calle por la que yo andaba. Se escabulló en cuanto se dio cuenta de que le había visto.

El hermano Petru y su esposa eran miembros respetados y conservadores de la iglesia. Impartían clases de escuela sabática y ayudaban de muchas maneras. Pero ya cuando yo era muy joven, mi padre me dijo: «Lucu, quiero que seas especialmente cuidadoso con lo que dices cuando estés cerca del hermano Petru. *Ten cuidado*», enfatizó.

Mi padre sospechaba que el hermano Petru era un informador de la policía; un traidor. En aquellos duros años, todas las congregaciones tenían espías; miembros pagados secretamente para contar a las autoridades lo que ocurría.

Muchos de estos informadores pensaban que no tenían elección. «Tienes dos opciones», les decía la policía. «O vas a prisión, para ser golpeado y torturado, o nos dices lo que ocurre en la iglesia y serás libre».

En aquella noche en particular, todos sabíamos que si la policía venía a nuestra puerta, verían enseguida las Biblias de contrabando. No había ningún sitio donde esconderlas.

Sin embargo, yo no estaba muy preocupado. Por naturaleza, era confiado y optimista.

–Solo necesitamos orar y tener fe –les dije a todos.

Mi padre me sonrió.

—Déjame hacerte una pregunta, Lucu —dijo—. ¿Por qué crees que Jesús nos pidió que tuviéramos fe cuando oramos?

—Bueno, porque la fe es lo que produce las respuestas a nuestras oraciones.

—Eso es lo que mucha gente cree —dijo él—. Piensan que si oran con suficiente fe, entonces de algún modo le doblarán el brazo a Dios para que no tenga otra opción que hacer lo que quieren. No entienden que usar la fe para obtener respuestas es como tratar de manipular a Dios con nuestra fe.

»La fe no es *forzar* a Dios a darnos lo que pedimos —continuó—. En lugar de ello, la fe nos cambia el corazón. Con fe, pase lo que pase, creemos que él controla la situación y que haga lo que haga es lo mejor. La fe no es para cambiar a Dios sino para cambiarte a ti. La fe te ayuda a confiar en él cuando no entiendes lo que pasa. Mantiene tus ojos en él y en sus promesas.

La fe no manipula a Dios.

La fe no cambia la voluntad de Dios.

La fe nos cambia a nosotros.

*Aun cuando no entendamos lo que pasa,
seguimos confiando en él.*

Mientras hablábamos, oímos pisadas en el vestíbulo exterior de nuestro apartamento, y luego alguien golpeó en la puerta.

—¡Abran! —gritó una voz.

Mi padre se dirigió a la puerta y la abrió.

—Buenas tardes —dijo.

Allí se encontraban tres agentes.

—Hemos recibido informes de que está usted pasando Biblias de contrabando. ¿Tiene Biblias ilegales en esta casa?

Me pregunté qué diría mi padre. Siempre nos decía que jamás mintiéramos. «No faltéis a la verdad», decía, «porque hacer eso no os salvará. Decid la verdad o manteneos en silencio. Orad siempre por sabiduría para saber qué contestar. Jesús prometió sabiduría a quienes la pidan».

Y ahora mi padre contestó al oficial:

–Dígame –le dijo, como si sintiera curiosidad–, ¿cuál es su trabajo?

El cabecilla le lanzó una feroz mirada.

–Somos agentes de policía.

–Bueno, entonces –continuó mi padre con una ligera sonrisa–, seguramente su labor como policías consiste en registrar. Yo, por supuesto, no podría hacer su trabajo diciéndoles si hay Biblias ilegales aquí. Pero siéntanse libres de entrar a mirar. Estarán haciendo su trabajo. Si lo hago yo, entonces probablemente yo debería recibir su salario.

Yo le había oído decir algo similar durante una redada anterior. En aquel caso, con gesto de asco, el cabecilla se había dado la vuelta, diciendo: «No nos pediría que entrásemos a registrar si tuviera Biblias. Vámonos».

Sin embargo esta vez el agente empujó a mi padre, quitándolo de en medio, e irrumpió en el interior. Los otros le siguieron, invadiendo nuestro pequeño salón. Las grandes cajas de Biblias de contrabando se hallaban justo en el centro, sobrepasando en altura la cintura de un hombre. Dominaban por completo la habitación.

Todos pensamos que la siguiente pregunta sería: «¿Qué hay en las cajas?». En lugar de ello, el cabecilla les dijo a los agentes que registrarán la casa. Comenzaron a mirar por todas partes. Se empezaron a escuchar portazos.

–Mirad debajo de los colchones –fue la orden–. Y en los armarios. En todos y cada uno de los lugares posibles.

Los oíamos abriendo bruscamente todos los cajones. Mi madre tenía lágrimas en los ojos. Yo sé que estaba orando. Pero mi padre

permanecía relajado. Sus ojos estaban llenos de paz cuando se encontraron con los míos.

Después, la policía registró la cocina, vaciando los armarios y echando las cosas a un lado. Luego regresaron al salón, donde miraron detrás de cada mueble. Movieron sillas y tiraron cojines al suelo.

Una y otra vez, pasaron por delante de la enorme pila de cajas del medio del salón, pero nunca se pararon ahí. Tampoco tropezaron con ellas ni una sola vez. Era como si la pila fuera sencillamente invisible para ellos.

Finalmente, uno de ellos dijo:

–Ya hemos registrado en todas partes. Puede que nuestra información fuera errónea. Quizá se las llevaron a algún otro sitio antes de que llegásemos aquí.

El cabecilla se detuvo delante de mi padre.

–No sé dónde ha escondido usted las Biblias –gritó–, pero algún día será usted detenido. Y será castigado.

El arresto

Ahora volveré con la historia de la noche en que mi padre se negó a abrir la puerta de la iglesia cerrada con llave a menos que la policía tuviera una orden judicial.

Aunque se fueron porque era demasiado tarde para obtener la documentación esa noche, todos sabíamos que pronto regresarían. Mi padre y los demás dirigentes apremiaron a nuestro pastor a marcharse mientras pudiera. Mi padre le dijo al pastor:

–Tú eres joven; eres un hombre consagrado. Dios aún tiene un plan para ti. Toma a tu esposa y vete. Tomaos unos días de vacaciones. Desapareced, para evitar tu arresto.

–Tío Goia –contestó él–, ¿y qué hay de usted?

–No te preocupes. Ya he vivido mi vida. Soy mayor y estoy listo para retirarme. Puedo asumir que me arresten.

El pastor se marchó. Cuando la policía regresó con la orden legal, inquirieron:

–¿Quién es el responsable aquí?

–Soy yo –contestó mi padre.

–Soy yo –dijo otro anciano.

–Soy yo –habló un tercero.

–No pueden ser todos el líder –gritó el policía–. ¿Quién dirigió la construcción? Necesitamos arrestar a alguien.

Respondió mi padre:

–Yo soy quien estaba a cargo de la construcción. Arréstenme a mí.

Se llevaron a mi padre a la comisaría de policía para un duro interrogatorio.

–Demoleremos su iglesia –le dijeron.

–Entonces tendríamos que celebrar nuestro servicio de culto en la plaza del mercado, donde compra toda la ciudad y pueden escuchar lo que decimos –contestó mi padre.

Después, le amenazaron con arrestarle a él y a todos los demás implicados en la construcción. Las exigencias se fueron acumulando. «Dejen de edificar». «Dejen de hacer contrabando de Biblias». «Dejen de testificar».

–No tenemos un dios en nuestro país –le gritaron a mi padre–. No hay ningún dios. Si no para con eso, le vamos a liquidar a usted aquí mismo.

Respondió mi padre:

–Dios es mi Señor; no puedo parar. Hago lo que él dice. Si vivo, vivo para él. Y si muero, me parecerá solo como un segundo hasta la resurrección. Entonces veré a Jesús. No me importa si vivo o si muero.

La orden de matar a mi padre llegó directamente del alcalde de la ciudad.

–Acaben con él –dijo por teléfono–. Tienen mi autorización. Será una lección para todos los demás. De otro modo, esta gente nunca

parará. Creen que su Dios es más grande que nosotros. Pero necesitan obedecer al gobierno, no a su Dios. Por eso le usaremos a él para enseñarles a todos una lección.

El agente presionó su arma contra el pecho de mi padre.

–Le pegaré un tiro si no deja de hacer estas cosas.

Mi padre le pidió que esperase un momento y empezó a desabrocharse la camisa. El agente, desconcertado, le dijo:

–¿Por qué se la desabrocha? La bala atraviesa esa ropa.

Contestó mi padre:

–Lo sé, pero sería una pena mancharla. Mejor tómenla para dársela a algún pobre. Luego pueden dispararme.

Todos salieron excepto el agente que iba a matarle.

–Lo siento, señor Goia –le dijo–, pero tengo que seguir las órdenes del alcalde.

Mi padre respondió:

–Permítame orar primero.

–No tiene sentido orar por misericordia –replicó el agente–. No hay ningún Dios que le vaya a salvar.

–No, no voy a orar por misericordia –contestó mi padre–. Voy a orar por *usted*.

Entonces mi padre se puso de pie, rodeó con un brazo al agente, y oró.

–Señor, quiero verle en el cielo. No me importa morir. Tú moriste por mí; yo moriré gozosamente por ti. Es un privilegio. Pero, Señor, ¿querías usar mi muerte para salvar a este hombre y a su familia? Quiero verle en el cielo.

Una vez que mi padre terminó de orar, dijo:

–Ya estoy listo.

En ese mismo momento, sonó el teléfono. Era el jefe de la policía.

–Acabo de recibir una llamada del teniente de alcalde –informaba–. Dice: «No toquen a este hombre porque el Espíritu del Dios vivo está

en él. Después de que el alcalde dio la orden de ejecución, se marchó del ayuntamiento y un conductor borracho colisionó con su coche. El alcalde está muerto. Si tocan a este hombre, luchan contra Dios. Déjenle marcharse a su casa».

Nunca olvidaré lo que mi padre dijo al venir a casa:

–Dijeron que me soltaran porque el Espíritu del Dios vivo está en mí.

La última prueba

Creemos que mi padre murió por culpa de la policía unos años después. No estamos seguros de ello, pero muchos fueron eliminados silenciosamente de manera similar. Yo tenía unos 22 años en esa época.

Mi padre recibió una llamada para presentarse en el cuartel general de policía para otro interrogatorio. Innumerables veces, a lo largo de los años, la policía registró nuestra casa o lo llamó para que se presentase allí.

–Tenemos un chivatazo –le gritaron cuando llegó–. Ciertas personas dicen que está usted introduciendo Biblias. Creemos que usted las tiene. Y que también hace copias de libros religiosos. Pagará por ello si le pillamos.

Así una y otra vez. Horas y horas de amenazas.

Pero nunca le pillaron.

Por causa de su negocio de construcción, era un hombre muy conocido en nuestra zona. Durante un interrogatorio, les oyó decirse uno a otro:

–Si le matamos, haremos de él un mártir. Todo el mundo le conoce en esta ciudad.

Llegó otra cita después: «Baje al cuartel general para ser interrogado». Toda nuestra familia estaba orando cuando entró. Era lo que siempre hacíamos.

Pero aquella noche ya no volvió a casa.

Supimos más tarde que apenas le habían interrogado. En lugar de

ello, le encerraron, solo, en una habitación. Por la mañana, dos tipos abrieron la puerta y le dejaron salir.

Unos días después, su nariz empezó a sangrar. Fue al médico, quien le dijo:

–Tiene usted leucemia linfática. Creo que ha sido usted expuesto a radiación. Le quedan unos tres meses de vida.

Sabíamos que el gobierno comunista a veces usaba veneno radiactivo para matar a alguien silenciosamente. Aunque no tenemos pruebas claras de lo que sucedió exactamente, esta era una opción muy probable. Él tenía casi 62 años de edad, era fuerte y gozaba de buena salud.

¡Oh, cuánto oramos por él! Mi madre, mis hermanas, nuestro pastor y toda la iglesia. Mi padre inició tratamientos naturales de inmediato. Zumo de manzana. Jugo de zanahoria. Verduras frescas.

Por supuesto, yo esperaba otro milagro.

–Sigamos orando –les dije a todos–. Dios ha realizado tantos milagros antes, que sé que lo va a hacer de nuevo.

Pero mi padre dijo:

–Hijo, no busques un milagro. Busca una relación con Jesús. Cuando le conoces a él, no necesitas un milagro. Cuando le conoces a él, confías en él. Pase lo que pase, dices: «No lo entiendo, pero conozco a mi Salvador. Sé que él me ama. Confío en él y en su decisión. Estoy seguro en sus manos».

–Pero Dios contesta la oración de fe –insistí.

–Sí, Dios honra nuestra fe –aprobó–. Pero debemos recordar que Juan el Bautista, Pedro, Pablo y muchos otros *sufrieron* por su fe. ¿Por qué no nosotros también? No todas las oraciones tienen como resultado una liberación de las pruebas. Y todo esto no va de ti o de mí. No somos nosotros el centro. Lo es Dios. Pon a Dios y su obra primero y deja que él decida qué es lo mejor. Ya sabes que Jesús descendió y murió por mí. ¿Puedes entender eso? ¡Él murió por mí! Cuando pienso en ello, me quedo sin palabras y no tengo ningún problema en morir por

él. De hecho, lo considero un privilegio. Si vivo, vivo para él. Si muero, sé que le veré en la resurrección.

»Hijo –continuó–, experimentar un milagro cuando oramos solo requiere un poco de fe.

»No experimentar un milagro, eso sí que requiere mucha fe».

Mi padre era un luchador y vivió cinco meses más de lo que el médico esperaba. Recuerdo que este decía: «No tiene usted defensas. No tiene sistema inmunológico. Cualquier cosa puede matarle de ahora en adelante. Cualquier cosa, incluso la gripe más leve».

Unos meses más tarde, mi padre estaba cambiando de sitio unas colmenas bajo la lluvia y contrajo una neumonía. Al principio, estuvo ingresado en el hospital, pero pronto no hubo nada más que hacer. Lo trajimos de vuelta a casa para que se encontrara cómodo.

A medida que su cuerpo se debilitaba, la fe y la paz de mi padre se fortalecían.

Le pregunté:

–¿Por qué Dios no contesta mi oración para curarte?

Y él nuevamente me recordó:

–No se trata de ti ni de mí. Todo es acerca de Dios. No te pongas a ti ni me pongas a mí en el centro de la oración ni en el centro de la vida. Olvídate de ti mismo. Pon a Dios, su voluntad, su honor, su servicio en el centro. Yo he de menguar y él ha de crecer (ver Juan 3: 30). Yo no me centro en mi vida, no vivo para esta vida. Mi centro de atención es él y vivo para el cielo. Esta vida es corta. No quiero este mundo. Quiero la eternidad con él. Y si el cielo tuviera una eternidad y estrellas de oro pero mi Salvador no estuviera allí, entonces tampoco querría el cielo. Solo quiero estar siempre con él.

»Jesús nunca prometió comodidad en esta vida. De hecho, él dice: “En esta vida tendrás pruebas. Pero”, añade, “no estarás solo. Yo estaré

siempre contigo. Aun cuando atraveses por en medio de las aguas, yo estaré contigo”.

—Eso lo sé —dije—, pero aun así él puede curarte.

—Hijo, olvida el yo, céntrate en él. Mira alrededor. Todos pensamos solo en nosotros mismos. Todo lo que hacemos, hablamos y oramos es principalmente acerca del yo. ¿Qué tal si todos nos olvidásemos del yo y viviésemos simplemente para él?

—Pero tú has hecho tanto por él... ¿No debería curarte? ¡Entonces podrías seguir sirviéndole!

—Yo no hago las cosas para obtener o merecer algo. Lo hago porque él vive en mí y le amo. Recuerda, hijo, que bajo los árboles grandes no crece nada. A veces necesitas talar un árbol grande para que puedan desarrollarse árboles más pequeños. Yo oro para que, si me voy, muchos otros que antes no tenían el valor de servir a Dios aprendan, y surjan cien sirviendo en mi lugar. Oro para que en mi funeral las personas se centren en él, no en mí. Y más gente le conozca y decida servirle. Hijo, Jesús viene pronto y esa es mi perspectiva. Eso es lo que espero.

Yo todavía no era capaz de procesar lo que me decía. No podía aceptarlo. Seguí orando sin parar por su sanación. Sé que todos lo estábamos haciendo. Él no era solo mi padre; éramos amigos. Podía hablar con él abiertamente de cualquier cosa. Él siempre era comprensivo. «Por favor, Dios mío», suplicaba, «no puedo perderlo».

Pero mi padre empeoró. Mi madre, mis hermanas y yo nos reunimos en torno a su cama.

Me sentía muy frustrado con Dios. Mi padre era un santo. ¿Por qué no hacía Dios un milagro?

Mis hermanas se hallaban paralizadas de dolor. Mi madre estaba, ella misma, enferma y no podía dejar de llorar.

—No llores —le dijo mi padre, tomándole la mano. Nos miró a cada uno de nosotros—. ¿No tenemos esperanza? ¿No es esa la diferencia

entre nosotros y el mundo? Sé que veré a Dios. Esto es lo que pondréis en mi lápida: «Sé que mi Redentor vive. Mis ojos lo verán cara a cara». Tengo esa confianza. Le veré en la mañana de la resurrección, y pasará la eternidad con él.

Me aferré desesperadamente a la esperanza de un milagro en el último minuto. Allí de pie, nos sentíamos todos tan desolados que apenas podíamos hablar. Yo aún quería que orásemos todos.

En lugar de ello, dijo mi padre:

—Dejadme orar por todos vosotros.

Poco después de orar, entró en estado de coma. Luego ya se fue. Quedó durmiendo en Jesús.

La clave

Después de que muriera mi padre, yo no podía dormir por la noche. No podía comer. No podía orar.

Así me sobrevino una presión en el corazón y un dolor constante de estómago. Día tras día, semana tras semana. El dolor no se iba.

A estas alturas ya sabes que este libro no trata sobre la teoría de la oración. Escribo desde el corazón. Lo que digo de la oración lo estoy viviendo yo mismo. Cuando murió mi padre, me sentí tan desesperado, desanimado y deprimido, que no quería leer la Biblia. No quería orar. Solo quería ver a mi padre otra vez.

Le recordaba diciéndonos que nos situásemos alrededor de su cama. «Cuando vea a Jesús cara a cara, quiero que mi familia esté allí».

Así pues, tomé una decisión consciente. Oré cada día: «Señor, no lo entiendo. No siento realmente lo que estoy por decirte. Pero voy a decidir confiar en tu Palabra. Tú eres Dios. Tú eres el Creador. Tú me amas y no puedes mentir. Señor, confío en tus promesas». Pronunciaba esa oración en voz alta.

También leía mucho la Biblia, en especial el libro de Job. En su misericordia, Dios trabajó en mi corazón. La respuesta no llegaba del

modo que yo quería, ni en el tiempo que yo deseaba. No hubo ningún gran momento de liberación.

Sin embargo, cuanto más oraba, más aprendía *cómo* orar. Cuanto más largo era mi rato de oración, más tiempo pasaba con mi Señor. Cuanto más tiempo pasaba con él, más empezaba a conocerle.

Y cuanto más empecé a conocerle, más comencé a confiar en él otra vez.

La oración me conectaba con Dios una vez más. Y conocer a Dios es nuestra mayor necesidad.

Juan 17: 3 dice: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero». En griego la palabra 'conocer' es *ginō skō*. Esto significa «una relación de corazón».

Dios quiere mantener una relación con nosotros. No tenemos una relación con alguien a menos que pasemos tiempo con esa persona.

Esa es la razón por la que oramos. No para recibir milagros, ni liberación, ni respuestas, sino a Dios mismo.

Por supuesto, él nos invita a pedirle todo lo que necesitamos. La oración, no obstante, debería ser para mucho más que para resolver problemas.

La oración no es una actividad.

La oración no es solo una conversación.

La oración es conectar

con el Dios del universo,

el Rey de Reyes,

el Creador.

La oración no es para obtener respuestas o ayuda sino para recibir a Dios. Orar es conocerle, amarle, confiar en él y seguirle hasta el punto de olvidarte de ti mismo y de que él lo sea todo en tu vida. La relación con él llega a ser la prioridad y el centro de todo lo que haces. Solo tienes un deseo: conocerle, verle, caminar con él y estar a su lado. Oras, estudias la Palabra y vas a la iglesia, no como un deber, no

porque sea lo que se ha de hacer, sino porque quieres conocerle y estar con él. Lo necesitas a él más de lo que necesitas ayuda, bendiciones o la vida misma.

Jesús viene pronto. Creo que nos llama a un cambio completo de nuestra estructura mental sobre cómo orar y cómo ir a la iglesia.

Es muy fácil guardar el sábado, comer alimentos saludables y obedecer las doctrinas. Todas esas son cosas buenas y necesarias. Pero ¿en qué medida estamos dispuestos a hacer de Jesús nuestra más alta prioridad? A ponerle en primer lugar y por encima de todo. A conocerle y amarle hasta el grado en que digamos, como Pablo: «Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús» (Fil. 3: 8).

Decimos que anhelamos el Espíritu Santo. Pero si realmente queremos que nuestras oraciones estén llenas de poder, hemos de llegar a conectarnos con Dios pasando tiempo con él. El poder solo fluye a través de la conexión. Hemos de andar con él como Enoc. Como Moisés. Como Abraham.

La clave de la oración poderosa es la conexión con Dios. El cristianismo no tiene que ver con las teorías correctas ni con hacer cosas buenas. El cristianismo es acerca de Aquel con quien estamos conectados.

RESUMEN

La oración nos conecta con Dios.

Es un gran privilegio entrar en su presencia y hablar con él abiertamente.

La clave de la oración poderosa es buscarle a él primero, por encima de todo lo demás. Nuestra mayor necesidad no son los milagros, la ayuda, ni la liberación. Es estar llenos de su Espíritu. Estar en él, y él en nosotros.

Conocer a Dios es tener una íntima relación personal pasando tiempo en oración buscándole a él. La función de la oración no es conseguir respuestas sino tener una relación. Estar conectados. Experimentar continuamente su presencia.

ESTO ES LA GUERRA

Cuando estudiaba en la universidad, hace muchos años, mi mejor amigo, Pitzi, y yo asistíamos a una iglesia grande. La gente era muy amable y la congregación contaba con buenos programas musicales.

Pero el pastor era muy viejo. No recuerdo, quizá tenía 87, 90 o 110 años. Estoy exagerando un poco para remarcar la idea.

Era un buen hombre que sirvió fielmente a Jesús durante toda su vida. Pero ahora ya estaba tan mayor que apenas podía trabajar o hablar. Inclinado sobre el púlpito, respirando con dificultad, decía «Hermanos» con voz entrecortada. Y luego predicaba lentamente, muy lentamente. Y hacía pausas para respirar hondo. Algunos en la congregación se dormían. Los jóvenes de la parte superior miraban revistas o se contaban chistes.

—Esta iglesia necesita más vida —le dije a Pitzi—. Tiene un coro estupendo y buenos programas musicales, pero necesitamos algo más. No hay seminarios de apoyo al crecimiento espiritual, ni Exploradores, ni evangelismo, ni proyección hacia la comunidad, ni estudios bíblicos.

–Sí, pero ¿qué podemos hacer nosotros? –me contestó él– No somos más que un par de estudiantes. Nadie nos conoce aparte de los miembros del coro y los jóvenes con los que jugamos al fútbol en el parque.

Pitzi era muy práctico. También, muy alto y divertido. Él y yo nos conocíamos de toda la vida.

–Bueno –dije–, podemos hacer una de estas tres cosas. O bien quejarnos, o bien no hacer nada y simplemente ignorarlo, o podemos hacer lo que los dos aprendimos de nuestros padres. Ellos siempre nos dicen que el secreto del reavivamiento de la iglesia, el secreto del crecimiento, el secreto del poder ¡es la oración!

–Yo creo en la oración –dijo Pitzi–, pero ¿cómo puede ayudarnos ahora?

–Oremos para averiguarlo –dije yo–. Pidamos primero la intervención de Dios. Segundo, sabiduría para saber si podemos hacer algo.

–Sí, está bien –coincidió–. ¿Te propones llamar a todos los jóvenes para que oren con nosotros?

–No –respondí–. Si los llamamos, probablemente vendrían algunos por curiosidad, pero no estarían comprometidos. Pronto la mitad lo dejarían, y la otra mitad se desanimarían, así que perderíamos a todos. Empecemos poco a poco, solo tú y yo. Dios no desprecia los pequeños comienzos. Mejor arrancar poco a poco y crecer, que lo contrario.

–Me gusta esa idea –dijo Pitzi.

Así empezamos Pitzi y yo a orar juntos.

***Todo reavivamiento en la historia
ha comenzado con una o dos personas orando.***

Cuando orábamos, no decíamos: «Dios, bendice a la iglesia. Ayuda a la iglesia a crecer». Ni tampoco: «Señor, tenemos este plan; bendícelo».

En lugar de ello, decíamos: «Señor, necesitamos tu consejo y tu guía. Necesitamos reavivamiento para nosotros mismos; necesitamos reavivamiento para nuestra iglesia. Y no tenemos un plan, ni tenemos

una estrategia; no tenemos un proyecto ni tenemos influencia alguna, ni sabiduría, ni poder para llevarlo a cabo por nuestra cuenta. Todo lo que sabemos es que nada funcionaría sin ti. Por eso pedimos tu plan y pedimos tu ayuda.

En la Biblia, todas las grandes historias sucedieron solo por medio del poder de Dios. Todas las personas de fe han sido personas de oración. Ellas caminaban con Dios, se comunicaban con Dios y dependían de Dios. Y él las guiaba y actuaba a través de ellas.

Por ejemplo, los discípulos oraron por la promesa del Espíritu Santo. Y cuando vino el Espíritu Santo, todo cambió. El Espíritu hizo cosas con su poder que los discípulos jamás habrían sido capaces de realizar por sí mismos.

Por eso Pitzi y yo decidimos orar. Y oramos durante semanas. Y durante meses.

Y no sucedió absolutamente *nada*.

¿Por qué querría Dios que orásemos durante tanto tiempo? ¿Por qué no contestó desde la primera oración?

La respuesta a la oración es un proceso, no un hecho puntual.

Creo que la razón número uno de que necesitemos persistir en la oración es que Dios nos tiene que preparar a nosotros y a quienes nos rodean para la respuesta. A Dios le lleva un tiempo trabajar con nosotros de manera que nuestra mente esté preparada para lo que él se dispone a pedir o hacer.

¿Sabías que la gran mayoría de las oraciones en la Biblia fueron contestadas con el tiempo, y no de manera inmediata? Piensa en ello.

Abraham esperó veinticinco años desde que Dios le prometió descendencia y hasta que tuvo un hijo.

José esperó diez años como esclavo y tres más en prisión antes de ser liberado.

Moisés esperó cuarenta años en el desierto.

Daniel oró durante tres semanas hasta que obtuvo una respuesta. El ángel Gabriel le dijo: «Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y entiende la visión» (Dan. 9: 23). Mientras se hallaba orando y esperando, Dios ya estaba combatiendo a las fuerzas del mal que se oponían a cualquier progreso en el plan y en la obra de Dios. Es la guerra; es el gran conflicto (ver Dan. 10: 12-14).

Él está trabajando

Cuando empiezas a orar, Dios empieza a trabajar. Puedes no verlo ni ser consciente de lo que él está haciendo. Por tanto, puedes sentirte tentado a pensar que él no responde. Pero él siempre se está moviendo. Cuando todo está listo, al fin *puedes* ver la respuesta. Otras veces, no conocerás el resultado hasta que estés en el cielo. Pero él lleva trabajando en ello todo este tiempo. Así pues, sigue orando, de manera que Dios siga trabajando.

Pitzi y yo nos decíamos el uno al otro: «Oraremos *hasta* que recibamos una respuesta». La palabra clave era *hasta*.

¿Cuánto tiempo debemos orar? Hasta recibir una respuesta.

Orábamos una vez a la semana. Finalmente, nuestros amigos empezaron a notarlo.

—Eh, ¿qué estáis haciendo? Os reunís desde hace unas semanas. ¿Salís a comer?

—No. Oramos.

—¿En serio? ¿Y lo pasáis bien?

No tratamos de convencerlos acerca de la necesidad de orar. Mi padre siempre me decía que las personas por lo general solo quieren lo que no pueden tener. Alguien con cabello liso quiere tener el cabello rizado, y al revés. Si invitas a alguien para hacer un viaje misionero, pondrá excusas. Pero si les dices que es algo muy exclusivo, y que

quizá ellos no puedan venir, entonces realmente querrán ir. La gente no valora las cosas que resultan fáciles.

Por eso, cuando nos preguntaban, decíamos:

–Es solo un pequeño grupo de oración. No invitamos a nadie más.

–Pero somos amigos. ¡Venga! Siempre nos invitáis a hacer cosas juntos.

–Sí, pero no esta vez. Preferimos que no vengáis.

Y empezó a correrse la voz: «Pitzi y Lucu, esos dos tipos que siempre están con bromas, ahora tienen un grupo de oración muy exclusivo».

Más chicos preguntaron por ello:

–¿Para qué estáis orando?

–Oramos para que Dios traiga un reavivamiento a nuestros corazones y a la iglesia.

Una muchacha, que era una talentosa pianista, dijo:

–¡Qué bueno! A mí también me gustaría ver algún cambio en la iglesia, ¡un reavivamiento! ¿Puedo participar?

Y se lo contó a otros que también quisieron venir.

Así que les dijimos:

–Vale, pero tenemos unas reglas. Si venís, tenemos que orar. No podéis pasaros el rato con bromas ni jugando.

–Ah, ¿tenéis reglas? No nos gusta eso.

–Entonces no vengáis.

–De acuerdo, aceptamos las reglas.

–Y si faltáis a una sesión, pagáis una multa, destinada al fondo del grupo de jóvenes. O pagáis el helado cuando salgamos el sábado por la noche. Y tendréis que traer una galleta para cada uno de los demás.

–¡De acuerdo!

Finalmente, éramos diez personas. Luego, veinte. Todas las mañanas todos oraban en sus casas a una hora específica. Una vez a la semana, el viernes por la noche, nos reuníamos durante media hora de oración y luego media hora de estudio de la Biblia.

Cuanto más orábamos, más nos apetecía orar. El grupo siguió creciendo. Trasladamos las reuniones a la iglesia porque no había espacio suficiente en otra parte.

Para entonces, estábamos invirtiendo tanto tiempo y energías en orar por las personas y por su salvación, que realmente nos *preocupábamos* por ellas. Queríamos hacer cosas para ellas. Así que empezamos a planificar juntos.

Cuanto más oramos por alguien, más llegamos a amarlo.

«Vamos a ofrecernos a las personas ancianas de la iglesia. Limpiemos sus casas, hagámosles la compra, cortemos su leña y ayudémoslos a encender la chimenea». «Demos estudios bíblicos». «Hagamos un viaje misionero». «Vámonos a acampar en la montaña». «Hagamos esto... o lo otro... ¡por la iglesia!».

Los jóvenes de aquella congregación se volvieron muy entregados y activos. Había crecimiento y todos podíamos verlo. Su participación en la iglesia dio un verdadero vuelco porque todos orábamos juntos. Jesús mismo prometió que cuando dos o tres oren juntos por algo, lo recibirán (ver Mat. 18: 19-20). Hay algo poderoso en orar juntos y unirse en un mismo propósito.

En esa misma época, Dios le proporcionó a la iglesia un nuevo pastor que era un hombre espiritual, un hombre de oración, con energía, entusiasmo y visión. Cuando predicaba, la gente *realmente* escuchaba. Los mensajes eran espirituales y prácticos. La iglesia crecía y Dios derramaba sus bendiciones.

Me voy a casar con ella

En medio de todo esto, Dios me dio uno de sus mayores regalos de toda mi vida. Me casé con la mujer más hermosa del mundo.

La había visto por primera vez a mis seis años de edad. Ella solo tenía tres, y estaba entrando en la iglesia de la mano de su hermana. Yo me estaba acercando a la iglesia con mi hermana mayor y me di cuenta de nada más verla.

—¿Qué pasa? —preguntó mi hermana.

—Mira a esa niña —susurré—. ¡Es increíble!

—¿Cuál? ¿Dónde?

—Ahí —señalé mientras miraba—. ¡Qué guapa es! ¡Me voy a casar con ella!

—Ni siquiera sabes lo que significa el amor, Lucu. Cambiarás de idea cien veces. Cuando seas mayor, olvidarás a esa niña. Ni siquiera pensarás en ella.

—¡Sí, me casaré con ella! —repetí gritando—. ¡Es diferente! Es..., es... —buscaba el cumplido más grandioso en el que pudiera pensar mi mente de seis años—, ¡es hermosa! —concluí enfáticamente— ¡Anda como un gato!

Se llamaba Daniela y no la perdí de vista desde entonces. Aprendí todo lo que pude acerca de ella. Me enteré de que le gustaba el helado de vainilla. A mí no me gustaba la vainilla. Me encantaba el helado de pistacho. Pero meforcé a que me gustara también la vainilla, para ser como ella. Me enteré de su perfume favorito, sus colores, sus gustos musicales y todo lo demás. Incluso conseguí un precioso y caro pañuelo, lo rocié de su perfume favorito y me lo guardé para cuando ella necesitara uno. Si alguna vez dejaba caer una lágrima, ahí estaba yo y asunto arreglado.

Más tarde, los dos coincidimos en el coro de la iglesia. Yo cantaba como tenor; ella, como contralto. Durante los sermones, todos los demás miraban al pastor, pero mi cabeza estaba vuelta hacia ella. Era como si yo tuviera un resorte que me giraba la cabeza en esa dirección. Y, a veces, la sorprendí mirándome a mí también.

Asistíamos a la misma escuela, y yo me aseguré de encontrarme «casualmente» camino de la escuela a la misma hora que iba ella.

Un día terminé las clases una hora más temprano pero esperé fuera de la escuela para «tropezarme» con Daniela y darle a entender que acababa de salir. Pero ella, de algún modo, me sorprendió apareciendo justo a mi lado cuando un gran grupo de estudiantes salía de la escuela.

—¿Por qué estás todavía aquí? —preguntó—. Sé que has acabado hace una hora. ¿Me estás esperando?

—Ehh..., sí —contesté tímidamente.

—¿Sabes? Yo falté a una clase ayer solo para que pudiéramos ir a casa juntos.

¡Qué ilusión me hizo oír eso! Mi corazón empezó a latir de manera que parecía salirse del pecho. Tenía una *enorme* sonrisa en la cara.

—Eso me alegra mucho. Y me gustaría salir contigo, pero yo no quiero tener una relación superficial, de salir un tiempo y después romper. Me gustaría que saliéramos juntos con la intención de casarme contigo en el futuro.

Ella pensó en ello y luego dijo:

—Siempre he pensado que eres atractivo, pero al principio no me gustaba que ganases todas las competencias. Eres el centro de cada grupo en el que estás. Las chicas van todas detrás de ti.

»Más tarde empecé a notar que eres una persona de buen corazón y un hombre muy capaz. Me empezaste a gustar. Pero hay un problema. Mi deseo siempre ha sido servir a Jesús, por lo que me gustaría casarme con un pastor. Y tus planes son hacerte ingeniero. Así que no podemos salir.

Esbocé una sonrisa.

—En realidad, si estudio ingeniería en la universidad es solo para conseguir una reducción del periodo en el servicio militar. Pero Dios me llamó a ser pastor cuando era niño y, finalmente, me dedicaré a eso.

Ella sonrió a su vez y dijo:

—Ahora sé que esto viene de Dios.

Los dos estábamos emocionados al saber que aquello iba a funcionar.

Memoricé todo de ella, su expresión, su rostro, sus ojos, su sonrisa. Cuando me iba a casa, cerraba los ojos y la veía en la mente. Soñaba con ella, pensaba en ella, escribía poemas y cantaba canciones para ella.

A veces imagino cómo sería nuestro amor por Jesús si hiciéramos lo mismo con él; si nuestras mentes y nuestros ojos no pudieran evitar estar fijos en él.

A menudo me decían mis amigos:

–Deja de mirarla todo el tiempo.

Pero yo siempre respondía:

–La amo. Me voy a casar con ella.

Nuestra devoción mutua nunca vaciló.

A medida que crecía nuestra amistad, estudiábamos y hablábamos juntos acerca de Dios. Nuestro amor por él se fortaleció, y sus oraciones me acompañaban en los tiempos de dificultades. Su fe en las promesas de Dios reforzaba la mía.

Nos casamos durante los estudios universitarios. El día de nuestra boda superó todo lo que yo había soñado. Y hoy, mientras escribo esto, me siento feliz de decir que las bendiciones de Dios nos han acompañado a través de treinta y seis maravillosos años de matrimonio hasta el momento presente. Nuestro amor crece y se hace más profundo cada día.

Justo después de nuestra boda, regresamos a Bucarest para que yo pudiera seguir mis estudios. Daniela empezó a asistir a la iglesia de la cual yo era miembro. Yo no veía la hora de presentarla en nuestro grupo juvenil de oración y de que formase parte de nuestra amorosa iglesia en crecimiento.

En aquel primer sábado como pareja casada, me puse en pie para cantar el himno de apertura junto a mi flamante esposa, rodeado por esta iglesia consagrada y llena del Espíritu que ahora ardía por Dios.

Nunca podía haber imaginado que se acercaba un tiempo en el que Daniela y yo, junto con esos queridos miembros de la iglesia,

pasaríamos por una prueba devastadora. Ni cuán seriamente se vería probada nuestra fe.

El diablo se enfada

Como ya he dicho, teníamos un nuevo pastor en la iglesia de Bucarest que era absolutamente extraordinario. Dios nos había enviado a un hombre joven, capaz y excepcionalmente consagrado. Sus sermones siguieron reavivando y haciendo crecer la iglesia.

La gente oía hablar de él y venían a escucharle. Los amorosos miembros daban la bienvenida a las visitas y muchos se unían a nuestra feligresía.

Nuestra fraternal iglesia cobró vida por entero.

A los dos años de empezar a orar, Dios nos desarrolló y preparó para lo que tenía que venir. En el proceso de contestar nuestras oraciones, el Señor nos dio tiempo para conocerle mejor y confiar más en él. Él sabía que necesitábamos fe para lo que sucedería después.

Cada vez que Dios empieza a trabajar en su iglesia, Satanás promueve conflictos. Ataca con verdadera saña. Lo he visto muchas veces. Siempre me lo recuerdo: «Esto es la guerra. Es el gran conflicto entre Dios y Satanás».

Me viene a la cabeza una vez en que di comienzo a una serie de reuniones de evangelización y nuestra fosa séptica se desbordó en nuestro sótano. Nadie podía entender por qué.

Otra vez, cuando yo conducía hacia el aeropuerto en mi bonito Nissan Máxima, el motor se cayó literalmente fuera del coche en la autopista interestatal.

En una ocasión, cuando estaba listo para viajar a Alemania para una reunión de evangelización, un árbol cayó sobre mi coche en una súbita tormenta.

Satanás odia lo que hacemos.

Recientemente, tenía que hablar ante los profesores y estudiantes

del seminario de la Universidad Andrews. En mi camino hacia allí, debía parar primero en la 3ABN y grabar un importante programa que se retransmitiría a todo el mundo.

Mientras conducía, oraba por la presencia y la dirección de Jesús, pidiéndole que bendijera esas charlas e hiciera de ellas algo especial que él pudiera usar para su gloria.

Súbitamente, sin previo aviso, apareció un gran agujero delante de mí en la autopista. No pude evitarlo y di de lleno en él. La rueda delantera derecha quedó completamente destrozada. La trasera derecha tuvo daños significativos, formando una burbuja hinchada que podía reventar en cualquier momento. Pero yo solo tenía una rueda de repuesto.

Me eché a un lado de la carretera. Eran las doce y media de la noche, y todas las tiendas de neumáticos estaban cerradas. Me pasé más de una hora cambiando la rueda trasera en buen estado al hueco de la delantera derecha; luego puse el neumático de repuesto y la rueda delantera menos dañada en la parte de atrás.

Ahora podía conducir, pero a no más de 80 kilómetros por hora. De otro modo, el coche entero se vería zarandeado y reventaría la burbuja del neumático.

Oraba sin cesar: «Señor, necesito la confianza de saber que tú estás conmigo. Esto es la guerra. Satanás me está atacando. Necesito tu presencia y no puedo conducir con una rueda así sin ti. Necesito la confirmación de que me preservarás, me harás llegar a tiempo y bendecirás mis esfuerzos por servirte. ¿Debo quedarme aquí y renunciar, o sigo conduciendo? ¿Cuál es tu voluntad?».

Mientras oraba, eché un vistazo al indicador de combustible. Mi coche tenía solo un año y era muy preciso. Podía recorrer 534 kilómetros con ese nivel de combustible, así que no tenía que parar a repostar. Pero, viajando a 80 kilómetros por hora, me sería imposible llegar a tiempo a la 3ABN sin un milagro.

Así que seguí dando tumbos con el coche sin dejar de orar. «Señor, necesito saber que estás conmigo». Dos horas más tarde, el indicador del combustible decía que aún me quedaban 534 kilómetros de viaje. «Qué *extraño*», me dije. «Llevo dos horas conduciendo y tengo la misma cantidad de combustible».

Seguí arrastrando el auto y orando. Oraba por un viaje seguro, por mi presentación en Andrews y por la grabación en la 3ABN. Oraba por la revista *Ministry*, por todo su equipo. Kilómetro a kilómetro, hora tras hora. El indicador de combustible aún informaba que podía hacer 534 kilómetros de viaje. Yo sabía que Jesús me estaba diciendo que él se encontraba a mi lado. Me di cuenta de que Satanás atacaba pero Jesús convirtió su ataque en un milagro.

Conduje durante la noche hasta llegar a la 3ABN a tiempo sin haber tenido que parar a repostar en ningún momento. Llegué solo media hora antes de empezar a hablar a las 8 de la mañana. Cuando concluí la grabación, reemplacé las cuatro ruedas y las llantas dañadas. Solo cuando me puse en camino otro vez, carretera adelante, los números de mi indicador de combustible empezaron a descender lentamente.

Las puertas del infierno

Cuando el Espíritu Santo fue derramado en nuestra iglesia de Bucarest, experimentamos un reavivamiento y un crecimiento. Satanás se enfadó tanto que nos atacó duramente. Era la guerra.

Yo aún solo era un estudiante. Había muchos miembros de la iglesia, muchas personas mayores y muchos líderes mejor informados y más involucrados en todo lo que pasó entonces. Nos enteramos de que el presidente de Rumanía estaba reconstruyendo esa sección de la ciudad. Nuestra iglesia, entre otros muchos edificios, pillaba en medio. Un día, vino la policía y nos anunció: «Vamos a demoler esta iglesia».

¡Cuánto oramos todos! Los dirigentes de la iglesia trataron de negociar. Trataron de apelar. Seguramente Dios no permitiría que esta iglesia vivificante, activa, vibrante y saludable fuera destruida.

Recuerdo el día en que nos llegó la voz de que los bulldóceres y una grúa se aproximaban al recinto. La mayoría de los miembros corrieron inmediatamente a la iglesia, incluidos Daniela y yo. Ella estaba entonces embarazada de nuestro primer hijo, Gabriel.

Todos nos unimos para formar una cadena humana alrededor de los muros de nuestra hermosa iglesia. Sabíamos que los trabajadores del gobierno no atravesarían cuerpos humanos con su equipo de demolición.

Llegó la policía y acordonó todo el perímetro de la iglesia. No nos arrestaron inmediatamente porque en los países vecinos se corrió la voz de que el gobierno demolía iglesias, incluidas las nuestras, así que la prensa vino para cubrir la historia. Y como en otros países se conoció esta información, el gobierno no quiso quedar mal.

El duelo dio comienzo. Mientras permaneciéramos alrededor de la iglesia, el personal de demolición no avanzaría. La policía, no obstante, sabía que no podríamos quedarnos allí para siempre. Nos rodearon, esperando que llegásemos a tener tanta hambre que nos rindiéramos.

Los días iban pasando. Fueron días largos y duros, muy duros. De día y de noche, permanecíamos delante de la iglesia. Los miembros del grupo hacíamos turnos, unos formando una cerca humana alrededor de la iglesia y otros entrando a dormir, comer y orar juntos. Nos seguíamos animando unos a otros. ¿Por qué iba a permitir Dios que nuestra iglesia fuera destruida? ¡Él había traído aquel reavivamiento! Seguramente no dejaría que lo truncara la policía, ni los equipos de demolición, ni cualquier otra cosa.

Algunos de nosotros tuvieron que salir para ir a trabajar. La policía los dejaba salir pero nunca volver a entrar. No sé cuántos días pasaron, pero cada día más de nuestros miembros necesitaban salir. La policía sabía que nos estaban matando de hambre.

Unos pocos de nuestros miembros se las arreglaron para introducir comida. Pitzi y yo hablamos en privado sobre cómo podríamos hacerlo. Había un mercado cerca y ojalá pudiéramos salir y conseguir de algún modo traer alimentos. Juntos, debatimos un plan.

Embadurnamos nuestras ropas con algo de mugre para mezclarnos con los obreros de la construcción que trabajaban en un terreno contiguo. Cuando ellos salieron, nos mezclamos con ellos y salimos también. Una vez fuera, nos dirigimos al mercado y compramos buen número de sandías. Esa era la parte fácil.

Al regresar a la iglesia, sabíamos que no había manera de escamotear las sandías a la policía. En lugar de ello, me aproximé hasta ellos e inicié una conversación.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Estamos rodeando a ese grupo de adventistas del séptimo día. Hay que demoler su iglesia. ¿Y qué hacen ellos? No salen. Son tozudos. Creen que Dios va a hacer algo por ellos.

—Bueno —dije—, aquí tengo sandías. ¡Tomen algunas!

Mientras yo me dedicaba a entregar sandías a la policía, Pitzi se coló por delante de ellos. Yo seguí conversando, mientras con el pie hacía rodar discretamente sandías, una por una, sobre el terreno de detrás hacia donde estaba Pitzi, quien se las llevó a los miembros de la iglesia. Hicimos eso unas cuantas veces.

Bajo la zona del puente por donde pasábamos, los agentes de policía notaron que no éramos parte de los obreros que venían a demoler la iglesia. Rápidamente se dieron cuenta de lo que nos traíamos entre manos. Sin embargo, decidieron hacer la vista gorda. Uno de ellos dijo: «Algunos de nosotros no queremos demoler vuestra iglesia, pero es nuestro trabajo. Sabemos que tratáis de llevar algo de comida a las personas que están dentro, pero eso a nosotros no nos importa».

En los días siguientes, Pitzí y yo repetimos nuestros viajes, trayendo de vuelta pan, tomates, pepinos, pimientos, bebidas y galletas. También, chocolate.

La tensión del duelo alcanzó un nivel tan alto, y la prensa internacional se hizo eco tan desfavorablemente de la historia, que incluso el presidente Ceaușescu llegó a valorar la situación desde la distancia.

Y ordenó que la demolición debía seguir adelante, sin importar el coste.

Pronto, la grúa empezó a golpear el edificio con su gigantesca bola de acero. El ruido de las vigas quebrándose y de enormes piezas de los muros cayendo resultaba tremendo. El director del coro, un hombre maravilloso, pidió al coro que cantase un himno más antes de que el edificio se derrumbase. Cantamos "Mi Jerusalén". Los hermanos lloraban y oraban.

Polvo y escombros llovieron en torno a nosotros. La policía entró, gritando y maldiciendo, y nos empujaron hacia un lado. Pero permanecimos allí hasta que no había ningún edificio más detrás de nosotros. Nunca olvidaré la enorme pila de escombros. De esa manera nuestra iglesia desapareció. ¿Por qué lo permitió Dios?

Después del reavivamiento de los últimos años, después de tantos días difíciles resistiendo frente al equipo de demolición ante la expectación de todo el país, incluso de buena parte del mundo, ¿por qué permitió Dios esa destrucción?

El pastor nos dijo:

«Si Dios ha permitido esto, es porque tiene un plan.

Necesitamos seguir orando».

Y, justo entonces, nuestra iglesia entera le declaró la guerra a Satanás. Dijimos: «Vamos a seguir orando. ¡Vamos a pedirle a Dios que nos dé más iglesias en lugar de solo esta!».

Durante los meses siguientes, muchas personas oraron. Algunos por la mañana, otros más tarde a lo largo del día. El Espíritu Santo empezó a moverse aún más que antes. ¿Sabes lo que sucedió? Primero, que los miembros de iglesia encontraron un terreno, levantaron una tienda y celebraban reuniones todos los sábados. Nuestra congregación empezó a crecer. Y lo hizo de manera tan desbordante, que nos partimos en dos congregaciones.

Y la dirección donde primero levantamos una tienda y más tarde edificamos una bonita iglesia era: ¡Calle Victoriosa, 777! La iglesia continuó orando y creciendo. Construimos otro local de reuniones. Y otro. Dios hizo surgir cuatro iglesias nuevas de una iglesia demolida.

*«Edificaré mi iglesia,
y las puertas del Hades no la dominarán».*

Mateo 16: 18

¡A Dios le encanta una iglesia que ora!

RESUMEN

Todo lo que hagamos debe empezar con oración y mantenerse inmerso en la oración.

Demasiado a menudo, nos desesperamos con la oración porque queremos respuestas instantáneas. Pero las respuestas a la oración son un proceso. Mientras seguimos orando, Dios sigue trabajando.

Muchas veces, Dios nos permite orar más para que aprendamos a valorar más aquello por lo que oramos.

Cuanto más oramos, más aprendemos a orar. El crecimiento espiritual no es un hecho puntual. No crecemos espiritualmente en un solo día. Creemos todos los días mientras vivimos.

NOS VEMOS EL JUEVES

Muchos años después, Daniela y yo, con nuestros dos hijos, nos mudamos a Estados Unidos. Después de graduarnos en el seminario de la Universidad Andrews, yo me convertí en pastor de un distrito de varias iglesias. Una de ellas tenía una hermana llamada Martha. Toda iglesia necesita algún miembro como ella.

Martha trabajaba más que nadie que yo haya visto en mi vida. Tenía magníficas ideas y sabía cómo llevarlas a cabo. No podías tener una persona más consagrada en tu equipo. Además compartía un rasgo conmigo: hablaba *mucho*. Incluso hablaba *más* que yo. Vamos, que podía estar hablando hasta la Segunda Venida y no se cansaría.

Mi iglesia era pequeña pero estaba llena de personas maravillosas. Mi inglés era francamente terrible y los miembros se esforzaban por entender mis palabras. Pero todos eran comprensivos y cariñosos conmigo. Con frecuencia los sábados, Martha y Robert, su marido, nos invitaban a comer en su casa y manteníamos estupendas conversaciones.

Robert no hablaba tanto como su mujer, pero a menudo citaba Jeremías 33: 3.

**«Clama a mí y yo te responderé,
y te enseñaré cosas grandes y ocultas
que tú no conoces».**

Esta promesa llegó a cambiar la vida de nuestra pequeña congregación.

Nuestra ciudad era pequeña y tratábamos de evangelizar. Pero nadie venía a nuestra frágil y pequeña iglesia. Los tiempos eran difíciles y la gente estaba más preocupada en pagar sus facturas y llevar comida a la mesa que en escuchar acerca de profecías.

No teníamos bautismos.

Por ello, prediqué sobre la oración a nuestros miembros. Les dije que necesitábamos orar porque así era como nos conectábamos con nuestra Fuente de poder. Añadí que cuanto más orásemos, más oíríamos la voz de Dios y conoceríamos su plan para nuestra iglesia.

Necesitábamos el plan de Dios si esperábamos obtener sus bendiciones y su poder y hacer algo con éxito. Les recordé que no es con nuestra fuerza sino por medio del Espíritu de Dios (ver Zac. 4: 6), y que el Espíritu Santo y el reavivamiento llegan como resultado de la oración consagrada.

Martha se acercó a mí después del sermón y me dijo:

–Quiero conocer la visión de Dios para nuestra iglesia. ¿Cómo puedo oír la voz del Señor? ¿Cómo la escucho mientras oro?

–Bueno –contesté–, oras un poco y luego te mantienes en silencio unos segundos. Él puede hablar o puede no hacerlo, pero tú guarda silencio. Espera tranquilamente y dale una oportunidad, pero no le digas cuándo debe hablar. Simplemente, espera. Ora, piensa y estudia. La oración y el estudio de la Palabra siempre van juntos; no se pueden separar. A través de la oración, hablas con Dios y él habla contigo a través de la Palabra. La oración debiera ser una conversación. Asímila lo que estudias y reflexiona sobre ello. Ora acerca de lo que lees,

pidiéndole a Dios sabiduría y su Espíritu Santo. Dios prometió sabiduría y su Espíritu a quienes se lo pidan.

Ella asentía y escuchaba.

—Luego ora otra vez —proseguí—. Después lee un poco y medita acerca de ello. Sigue orando, leyendo, meditando; orando, leyendo, meditando.

La oración es un diálogo, no un monólogo.

»A veces —continué— yo llego a leer el mismo versículo quince o veinte veces, ya que así se guarda en mi corazón. Luego el Espíritu Santo me lo traerá a la mente cuando más lo necesite.

»Finalmente, ponte a disposición de Dios para hacer lo que te pida. Cuando él te llame, lo sabrás.

—Muy bien —dijo Martha—, así oraré.

Unas semanas más tarde, me llamó.

—Pastor, ¡Dios me habló! Pero ¿por qué tardó tanto?

—Porque él tenía que prepararte —le dije—. Si te hubiera contestado al principio, no habrías estado preparada. Tenía que prepararte para lo que tiene reservado para ti.

¿Cómo conocemos realmente la voz de Dios

¿Existe una manera de estar seguros de que Dios realmente nos está hablando? ¿Cómo saber que no son nuestros propios pensamientos?

En primer lugar, he comprobado que si oro solo como quien cumple una tarea, y si realmente no dedico tiempo a orar y a su Palabra, puede que *no* note la diferencia. Pero el pasar tiempo dedicados a la oración y al estudio de la Palabra nos hace sensibles a la dirección de Dios. Cuanto más oramos y estudiamos, más le conocemos y sabemos cómo actúa. Cuanto más estudiamos y descubrimos cuál fue su manera de actuar en el pasado, más fácilmente distinguiremos hoy la dirección de Dios, ya que él es coherente. Dios no cambia.

No puedes conocer la voz de alguien a menos que pases tiempo con esa persona. A menos que hables con ella una y otra vez. Yo no reconoceré tu voz cuando me llames si no hablamos nunca. Pero si me llama mi esposa, Daniela, ella no necesita presentarse. Conozco su voz. Y la mayoría de las veces sé lo que quiere decirme. Hablamos acerca de todo. Hemos pasado tanto tiempo juntos que sabemos lo que el otro está pensando solo mirándonos la cara.

Si viajo, no me voy a dormir antes de hablar con ella y comprobar cómo está. Por ejemplo, yo necesito comer a menudo porque tengo un metabolismo acelerado. Ella lo sabe y me llama para recordarme que coma un poco. Me dice:

–Cariño, ¿cómo estás? ¿Has podido comerte una manzana, un plátano o un sándwich?

–Lo haré enseguida –contesto.

–Te llamaré de nuevo para asegurarme de que lo has hecho. Te amo –me dice.

Luego vuelve a llamar.

–¿Te has metido algo en el estómago?

–Así es.

–Estupendo. Te quiero.

Cuando estoy conduciendo a casa y viajo atravesando túneles, a veces pierdo la cobertura del teléfono móvil. Si me llama, todo lo que oigo es: «¿Cómo estás? [...] ffff [...] asegúrate de que [...] fff [...] manzana [...] fff [...] amo [...]».

¿Cómo sé yo que es ella incluso cuando hay mala conexión? Conozco su voz y su mensaje. Ella siempre es coherente.

¿Cómo conoces la voz de Dios? Habla sin parar con él acerca de todo. Cuanto más le hables y le escuches por medio de la oración y del estudio de la Palabra, más le conocerás. Y más entenderás su mensaje y su voz.

Además, nuestros propios pensamientos tienden a adaptarse a lo que nos gusta, a las cosas que nos hacen sentirnos bien. Y nos

inclinamos a hacer lo que nos parece lógico a nosotros. Los planes y pensamientos de Dios están lejos de los nuestros. Él ve el cuadro completo, de principio a fin. Sus planes normalmente no tienen mucho sentido para nosotros, los seres humanos. Y en la mayoría de los casos, son grandes. Parecen imposibles. Suenan poco agradables. No podemos entenderle porque no tenemos su cerebro. Necesitamos, sin más, confiar en él.

Dios envió a Abraham a un país lejano. Envió a Moisés donde Faraón. Y envió a Elías donde Acab. Ninguna de estas misiones fue ni agradable ni lógica.

Dios le pidió a Josué que caminara alrededor de Jericó y a Gedeón que fuera a la guerra con solo trescientas personas y sin armas. Eso no era lógico en absoluto.

Dios pidió a Naamán que se bañase siete veces en el Jordán para curarle de su lepra. Eso no tenía sentido. Le pidió a Noé que construyera un arca. ¿Qué era un arca, a fin de cuentas, y para qué construir uno?

Estoy escuchando, pero...

Una vez impartí un seminario en uno de nuestros centros académicos y en él hablé de escuchar mientras oramos. Después, el pastor habló con su esposa y dijo: «Cariño, quiero hacer esto. De ahora en adelante, quiero que escuchemos todos los días a Dios. Y que nos pongamos a disposición del plan de Dios y a su servicio». Ella estuvo de acuerdo.

Más o menos una semana más tarde, ese pastor me llamó.

—Pavel, estoy escuchando, pero Dios no me habla.

—¡Hola, amigo! No podemos decirle cuándo tiene que hablar y cuándo callar. Solo necesitamos seguir orando, estudiando y estar abiertos a su dirección. Necesitamos caminar con él, permanecer en él y mantenernos conectados. Él decide cuándo hablar y cuándo no. Tan solo mantente disponible. Él sabe cuándo tiene una tarea para ti. Y

encontrará una manera de hacértelo saber si te mantienes receptivo y conectado.

Pasaron unas semanas más y sonó de nuevo mi teléfono.

–Pavel, no te vas a creer lo que ha pasado.

–Prueba a ver –le dije, pues conozco cómo actúa Dios.

Me dijo:

–Todos los días oro, estudio y medito, y me pongo a su disposición para que se realicen sus planes. Oro y digo: «Por favor, Señor, si tienes algo para mí hoy, muéstramelo claramente, dame la oportunidad, ayúdame a verlo y oírlo, y haré tu voluntad.

»Ayer, elevé nuevamente la misma oración y, como de costumbre, Dios se mantuvo callado. Pero mi esposa y yo salimos de casa para hacer algunos recados. Mientras conducía, escuché una voz en mi cerebro que decía: “Dirígete a la escuela”.

»Le dije a mi mujer: “Cariño, he sentido que Dios me ha indicado que vaya a la escuela”.

»Ella me dijo: “Es época de vacaciones escolares, no hay nadie allí. Será cosa de tu propia mente.

»Le dije: “No, cariño, no es mi mente. Si así fuera, me habría dicho: ‘¡Ve al Olive Garden!’ Es la voz de Dios. Y no tiene sentido. ¿Para qué ir a la escuela en vacaciones?”

»“Bien –dijo ella–, entonces, ¡vamos!”.

»Di la vuelta a la furgoneta y conduje hacia la escuela. Cuando me detuve ante la puerta principal, vi a un tipo que se encontraba allí de pie. Al acercarnos más, pude ver que estaba llorando.

»“¿Qué le ocurre?”, pregunté.

»Dijo: “Hace veintiún años, yo fui alumno de esta escuela. Me pillaron con drogas y me expulsaron. Seguí consumiendo drogas y finalmente me convertí en traficante. Me apresaron y enviaron a prisión. Cuando al fin salí, no quería volver allí nunca más. Sabía que necesitaba a Cristo, Pero no sabía cómo cambiar. Necesitaba ayuda.

Por eso he venido aquí, ya que fue aquí donde aprendí acerca de Jesús y de su amor. Pero me he encontrado que las puertas están cerradas con llave. Llevo aquí orando desde hace un rato: 'Señor, envía a alguien que pueda ayudarme'".

¿Todavía habla Dios con su pueblo?

¡Sí! Dios lo hizo en la Biblia y aún lo hace. Él nunca cambia.

Dios me dijo que mirase

Compartí este mensaje con un grupo en Michigan. Allí, un hombre llamado James escuchó la historia y empezó a orar de la misma manera.

Le dijo a su esposa: «Cariño, necesitamos mantenernos en oración y escuchando la voz de Dios en lugar de escuchar las noticias de la radio cuando viajamos en coche. Necesitamos estar receptivos al plan de Dios para hoy, para mañana y para todos los días».

Así que apagaron la radio y oraban cada día.

Pasadas algunas semanas, conducían por la nieve una tarde. Dios le impresionó a él para que mirase a la derecha. Volvió la cabeza y vio algo:

–Cariño, he visto algo como un bulto blanco en la nieve.

Ella dijo:

–La nieve es blanca.

–No, no, no. Dios me hizo mirar ahí.

–Cariño, es tu mente.

–No, no es cosa de mi mente. Era la voz de Dios.

Salió en la siguiente salida, dio la vuelta, se encaminó a la salida anterior y entró de nuevo en la autopista, conduciendo lentamente y mirando a la derecha. A cierta distancia, en el campo, vio lo que parecía un pequeño bulto blanco en la nieve. Aparcó el coche en el arcén y se acercó hasta allí.

Efectivamente, allí había un anciano caballero de pelo blanco que llevaba una fina bata blanca. Tenía una pulsera en la muñeca con su

nombre y la palabra «Alzheimer». El hombre había deambulado fuera de la residencia de ancianos y se había desorientado y perdido. Ahora se hallaba cubierto de nieve y casi congelado.

James tomó al anciano en sus brazos y lo introdujo en su vehículo. Le llevó al hospital más cercano. El médico le dijo a James que había encontrado a aquel hombre en el último momento, casi demasiado tarde.

Después, en ese mismo día, la hija del hombre llamó a James.

–El doctor me ha contado lo que ha sucedido. Gracias por salvar a mi padre. ¡Qué contenta estoy de que no le atropellara con su coche!

–No podía haberle atropellado. Se encontraba fuera de la carretera, en medio del campo.

–Si no estaba en la autopista, ¿cómo le ha visto usted?

–No se lo creería si se lo contase.

–Cuéntemelo.

–Dios me habló y me ha indicado que mirase a la derecha.

–¿Cómo? ¿Dios le ha hablado a usted?

–Sí. La Biblia dice que «mis ovejas me conocen y oyen mi voz». Eso es lo que ha ocurrido.

–Eso no puede ser. Dios hablaba a la gente en el pasado, pero no en nuestros días.

–Sí, todavía nos habla. Lo que pasa es que no escuchamos.

–Me gustaría unirme a la iglesia de usted.

–¿Por qué?

–Porque las iglesias a las que asisto solo predicán teoría, pero la suya tiene un Dios real que habla con usted en nuestros días.

Dios conoce los planes que tiene para nosotros; el problema es que nosotros no lo sabemos. Oramos «¡Hágase tu voluntad!», pero para hacer su voluntad necesitamos conocerla primero. Y para conocer su voluntad, necesitamos escuchar, ser receptivos. Y luego, obedecer.

Así nunca llegaremos a los corazones de esta ciudad

—Sé lo que Dios quiere que haga —me dijo otro día Martha—. Impresionó mi mente para transmitirme que nunca llegaremos a las personas de nuestra ciudad solo mediante la evangelización y los estudios bíblicos. Necesitamos alimentarlos; tienen hambre. Necesitamos ayudarlos. Hemos de construir relaciones. Entonces podremos guiarlos a Jesús. Necesitamos tener un centro social.

—¿Qué implica eso? —pregunté, sintiéndome algo receloso.

—Bueno, necesitamos un edificio. Con comida, muebles y ropa. Donde dispongamos de todo lo que la gente necesita. Todo lo que usan. Si no tienen una mesa, les damos una. Y luego oramos con ellos cuando vienen a recoger comida. Tenemos que construir relaciones de amistad.

Ella estaba hablando del método de Cristo. Primero, él se mezclaba con la gente y suplía sus necesidades. Después les decía: «Sígueme».

—Estupendo, ¡bien por ti, Martha! —le dije con la mejor sonrisa de pastor— Dios te bendiga, hermana. Ve y hazlo.

—Pastor —respondió—, tú me dijiste que orase de este modo. ¡Ahora tú tienes que ayudarme a iniciar esto.

En mi interior pensaba: «Ya, ya, ya. Dios te dio a ti la visión. ¿Por qué no me la dio a mí? Yo soy el pastor». Pero Dios le dio la idea a Martha porque ella oró mucho acerca del asunto, y yo no.

—Vale, ¿qué quieres que haga? —pregunté.

Martha ya tenía el plan preparado.

—Necesitamos un local —dijo—. Vamos a quedar para buscar uno juntos.

—De acuerdo. El jueves por la mañana a las nueve. Te concederé media hora.

A lo que ella replicó:

—¿Media hora? Apenas podremos visitar un sitio en ese tiempo. Tenemos que ir de puerta en puerta, de negocio en negocio, para encontrar un local que alquilar.

–Entonces, de las nueve hasta el mediodía –le dije–. Las tardes las tengo ocupadas.

–Muy bien, tres horas –contestó.

Nos vemos el jueves

El jueves por la mañana llegué con el coche a la iglesia y lo aparqué en la zona de estacionamiento. A las nueve en punto de la mañana. Martha detuvo su furgoneta detrás de mí. Nos pusimos juntos en marcha, llamando a las puertas.

No encontramos nada. O el sitio era demasiado pequeño, o demasiado sucio y con goteras, o demasiado caro. Por supuesto, Martha ya había hecho los cálculos.

–No podemos alquilar nada por encima de 2.500 dólares al mes –me dijo.

Lo más barato que encontramos costaba 4.000 dólares al mes, casi el doble. Al final de nuestra búsqueda de tres horas, le dije:

–Bien, Martha, lo hemos intentado. Oraremos un poco más para ver lo que pasa después. Dios te bendiga.

–De acuerdo, pastor –sonrió–, ¡nos vemos el jueves que viene!

–No, no y no. Yo no dije «los jueves», en plural –protesté–. Dije «el jueves», en singular.

–Pastor, tú nos enseñaste en el seminario de oración que hemos de ser persistentes. Dijiste que si queremos que Dios nos bendiga, no tenemos que intentarlo una vez y luego abandonar. Debemos ser consagrados y activos. Dijiste que hemos de desearlo con todo nuestro corazón.

Martha había escuchado mis sermones mejor que yo. Y tenía razón.

Así que el jueves siguiente volvimos. Y el siguiente. Llamamos en todas las puertas que parecían prometedoras. Visitamos todos los negocios de aspecto apropiado. Finalmente, completamos nuestro recorrido por la ciudad.

—Bueno, Martha —le dije—, parece que no tenemos ningún otro sitio donde ir. Hemos probado en todos.

—¡Nos vemos el jueves que viene, pastor! —replicó.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Iremos al pueblo de al lado. Puede que Dios quiera que lleguemos a las personas de ese pueblo.

Un jueves tras otro y tras otro... Golpeamos todas las puertas.

Completamos la búsqueda en el segundo pueblo.

—¡Nos vemos el jueves que viene!

—¿Por qué? ¿Acaso hay otro pueblo al lado de este?

—No, empezaremos de nuevo en el primero.

—¡Eso ya lo hicimos! —Mi cabeza me empezaba a dar vueltas.

—¡Quizá encontremos algo recién abierto! —dijo.

—¿Estás segura de que Dios te dijo esto?

—Pastor, me pregunto todas las noches por qué Dios no nos ha proporcionado un local todavía y por qué tarda tanto. Él sigue impresionando mi mente para que seamos persistentes, sigamos tocando puertas, y lo hagamos sin dudar. Recuerdo que tú dijiste que no tenemos que entender para obedecer. Y que no podíamos comprender por qué Dios ordena construir un arca o caminar alrededor de Jericó. Y que si tratamos de comprender, nunca obedeceremos. Aseguraste que solo necesitamos confiar en él y seguir adelante. En tu sermón, incluso cantaste unas palabras del himno "Obedezco por fe". Y dijiste que la respuesta a la oración no suele ser un hecho puntual sino un proceso. Que Dios tiene que prepararnos para su plan y preparar a los demás, así como el lugar. Y que necesitamos seguir orando y trabajando. Recuerdo lo que dijiste: «Quienes esperan en el Señor». Por tanto, necesitamos esperar los tiempos de Dios. Nos vemos el próximo jueves, pastor.

¡Me estaba predicando de vuelta mi propio sermón! Empecé a sentirme mal porque en realidad no había orado lo suficiente. Así que

mis oraciones empezaron a cambiar y seguí yendo con ella. De nuevo al primer pueblo. Nos lo recorrimos otra vez. Luego al segundo y vuelta a empezar.

Todos los jueves por la mañana, mes tras mes. Llegué a estar tan cansado de ir de puerta en puerta todos los jueves, que me sentía listo para mudarme a otro distrito.

Pero Martha nunca perdió la fe. Ella nunca se cansaba. Nunca perdía su compromiso. Siguió sonriendo y siguió buscando.

–¡Sigamos la búsqueda! –decía cada vez.

–¿Por cuánto tiempo? –pregunté finalmente.

–Pastor, ¡tú dijiste que orásemos y saliéramos *hasta* que tuviéramos una respuesta!

Ay, qué cansado estaba. Pensé: «Señor, tienes que contestar a esta oración, sea sí o sea no. Pero necesitamos poner un límite a esto».

Seguimos. Un jueves, volvimos a un negocio que habíamos visitado varios meses antes. Era un estupendo local, pero el propietario quería 4.500 dólares. «Ni un centavo menos», nos había dicho la primera vez.

Ahora nos reconoció enseguida.

–Ustedes ya estuvieron aquí –nos dijo al saludarnos.

–Sí.

–Y me dijeron que lo máximo que podían pagar era 2.500 dólares.

–Así es.

–Yo quiero 4.500.

–No tenemos esa cantidad –le dije.

–¿Para qué lo quieren? –preguntó-. ¿Qué negocio tienen?

Intervino Martha, con su entusiasmo intacto.

–Bueno, no tenemos intención de abrir un negocio. Queremos abrir un centro social para ayudar a la comunidad.

–¡Guau! –exclamó– Entonces van a hacer una buena obra. ¿Sabes? La economía ha caído y no logro alquilar este local. Supongo que es mejor 2.500 dólares que nada. Pueden tenerlo por esta cantidad.

«¡Alabado sea el Señor!», pensé. «¡El jueves que viene ya no tendremos que volver!».

–Firmemos los papeles –le dije.

¿Cómo lo sabía usted?

Cuando acabamos de firmar el contrato, sonó mi teléfono móvil. Ni treinta minutos más tarde, ni siquiera quince. Tampoco un día después. Justo al acabar de firmarlo, sonó.

Lo contesté aun cuando no reconocí el número.

–Hola, ¿es usted el pastor Goia? –preguntó quien llamaba.

–Sí.

–Soy el director general de la cadena K-Mart. Vamos a cerrar la tienda y me preguntaba si les vendrían bien nuestras estanterías para su centro social.

Me quedé de piedra.

–¿Cómo sabía que vamos a iniciar un centro social? –pregunté.

Me dijo:

–*Todo el mundo* sabe que lo van a iniciar; llevan meses tocando puertas.

Toda la ciudad sabía ahora que una pequeña iglesia adventista del séptimo día iba a abrir un centro social para ayudar a la gente. Empecé a entender que Dios nos permitiera seguir llamando en las puertas hasta que la comunidad tuviera noticias de nosotros y de nuestros planes.

Nuestro primer anciano fue con su camioneta a cargar las estanterías de K-Mart. No pudimos meterlas todas en el local, así que sacamos las restantes a la zona de aparcamiento. Ropas y donaciones empezaron a llegarnos. Iglesias de otras denominaciones comenzaron a llamar con ganas de involucrarse, y animaron a sus miembros a hacerse con ropa y muebles.

Cuando sobrevino el huracán Katrina, nuestro pequeño centro social empezó a enviar camiones de dieciocho ruedas cargados de ropa. Y además, nos llegaron abundantes donaciones.

Yo me maravillaba pensando que nuestra iglesia habría sido demasiado pequeña para afrontar todo lo que estaba ocurriendo. Pude entender que Dios quería que llamásemos a todas las puertas para que toda la ciudad conociera este extraordinario proyecto y llegase a formar parte de él.

Iniciamos un grupo de oración en el centro social los jueves por la noche. Orábamos por todos los que acudían y les regalábamos un ejemplar de *El camino a Cristo*. Empezamos a entablar relaciones y la gente decía: «Esta iglesia es estupenda. Nos ayudan: oran por nosotros. Son la iglesia que representa a Jesús en nuestra comunidad. ¡Se preocupan!».

A estas alturas, muchos más de nuestros maravillosos miembros se habían implicado. Aportaron sus oraciones, sus destrezas y sus donaciones al centro social de Martha, y nuestro proyecto siguió creciendo.

El teléfono volvió a sonar. El gobierno local llamaba para preguntarnos si podríamos gestionar la distribución de cupones de alimentos. Les dijimos que sí. Luego nos llamaron para preguntar si podríamos ayudar a personas salidas de la cárcel en libertad condicional orientándolas y capacitándolas como voluntarios y enseñándoles tareas útiles durante su periodo de transición. Dijimos que sí.

Toda la ciudad lo llamaba ahora «nuestro centro social». No «vuestro centro social». Éramos un proyecto de la ciudad. Estábamos marcando una diferencia. El periódico local nos entrevistó y nos sacó en su portada.

Entretanto, nuestra iglesia empezó a tener visitantes. Comenzamos a impartir estudios bíblicos. También hacíamos evangelismo.

«¡Alabado sea el Señor!», pensé.

«¡Alabado sea el Señor!», decían los miembros de la ocupada iglesia una y otra vez.

¿Y qué sucedió?

Un día, se me acercó Martha de nuevo.

–Pastor, ¡deberíamos orar para que Dios expanda nuestro campo de acción!

–¿Qué quieres decir?

–¡Ya no tenemos más espacio! Recibimos tantas donaciones que no nos caben dentro, así que las dejamos fuera, en las estanterías de la zona de aparcamiento. Pronto llegarán las lluvias y las nieves. Tenemos que orar.

Una vez más, nuestro grupo de oración del centro social empezó a orar. Mientras nos arrodillábamos juntos una mañana, oímos un golpe en la puerta. Era el dueño del negocio de al lado.

–Voy a tener que cerrar la mitad de mi negocio cuando llegue el invierno porque mis gastos habituales son muy altos –nos dijo–. Veo que tienen ustedes sus cosas ahí fuera, y pronto llegará el mal tiempo. Pueden trasladar todas esas estanterías y ropas a la parte trasera de mi local siempre y cuando no enciendan la calefacción.

Martha preguntó:

–¿Cuánto nos cobrará por eso?

–Pueden disponer de ello gratis –contestó–. Están ustedes ayudando a la comunidad y quiero ser parte de sus bendiciones.

«¡Alabado sea el Señor!». Trasladamos todo lo que no nos cabía a la parte trasera de su edificio. Pronto, sin embargo, se llenó aquel espacio y las donaciones seguían llegando. Continuamos orando.

Tres meses más tarde, en medio del invierno, nuestro vecino del negocio del lado opuesto se paró delante de nosotros.

–¿Saben? –nos dijo– El hombre que les deja a ustedes usar la parte de atrás de su edificio me dijo que en tres meses Dios le bendijo con más ventas en su espacio reducido que las que tenía con su local entero abierto. Quiero darles la mitad de mi local también. Quizá Dios me bendiga igualmente.

En un año, crecimos tanto que tuvimos que comprar un edificio mayor. Y toda la ciudad conocía nuestra iglesia y nuestro centro social.

¿Por qué? Porque una dama estuvo dispuesta a orar *realmente*. Porque estuvo dispuesta a *escuchar y esperar* los tiempos de Dios. Y porque no dejó de trabajar con entusiasmo y entrega. Y, también, porque toda la iglesia se involucró de verdad cuando llegó la respuesta de Dios.

Durante todos aquellos largos meses que pasamos mirando locales cada jueves por la mañana, orando sin recibir respuesta, en todo ese tiempo Dios estaba de hecho en acción, preparándonos a nosotros y a la ciudad para su plan. Él quería que todos se enterasen y participasen.

No tuvimos que convencer a los visitantes de la iglesia de nada; vieron a Dios en nuestro amor y en nuestra conducta. Vieron el carácter de Cristo reproducido en sus hijos.

Todo, gracias a la oración persistente. Todo en el plan de Dios. Y a través de su poder.

RESUMEN

La oración es un diálogo, no un monólogo.

Ora, estudia, medita en ello, ora de nuevo. Haz de ello una conversación. Escucha a Dios. Ponte a su disposición. Él sabe cuándo tiene una tarea para ti y hallará la manera de hacértelo saber si escuchas y si estás abierto a su plan.

La respuesta a la oración es un proceso. Dios a veces se toma un tiempo para trabajar en nosotros y prepararnos para lo que él va a realizar.

Cuando Dios habla, no habla «en pequeño», pues Dios no es pequeño. Dios habla en grande. Tanto, que nuestras mentes no pueden abarcar lo que dice.

Pero cuando empezamos a orar, Dios empieza a actuar. Aunque no podamos entender sus planes, él necesita que le conozcamos tan bien que no tratemos de comprenderle en lugar de obedecerle. Antes bien, confiemos tanto en él que obedeceremos cualquier cosa que nos pida que hagamos.

¿QUÉ HARÁ? ¿DESFRATERNI- ZARNOS?

Me encanta la montaña. Si me dejaran en una pequeña cabaña en la montaña junto a un arroyo o un lago, sería feliz. Todo lo que necesito es un par de libros, agua corriente y montañas. Y comida, mucha comida.

Mi amigo, Pitzí, y yo escalamos prácticamente todas las montañas de Rumanía a lo largo de los años. A veces, los dos solos, y a veces con nuestro grupo de la iglesia. Cuando éramos adolescentes, nuestro pastor, el hermano Traian, llevaba a los jóvenes a acampar en la montaña varias veces al año.

El hermano Traian era enérgico, valiente, humilde y dispuesto al sacrificio. Normalmente no se molestaba cuando Pitzí y yo gastábamos bromas. Decía: «Chicos, vosotros sois los primeros en asistir a los estudios de la Biblia, a los programas y a las reuniones de jóvenes».

El hermano Traian y su esposa, la hermana Irina, no tenían hijos propios. Eran muy cálidos y amables con nosotros. A menudo nos invitaban a comer a pesar de nuestras bromas. «Sois nuestros chicos», decían.

Vivían justo al lado de la iglesia. El local de la iglesia tenía forma de ele. Si entrabas a la iglesia por la puerta principal y girabas a la derecha, te topabas con la sala de juntas y con unas escaleras. Si las subías, podías o bien acceder al coro de la iglesia o girar a la derecha para entrar en el ático, situado sobre la casa del pastor.

Poco después de que se mudaran allí, le dije a Pitzi: «Tengo una idea, entremos en el ático». Subimos sigilosamente las escaleras de la iglesia y, de puntillas, cruzamos el ático hasta donde se abría una chimenea de acero inoxidable situada sobre la cocina de ellos. La llamábamos una *hota*, y era como una campana, pero no tenía filtro ni extractor de aire. Era primitiva. Literalmente, solo un agujero que dejaba salir el humo hasta el ático.

Podíamos oír al hermano Traian y a la hermana Irina hablando debajo, en la cocina. Sabíamos que se amaban, pero en ese momento tenían una educada discusión.

–Cariño, ¡tengo hambre! –dijo el hermano Traian– ¿Aún no has terminado de cocinar? ¿Está ya lista la cena?

–Todavía no. Pero puedes ayudarme y acabaré antes.

–No puedo. Tengo que concluir mi sermón.

–Entonces ten paciencia. Estoy trabajando en ello.

Pitzi y yo nos miramos sonriendo a la vez que concebíamos una idea. Sabíamos lo importante que era la comida para el hermano Traian.

Disfrutábamos del aroma que ascendía hasta nosotros desde la cacerola de sopa mientras aguardábamos nuestra oportunidad. Cuando la hermana Irina salió de la habitación por unos minutos, le susurré a Pitzi: «¡Vamos a hacerlo ahora!».

Nos habíamos traído un largo alambre que doblé por un extremo para hacer un gancho. Luego lo dejé caer a través de la *hota*, usando el gancho para levantar la tapa de la cacerola de sopa. Derramé dos o tres tazas de sal en ella y luego puse la tapa de nuevo.

Apenas podíamos mantenernos callados cuando, minutos después, el hermano Traian se sentó a la mesa para tomar su primera cucharada de sopa. La escupió enseguida.

–¡Irina! ¡Esta sopa está horrible!

Ella se molestó:

–Si no te gusta, ¡cocina tú!

–Cariño –dijo él–, tú sueles cocinar bien. Pero ¿sabes lo que pasa? Que has echado demasiada sal.

–Cariño, he echado la cantidad normal que le echo siempre –contestó ella.

–No. Pruébala.

–Ya lo he hecho antes, mientras la preparaba.

–Ven, toma una cucharada.

Una pausa y luego le oímos emitir a ella un pequeño sonido como si se ahogara.

–¡Ay, tienes razón! ¡Está horrible! No sé qué ha pasado.

El hermano Traian dijo:

–Bueno, no te preocupes. Se nos olvidará. Preparemos patatas o alguna otra cosa.

–Vale –dijo ella.

Pitzi y yo nos deslizamos afuera silenciosamente, tratando de contener la risa todo el camino. Al día siguiente, nos dijimos: «¡Vamos a hacerlo otra vez!».

Pero cuando llegamos allí esa tarde, encontramos algo aún mejor que hacer. Vimos su ropa tendida en cables por toda la parte superior del fogón de su cocina porque no tenían secador de ropa.

El hermano Traian y la hermana Irina habían salido cuando nosotros llegamos, así que rápidamente cogimos todas las prendas y las colgamos sobre el manzano grande que había junto a la iglesia. El árbol estaba en el patio delantero situado frente a la calle, lo que hacía todo aún más divertido.

Luego nos escondimos otra vez en el ático para escuchar sus reacciones cuando llegaran a casa. No tuvimos que esperar mucho.

–¡Cariño! –se oyó la voz de la hermana Irina– Te he pedido antes que tendieses la ropa para secarla, pero ¿por qué la has tendido fuera? Está toda sucia. Ahora tengo que lavarla otra vez.

–No, cariño. Yo no la he tendido fuera –dijo el hermano Traian, desconcertado.

–Bueno, creo que has perdido la cabeza –replicó ella–, porque está toda la ropa tendida en el manzano.

Justo en ese momento, me moví por error, produciendo un ruido algo chirriante. Los dos se dieron cuenta enseguida de lo que estaba ocurriendo.

–¡Ajá! –dijo la hermana Irina casi gritando, y se la notaba rabiosa– No eres tú el de la sal, ¡son Pitzi y Lucu! No eres tú el de la ropa, ¡son Pitzi y Lucu! ¡Vosotros arruinasteis mi sopa!

El hermano Traian trataba de contener la risa.

–Vamos, Irina, no se lo tengas en cuenta. Son nuestros chicos. Los queremos.

–Los chicos necesitan límites –replicó ella bruscamente–. ¿No ves todo lo que hacen?

–Eso es cierto –dijo él–. Significa que son listos.

Y a nosotros nos dijo:

–Chicos, siempre estáis tramando cosas, y sois de lo más activos. Pero conviene que uséis vuestras ideas de manera positiva, o acabaréis haciendo algo que más tarde lamentéis.

La hermana Irina era demasiado amorosa como para que le durase la rabia mucho tiempo.

Te dije que pusieras límites

Una vez el pastor y su esposa llevaron al grupo de jóvenes de la iglesia a acampar cerca del mar Negro. En este viaje, plantamos nuestras

tiendas en la playa junto a un lago llamado Techirghiol, que es tan salado que no puedes hundirte. O sea, que puedes sentarte en el agua a leer el periódico. Cuando sopla el viento, se forman literalmente barras de sal en el agua.

La primera noche, cuando vimos lo profundamente dormido que estaba el hermano Traian, tuve una idea. Pero la compartí con la hermana Irina primero, y ella me permitió seguir adelante con ella.

—Hola a todos —dije—, ¿por qué no le gastamos una broma al pastor?

A muchos de ellos les chocó mi propuesta.

—No, hombre, no. ¡No podemos hacer eso!

—¿Pues qué va a hacer? —pregunté— ¿Desfraternizarnos?

Finalmente los persuadí a todos.

Trajimos al hermano Traian, profundamente dormido en su colchón inflable, y le depositamos en el lago. Luego lo empujamos lentamente desde la orilla.

Después de reunirnos en silencio nuevamente en la playa, di la señal. Y todos juntos, gritamos: —¡Hermano Traian! ¡Los filisteos vienen sobre usted!

Nunca he visto a nadie moverse tan rápido. Se incorporó de golpe, perdió el equilibrio y cayó al agua.

Todos nos reímos tan fuerte que apenas pudo suportarlo.

—¡Pitzi y Lucu! —bramó— Sé que esto fue cosa vuestra. Hablaré con vuestros padres.

Pero la hermana Irina se rió aún más.

—¡Ajá! Te dije que pusieras límites —le gritó. Él estuvo resoplando unos minutos más, pero nunca le duraba mucho el enfado.

En lugar de ello, me mostró cómo era un verdadero pastor.

El hermano Traian no solo predicaba acerca de Dios.

Él y la hermana Irina estaban llenos del Espíritu Santo

y vivían la gracia de Dios en cómo nos trataban.

Fueron tan pacientes con Pitzi y conmigo, que muy pronto nos invitaron a su casa. Plenamente dispuestos a reírse y a perdonar nuestras bromas. Siempre animándonos.

«Chicos, sabemos que Dios tiene un plan para vosotros», nos decía el hermano Traian. «Él hará mucho a través de vosotros».

Por qué necesitamos oraciones cortas

Alguien me preguntó en una ocasión: «¿Llegaron a ver el pastor y su esposa cómo finalmente Dios te guió al ministerio? ¿Supieron lo que Dios hizo a través de ti y de Pitzi cuando crecisteis?».

Cuando escribo este libro, el hermano Traian y la hermana Irina disfrutaban ambos su jubilación. Solo hace un par de años, cuando estuve de regreso en Rumanía, Pitzi y yo viajamos juntos en coche hasta donde vivían. ¡Fue maravilloso verlos otra vez! Aun cuando no podíamos quedarnos mucho tiempo, lo pasamos muy bien reviviendo algunos de nuestros mejores recuerdos, incluyendo las excursiones y acampadas de los jóvenes a las montañas o al mar.

Fuimos a Caraiman, a Herculane y a muchos otros lugares. En Caraiman, pasamos por un peligroso lugar, llamado El Cuerno, donde el camino se hacía muy estrecho. En algunos lugares no había sendero sino solo un cable del que colgarse durante un breve trecho hasta llegar a un punto en el que poner los pies otra vez. Pitzi y yo, en lugar de andar seguros por el camino como todos los demás, decidimos deslizarnos sobre la nieve entre las muy cercanas paredes. La pendiente de nieve era estrecha y descendía casi verticalmente. Recuerdo que la hermana Irina nos gritaba: «¡Os vais a matar! ¡Id por el sendero como los demás!».

Uno de los recuerdos más intensos fue el de cuando nos llevaron al grupo de jóvenes a la cima de una montaña próxima a un sitio turístico encantador. Yo tenía diecisiete años. Como de costumbre, todas las personas normales (es decir, todos excepto Pitzi y yo) ascendieron por el camino normal. Este subía por una ladera de la montaña

con una bonita pendiente. Por allí había varios gratos lugares en los que hacer una pausa y comer.

Pero Pitzi y yo decidimos escalar por el camino difícil. La otra ladera de la montaña subía directamente desde el lecho del valle, casi vertical en muchos puntos, con solo estrechas cornisas aquí y allá. No teníamos ningún equipo de escalada, ni siquiera una cuerda. Simplemente subíamos.

Escalar rocas solo con las manos es extremadamente peligroso. ¡Créeme! Una vez que has llegado lo bastante alto, ya no hay manera de volver atrás.

Ese día, seguimos avanzando, avanzando y avanzando. Llegamos al punto en que nos encontramos agotados y temblando. Alcanzamos un saliente de nieve y paramos a descansar unos momentos. Aun entonces, no nos soltábamos de nuestros asideros y respirábamos con dificultad. Pitzi me decía:

—No mires abajo.

—¿Por qué? —pregunté, empezando a mirar. E inmediatamente dejé de hacerlo. El fondo del valle estaba muy por debajo de nosotros; entremedias, no había más que aire.

—Necesitamos subir hasta la cima —dijo Pitzi—. No podremos aguantar mucho más tiempo.

Él empezó a escalar de nuevo. Yo así lo hice también, solo un poco por detrás de él.

Estábamos casi en la cima. El resto de nuestro grupo ya estaba allí, y algunos de ellos miraban por encima del borde, observando cómo concluíamos el ascenso.

Puse mis manos en la roca situada sobre mí para dar el siguiente paso, pero no vi una enorme grieta que había justo sobre la cornisa. Cuando comencé a tirar de mi peso hacia arriba, la roca se desprendió de la montaña. Perdí el equilibrio y traté de aferrarme de nuevo. Pero ya estaba cayendo.

No había nada que pudiera hacer en ese momento. Instantáneamente supe que caía hacia la muerte, a lo que le siguió una brusca sacudida. En vez de continuar cayendo, me quedé colgando al revés, mirando hacia el valle de allá abajo.

Por la gracia de Dios, Pitzi y yo llevábamos los dos botas con pesados ganchos para sujetar los cordones.

Un gancho de mi bota se trabó en un gancho de la bota de Pitzi. Ahora yo estaba balanceándome cabeza abajo en el aire, sostenido solo por el gancho de una bota.

¿Sabes lo que hice entonces? Oré como nunca antes lo hiciera.

Oré *realmente*. Fue una corta oración. Es bueno aprender a orar cortas oraciones ahora porque puedes necesitarlas en el futuro.

Dije: «¡Señor, no hay nada que pueda hacer yo a menos que me ayudes!».

Amigos, a veces pensamos que tenemos el control, pero solo fingimos. Nosotros no tenemos el control.

*Nos gusta creer que
estamos a cargo de nuestras vidas,
de nuestras situaciones,
pero no es así.*

No hay nada que podamos controlar, todo está en las manos de Dios. No nos gusta reconocer esto porque somos orgullosos. Pero cuando tu vida está colgando del gancho de una bota, ya no hay orgullo que valga.

Desde arriba, algunos del grupo de la iglesia lanzaban gritos y lloraban. Recuerdo haber escuchado la voz de la hermana Irina: «¡Oh, Señor, protégelos! A Pitzi y Lucu, ¡Señor, protégelos!».

Alcé la cabeza para dejar de mirar hacia abajo y mirar a Pitzi. Él había logrado un firme asidero a una roca con una mano y estaba

extendiendo la otra mano para agarrar una rama. Yo podía sentir el gancho de la bota empezar a doblarse; podía sentir que me iba...

Pitzi partió la rama y me la tendió. La atrapé con una mano y, en ese mismo instante, el gancho se soltó y mi cuerpo cambió a la posición inversa: las piernas bajaron y ahora colgaba de esa rama. La agarré con la otra mano también. Ahora mi cuerpo, de hecho, se balanceaba.

Dijo Pitzi:

–No te muevas. Mantente quieto.

Le dije:

–Es el viento, ¡yo no me estoy moviendo! –Apenas respiraba siquiera, ya que temía que la rama se me resbalara.

Pitzi aprovechó el impulso para moverme lentamente de atrás adelante mientras yo buscaba rápidamente un asidero.

–Muéveme hacia la derecha –le dije, y lo hizo. Él estaba temblando. Mantuve una mano en la rama y extendí mi diestra para agarrar la roca. Y luego mi pie izquierdo. Y solté la rama. Yo también temblaba mucho. «Gracias, Señor», susurré.

¿Puedes imaginarlo?

Cuarenta años después, sentado en el salón con el hermano Traian, la hermana Irina y Pitzi, yo aún recordaba cómo me sentía cuando mi vida pendía del gancho de una bota.

Nuestra charla se prolongó, pero pronto fue hora de partir. Recuerdo al hermano Traian mirándonos a Pitzi y a mí durante unos instantes antes de hablar. Siempre recordaré sus palabras.

«Mirad lo que ha hecho Dios por medio de vosotros», dijo. «Mirad cómo os está usando. Los dos le servís, cada uno de diferente manera. Cuidáis de las personas. Predicáis el evangelio. ¡Qué privilegiado me siento por haber sido vuestro pastor!».

¿Te imaginas cómo sería nuestra iglesia hoy si todos los líderes de la misma tratasen a nuestros jóvenes como lo hacían el hermano

Traian y la hermana Irina? ¿Puedes hacerte una idea de cómo sería hoy nuestra iglesia si todos mostrásemos nuestro amor por Dios en la manera en que nos tratamos unos a otros?

En lugar de ello, nos llamamos orgullosamente cristianos y comemos tofu y brócoli. Pero somos demasiado egocéntricos para ser misericordiosos. Demasiado orgullos para ser perdonadores. Estamos demasiado ocupados para dar ánimos. Somos demasiado egoístas para mostrar compasión a otros que son diferentes o resultan molestos. Con frecuencia es más fácil para nosotros decir palabras de reproche que palabras de consuelo y esperanza.

Alguien puede saberse todas las doctrinas correctas y, pese a ello, no tener ni idea de cómo se muestra el amor.

*Mientras no entendamos cuánto necesitamos la gracia,
no la recibiremos.*

*Y mientras no recibamos la gracia, no podremos impartirla.
No podemos dar a los demás lo que nosotros mismos no tenemos.*

Muchos en la iglesia de hoy no tienen la unción del Espíritu Santo. Ni siquiera saben cómo recibir amor, no digamos cómo compartirlo. *Hablan* mucho acerca de Jesús y su sacrificio, pero Jesús no parece muy activo en sus vidas. En vez de ello, muchos están dormidos, engañados por la idea de que asisten a la iglesia, y de que guardan las doctrinas y conocen el sábado.

No se dan cuenta de que no están llenos del Espíritu Santo. De que están desprovistos de aceite. No tienen relación alguna con su Salvador.

Crean que son salvos. Pero la salvación no es un hecho; es una Persona. La salvación es Jesucristo viviendo en nosotros por medio de su Espíritu. Por eso cantamos "Entra en este corazón". Cuando él viva en nosotros a través de su Espíritu, habrá transformación; habrá fruto, el fruto del Espíritu. Habrá amor y gracia.

Buscar la presencia del Espíritu Santo, buscar la renovación, ser constantemente llenos del Espíritu ha de ser nuestro principal empeño. «En virtud de la acción del Espíritu Santo la imagen moral de Dios se perfecciona en el carácter. Hemos de ser totalmente transformados a la semejanza de Cristo».¹ Cuando tenemos el Espíritu Santo, tenemos aceite. Cuando tenemos aceite, tenemos fuego, luz y amor. Si no tenemos el fuego, no tenemos el Espíritu. Si no tenemos la luz, no tenemos el Espíritu. Si no tenemos el poder, no tenemos el Espíritu. Y si no tenemos amor, no tenemos el Espíritu.

Las personas no siguen viniendo a la iglesia porque tengamos buenos programas. Lo hacen cuando ven la presencia y el amor de Dios allí.

RESUMEN

Necesitamos orar para que nuestro Padre que está en el cielo derrame el poder ungidor del Espíritu Santo sobre nosotros y toque nuestros corazones con su asombrosa, extraordinaria e infinita gracia. Solo él puede cambiarnos. Nosotros, ciertamente, no podemos cambiarnos a nosotros mismos.

Somos transformados contemplando. Necesitamos concentrar nuestros ojos en Cristo, nuestra salvación. Cuanto más reflexionamos, miramos y entendemos lo que él ha hecho, más pasión y amor tenemos por él y unos por otros.

Cuando como pueblo nos unimos para orar por el Espíritu Santo, somos transformados, nuestras familias son salvas, nuestras iglesias crecen.

¹ Elena G. White, *Recibiréis poder*, pág. 27.

"KUMBAYÁ"

Cuando Pitzi y yo estábamos en la universidad de Bucarest, también nosotros empezamos a llevar a grupos de jóvenes de la iglesia a excursiones de acampada en la montaña. Recuerdo uno de esos viajes porque recibí una llamada telefónica unos días antes de que fuéramos.

–Pavel –dijeron–, llamamos por nuestra hija. ¿Recuerdas a Elena?

–Por supuesto que la recuerdo. ¿Cómo está? –pregunté. Nos habíamos conocido de niños, pero hacía años que no la veía.

–No está bien –me dijeron–. ¿Podrías, por favor, orar por ella? No quiere saber nada de Dios. Ni de la iglesia. Bebe un montón. Y fuma. Incluso nos dijo que si le hablábamos de Dios, cambiaría su número de teléfono y nunca nos volvería a dirigir la palabra.

–Oraré por Elena –les dije–. Y haré que nuestro grupo de jóvenes también ore por ella.

–¡Gracias, Pavel! Pero recuerda, si alguna vez la ves, no le hables de Dios ni de la iglesia. No trates de resultarle simpático porque te odiará en el acto. Simplemente háblale de montaña y escalada. A ella eso le encanta.

Actúa de acuerdo con tus oraciones

Llamé a mis amigos del grupo de oración de jóvenes y añadí el nombre de Elena a nuestra lista. Durante un periodo de dos años, varias personas por las que orábamos habían vuelto a la iglesia y algunas incluso fueron bautizadas.

En este caso pedíamos sabiduría y creatividad acerca de cómo conectar con Elena. «No podemos invitarla a la iglesia», les dije a todos. «Ella se negará. Pero vamos a invitarla a que se venga de acampada con nosotros en la montaña». Queríamos usar el método de Cristo para construir una amistad con ella.

Cristo construía amistades primero.

Luego decía: «Sígueme».

Pocos días después, decidí llamarla. Antes de hacerlo, pedí sabiduría y que el Espíritu de Dios dirigiera la conversación. Luego la llamé. Cuando contestó, su voz no era amistosa.

—Hola.

—Hola, Elena.

—¿Quién es?

Yo no podía decir: «Soy Lucu», porque ella diría: «Ah, de la iglesia. ¿Qué quieres?».

Y tampoco podía decir: «Un amigo», porque entonces diría: «No, yo no tengo amigos».

Así que dije:

—Soy tu enemigo.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—¿Qué quieres?

—Quiero amargarte la vida.

—¿Cómo? Si ni siquiera me conoces —replicó.

–Sí, sé que te gusta la montaña –dije–. Y puedo derrotarte en cualquier competición de escalada.

Yo sabía que era muy competitiva.

Se mostró intrigada.

–¿Y cómo vas a derrotarme? –desafió– Llevo escalando rocas *por todas partes*; y también esquiando.

–No lo suficiente –respondí–. Yo he estado en todas las montañas, en todos los senderos y en todas las cabañas de Rumanía. Literalmente, tengo fotos de todos los sitios.

–Bueno –continuó ella–, yo escalé tal montaña y tal otra... ¡sin cuerda!

Le dije:

–Eso es un juego de niños. Yo he escalado lugares más peligrosos sin cuerda.

Le conté brevemente mis experiencias en Herculane, en el Pico de Caraiman y en otros sitios. Luego le mencioné el lugar donde estuve a punto de morir. Colgando boca abajo, trabado al gancho de una bota.

–¡Imposible! Yo he estado allí. La gente no escala por ahí. Se matan.

–Mi amigo y yo lo escalamos solo con las manos. Y yo caí desde allí.

–Si caíste desde allí, estarías muerto.

–Bueno, estoy vivo. Colgué boca abajo del gancho de mi bota.

A lo que ella dijo:

–¿Pero qué *dices*? ¡Eso no tiene ni pies ni cabeza! ¿Y por qué has llamado? ¿Quién eres?

–Tú me conoces, Elena. Soy Lucu. Crecimos juntos. Te he llamado porque sé que te gusta la montaña. Dentro de dos semanas voy a llevar a nuestro grupo de jóvenes a una de las mejores montañas de Rumanía; la mayor parte ni siquiera sabe que existe. Y no quiero que te lo pierdas.

–¿Qué montaña? –preguntó.

–Borsa –contesté–, en Bucovina. Allí la naturaleza es hermosa

y salvaje y hay unos monasterios antiguos. Y un lago en lo alto de la montaña. Y mana agua mineral con gas de la tierra. Las vistas son imponentes. Pasaremos una semana allí. ¿Te vienes?

Respondió:

–Me tienta *mucho* ir.

–¿Por qué no?

–Porque sois los jóvenes de la *iglesia*. Vais a orar. Vais a formar un círculo y a cantar “Kumbayá”, y yo eso lo *odio*. Y tú me vas a llamar para que ore con vosotros.

Le dije:

–Escucha. No *queremos* que vengas a nuestro grupo de oración.

–¿Cómo?

–No queremos que te unas a nuestro estudio. Ni a nuestras oraciones. Ni a cantar.

–¿Cómo?

–Deja de decir “cómo” todo el tiempo –me burlé.

–Bueno, se supone que *tenéis que* invitarme a vuestro grupo de oración. Y que *tenéis que* convertirme.

Le dije:

–No. No queremos que estudies ni cantes con nosotros.

–¿Por qué?

–Al fin no dices «cómo». Dices «por qué».

Entonces se echó a reír. Se había roto el hielo y ella estaba relajada.

–Bueno, sé que intentaréis que me una a vuestro tiempo de oración, Lucu –me dijo–, pero yo no creo en Dios. No creo que exista. O, si existe, no creo que se preocupe por nosotros ni que sea un Dios bueno. Y no quiero ni oír hablar de él.

–Bien –repliqué–, y yo no quiero que participes en nuestro grupo de oración porque no quiero que enseñes a los jóvenes a pensar así. Así que puedes venir con nosotros pero, por favor, mantente aparte cuando oremos y cantemos.

–¡Trato hecho! –dijo de inmediato– Normalmente la gente trata de convencer a otros para que participen. ¡Pero tú me prometes que no me invitarás!

–Es más –le dije–, si vienes a cantar o a orar, te pediré que te vayas.

–¡De acuerdo! –exclamó.

–¡De acuerdo! –contesté yo.

"Kumbayá"

Llegamos a la montaña después de todo un día viajando. Cuando nos apeamos del tren, pagamos un camión de transporte de madera para subir a la montaña. Pero luego aún caminamos cuatro horas más hasta llegar a donde íbamos a acampar.

Estábamos muy cansados. Sacamos la comida, comimos y montamos nuestras tiendas.

Entonces alguien dijo:

–Oremos antes de ir a dormir.

En cuanto oyó eso, Elena desapareció en su tienda.

Les dije a los chicos:

–Vamos a prender una hoguera.

–¿Dónde? ¿Qué sitio es el mejor?

–Delante de su tienda –contesté.

–¿Por qué?

–Hagámoslo y punto –dije.

Pronto la leña estaba ardiendo y todos nos reuníamos alrededor, justo delante de la tienda de Elena. Empecé a cantar y todos se unieron.

«Kumbayá, Señor, Kumbayá».

De repente se abrió una cremallera. Elena asomó la cabeza inmediatamente.

–Dijiste que no me invitarías –me acusó.

Le respondí:

–¿Acaso alguien te ha invitado? ¡Vuelve a tu tienda!

Ahora estaba enfadada. Se puso corriendo las botas y empezó a pisar fuerte mientras desmontaba su tienda. Le llevó una media hora. Luego se trasladó más allá y armó la tienda de nuevo. Esto le llevó otra media hora.

Una vez que estuvo dentro, les dije a los chicos:

–Cambiemos de sitio la fogata.

La trasladamos delante de su tienda y empezamos a cantar de nuevo “Kumbayá”.

Ella salió mostrándose atónita.

–¿Por qué hacéis eso?

–Eh –le dije–, ¡vuélvete a tu tienda y déjanos en paz!

Ella respondió:

–¡Estáis predicando delante de mi tienda!

–Pues cambia la tienda de sitio –le dije.

–¡Ya lo he hecho!

Ella no podía bajar la montaña sola de regreso. Y estaba demasiado cansada para cambiarse de sitio otra vez. Así que se fue a dormir.

Al día siguiente, ya más tranquila, se vino de senderismo con nosotros. Pero esa noche volvimos a hacer lo mismo. Cantamos, oramos y charlamos acerca del sacrificio de Jesús, de su amor, su gracia y su poder transformador, justo delante de su tienda. La siguiente noche, lo mismo.

–Me pongo dos almohadas encima de la cabeza –se quejaba–, pero aun así os oigo.

–Oye –le dije–, tú no tienes que creerlo. Si no estás de acuerdo, muy bien. No vamos a pedirte que vengas a orar con nosotros ni que te creas lo que oyes.

Me miró con furia. Pero todas las noches, nos siguió oyendo.

¿La gente cambia?

Los mensajes que compartí eran sobre transformación. «Empecemos con una pregunta», les dije a los jóvenes. «¿La gente cambia?

¿Estás tú tratando de cambiar? ¿Cómo acontecen realmente el cambio y el crecimiento? ¿Es posible la justicia?». Hablamos acerca de una total dependencia de Dios. Señalamos que es nuestra tendencia natural esforzarnos duramente por cambiar. Ahora bien, aunque podemos modificar nuestra conducta externa, nunca podremos cambiar nuestra naturaleza.

Cada noche daba ejemplos de la Biblia, como los de María, Zaqueo y la mujer del pozo. Compartí cómo Jesús le dijo a Nicodemo que el cambio solo es posible mediante el Espíritu Santo. Este trae convicción, arrepentimiento, salvación, transformación, fruto y todo lo relacionado con el crecimiento espiritual.

Unos días más tarde, Elena se dirigió a mí muy enfadada.

—Todo lo que dices es mentira —me dijo—. La gente no cambia. Yo lo he intentado. Me he esforzado mucho por dejar de fumar y de beber, pero sigo recayendo en lo mismo. Oré y Dios *nunca* me dio liberación. Las personas no tienen poder para cambiar. Deja de mentir a estos chicos.

Le dije:

—Tienes razón. Y necesitas audífonos. Yo nunca he dicho que las *personas* tienen poder para cambiar. De hecho, lo que he dicho es que *no* tienen ese poder. Pero *Dios* puede cambiarlas.

Ella me miró.

—Si eso es así —preguntó—, ¿entonces por qué yo no puedo cambiar?

Las personas no tienen poder para cambiar.

***Puedes cambiar tu conducta por un tiempo,
pero no puedes cambiar tu naturaleza ni tu corazón.***

—Escucha —contesté—, déjame contarte lo que me dijo mi padre cuando yo trataba de vencer la ira.

Hijo, esa es la pregunta equivocada

De joven, yo era testarudo y orgulloso. Por alguna razón, podía hacer todo lo que me propusiera, bueno o malo. Siempre lo llevaba a cabo.

La excepción es que nunca lograba controlar mi mal carácter. Le pregunté a mi padre:

—¿Cómo puedo obtener la victoria sobre la ira? ¿Cómo puedo cambiar?

—No puedes —respondió mi padre—. Hijo, esa es la pregunta equivocada. Dices: «¿Cómo puedo cambiar?», pero la cuestión no es sobre cambiar tu conducta. Tú *quieres* ser una persona paciente, por eso tratas de mantener todo bajo control dentro de ti. Pero una persona enojada que trata de controlar su enojo sigue siendo una persona enojada. Hay veneno en la fuente interna. Eso no lo puedes cambiar. Puedes lograr controlar tu carácter por un tiempo, pero volverás a estar airado a menos que Jesús te cambie el corazón. Solo él puede hacerlo. Debes nacer de nuevo.

Nosotros no podemos *producir* el fruto del Espíritu. No es *nuestro* fruto. Es el fruto *del* Espíritu. Por consiguiente, en lugar de tratar de producir el fruto del Espíritu, necesitamos buscar la *presencia del* Espíritu. Necesitamos *tener* el Espíritu.

Solo el Espíritu da el fruto del Espíritu.

Necesitamos momentos de oración consagrada para que Dios derrame el amor y el poder del Espíritu Santo en nuestros corazones. Solo su presencia en nosotros puede transformarnos.

Un manzano no produce manzanas para merecer ser un manzano. Un manzano da manzanas como resultado natural.

No hacemos buenas obras para *merecer* ser cristianos. *Llegamos a ser* cristianos porque Jesús nos ama y porque somos perdonados y salvados. Nos centramos en él y en lo que ha hecho por nosotros y

buscamos una íntima relación con él. Y cuando Jesús vive en nosotros, el fruto brota naturalmente sin esfuerzo humano alguno.

Primero Jesús vive en nosotros. Luego mostramos buen fruto como resultado. Ese es el orden.

Volvamos con Elena

–Tú eres igual que yo –le dije a Elena.

Y entonces le cité del libro *El camino a Cristo*:

«Tú también eres pecador. No puedes expiar tus pecados pasados, no puedes cambiar tu corazón y hacerte santo. Pero Dios promete hacer todo esto por ti mediante Cristo. *Cre*es en esa promesa. Confiesas tus pecados y te entregas a Dios. *Qui*eres servirle. Tan ciertamente como haces esto, Dios cumplirá su palabra contigo. Si crees la promesa, si crees que estás perdonado y limpiado, Dios suple el hecho; estás sano».¹ Ella empezó a llorar.

–¿Qué he de hacer? –preguntó.

–Dios prometió producir el milagro de un nuevo nacimiento en ti –contesté–. Por decirlo así, él no te *arregla*; te hace nueva. No repara un corazón roto. Lo reemplaza. Él extraerá tu corazón de piedra y te dará un nuevo corazón, de carne. Y eso es un milagro creativo. Solo un Creador puede hacerlo.

»Si decides confiar en él –continué–, entonces él trabajará en ti. Tiene paciencia y misericordia más allá del entendimiento humano. No trates de comprender cómo actúa. No trates de merecerlo. No trates de pagar por ello. Y no trates de hacerlo por ti misma.

–Pero ¿cómo sabré si realmente he nacido de nuevo? –preguntó– Especialmente si no puedo sentirlo.

–La obra de Dios no se basa en tus sentimientos, Elena. Se basa en su carácter. Confía en su promesa. Él puede y quiere hacerlo. Solo dile: «Señor, no entiendo, pero voy a decidir confiar en tu promesa, a dejarte actuar en mí, a pedir siempre tu presencia y a rendirme diariamente».

Eleve esta oración cada día –continué–. No esperes a *sentir* que eres hecha nueva. Simplemente di: «Creo».

»Mantén tus ojos en Jesús, no en ti misma, ni en tus pecados y problemas –le dije–. Permanece conectada a él y confía en él. No te permitas dudar de su poder ni de su amor. No necesitas entender cómo actúa para creer. Nunca lo entenderás. Solo ejerce la fe diciendo: “Confío en su amor y su promesa. Él entregó a Jesús para mí, él prometió finalizar su obra en mí, y yo voy a decidir diariamente confiar en él”.

Lo que decimos influye en lo que pensamos. No podemos permitirnos hablar o pensar en términos de duda. Digamos: «Creo». No porque sintamos algo, sino porque Jesús lo prometió y él no puede mentir.

*«Debemos hablar con fe, cantar con fe, actuar con fe,
y entonces veremos la profunda influencia del Espíritu de Dios».²*

Le dije también a Elena:

–Jesús le dijo a Nicodemo que el Espíritu Santo es como el viento. No vemos el viento; solo vemos sus efectos al pasar por delante. Pero el cambio lleva tiempo. Nunca he visto a un muchacho empezar un día en una facultad de medicina y convertirse en médico al día siguiente. Lo mismo ocurre con esto. No veo a las personas creciendo espiritualmente un día y, ¡bum!, volviéndose santas al instante. Es un proceso largo y Dios tiene paciencia con nosotros. Puede que nosotros no la tengamos con nosotros mismos, pero la paciencia divina rebasa todo entendimiento. Lo que importa es que tú le pidas, hoy y todos los días, que entre en tu corazón y trabaje en ti. Es un proceso. Y mientras sigas en el proceso, mientras él esté dentro de ti, trabajando contigo, estás segura. No porque merezcas nada sino porque él está actuando en ti (ver Col. 1: 27).

»¿Por qué no intentas seguir lo que te digo a modo de prueba? Ora y estudia todas las mañanas, entrégate cada día, ejercita la fe a diario, y

verás lo que hace Dios. Pruébalo. Si no funciona, simplemente olvídalo.

Y ella dijo:

–Estoy dispuesta a hacerlo.

Transformación

Elena comenzó a orar y a estudiar. Empezó a venir a la iglesia todos los sábados. Fue bautizada. Fue a la universidad.

Unos seis meses más tarde, se acercó a mí y me dijo: «Cuando empecé a estudiar la Biblia, se volvió para mí como respirar. No podía vivir sin ello. Cuando empecé a orar, llegó a ser más importante que comer. Si un día no lo hago, no funciona. Me encanta; es mi vida. Me da fuerzas, me da paz.

En la actualidad, Elena está casada y tiene su propia familia. Está firme en la iglesia; es humilde, amable, fiel y profunda espiritualmente. Su vida muestra la total transformación que viene de la oración a través del poder del Espíritu Santo.

«Ningún hombre puede despojarse del yo por sí mismo.

Solo podemos consentir que Cristo haga esta obra.

*Entonces el lenguaje del alma será: Señor, toma mi corazón;
porque yo no puedo dártelo.*

Es tuyo, mantenlo puro, porque yo no puedo mantenerlo por ti.

Sálvame a pesar de mí yo, mi yo débil y desemejante a Cristo».³

«Yo les daré un corazón íntegro, y pondré en ellos un espíritu renovado.

*Les arrancaré el corazón de piedra que ahora tienen,
y pondré en ellos un corazón de carne».*

Ezequiel 11:19 ('Nueva versión internacional')

RESUMEN

Dios promete que si le permitimos ser nuestro Dios y no tenemos otros dioses, *él* cambiará nuestros corazones. Nosotros no podemos hacerlo.

Sin embargo, muy a menudo procuramos mantenernos pendientes de nosotros mismos. Esto es justamente lo que quiere Satanás. Él sabe que si fijamos los ojos en el yo, acabaremos desanimados.

Y un cristiano desanimado es un cristiano completamente inútil.

En cambio, Dios dice que mantengamos los ojos en Jesús, el Capitán de nuestra salvación.

El crecimiento es un proceso. De ser un bebé espiritual hasta llegar a la plenitud de Cristo, eso lleva toda una vida.

El cambio ocurre a través de la fe. Por la fe, confiamos en Dios y le permitimos trabajar en nosotros. Por la fe, creemos y somos transformados por su Espíritu en nosotros.

Él dice: «Yo te voy a dar un corazón nuevo. Yo te voy a dar un país que no es el tuyo. Voy a darte jardines que tú nunca plantaste. Voy a darte hogares que nunca construiste. Voy a darte victoria. Lo haré todo por ti».

¹ Elena G. White, *El camino a Cristo*, pág. 51 (cursiva añadida).

² White, Letter 50a (Carta 50a), 1898, párr. 5 [traducción propia].

³ White, *Palabras de vida del gran Maestro*, pág. 123.

TAMPOCO TÚ ME GUSTABAS

Cuando era joven (¡no es que ahora sea viejo!) tenía demasiadas ideas. Ideas por millares. Muchas de ellas, relacionadas con gastar bromas. Nunca dejaba pasar una oportunidad de gastárselas a la gente.

En la universidad, echaba grasa en las manijas de las puertas de los coches. En la iglesia, los sábados por la mañana localizaba desde el coro personas que parecían dormidas. Entonces, con una pajita, les lanzaba granitos de arroz en la nuca. Saltaban y se llevaban la mano al punto que había sido objeto del impacto. Esto me divertía mucho.

Algunas de mis víctimas se quejaban a mi madre casi todos los días con advertencias como: «*Nunca* cambiará».

Por supuesto, ella me quería, así que esto era motivo de preocupación y frustración para ella. Le decía a mi padre:

–Cariño, ¿qué hacemos? ¿Le castigamos?

Entonces yo la abrazaba y la besaba, y enseguida se derretía:

–Ay, eres tan tierno, Lucu...

Pero se volvía a mi padre para decirle:

–¿Qué vamos a hacer con él, Pavel?

Mi padre sonreía y me daba un abrazo.

–Yo lo hacía también –decía–. A Dios le encantan los desafíos, y tu madre y yo estamos orando por ti, Lucu. Dios me cambió a mí y te cambiará a ti también. ¿Te imaginas cuando Dios use esta creatividad y energía para su obra? Sé que lo hará porque oramos día y noche. De momento, no conoces a Dios lo bastante bien porque eres joven. Pero nos conoces a nosotros. Por medio de nuestras acciones queremos mostrarte la gracia que Dios nos muestra para que le conozcas a él a través de nosotros.

¿Demasiado lejos?

Recuerdo una ocasión en la que creí que podía haber ido demasiado lejos, incluso para mi padre. Era en invierno del séptimo curso. El sistema educativo comunista impartía clases seis días a la semana. Quienes no iban al colegio los sábados eran con frecuencia castigados, a veces eran objeto de las burlas de los profesores, o incluso eran expulsados. Mi profesora de matemáticas, ella especialmente, me hacía sentir que yo no le gustaba. Me llamaba de todo, me mandaba a un banco apartado de los demás y trataba de hacer que suspendiera los exámenes. Nuestro profesor de francés era diferente. El profesor Andrei era joven, alto y atlético. Contaba chistes, se reía e incluso a veces cantaba con nosotros. Llevaba un sombrero grande estilo Texas.

Una tarde, acabadas las clases, mis amigos y yo salimos corriendo gritándonos unos a otros mientras cogíamos puñados de nieve. Cerca de la entrada del colegio había un poste alto y estrecho con un foco. Nuestro juego favorito era arrojar bolas de nieve contra el poste. Probábamos desde cada vez más lejos, para ver quién acertaba más. Yo tenía fuerza en el brazo y era muy competitivo. Normalmente le daba de lleno al poste.

Me encontraba a veinte metros y me preparaba para mi turno de disparo, cuando se abrió la puerta principal y salió el profesor Andrei. Al ver aquel sombrero alto, no pude resistir la tentación.

—Eh, chicos —les dije—, ¿quién cree que puedo dar en el sombrero del profesor Andrei desde esta distancia? ¡Es un blanco móvil! ¿Quién apuesta a que se lo tiro al suelo?

Si hubiera sido *cualquier* otro profesor del colegio, no me habría atrevido. Pero era el profesor Andrei. Podría decirme: «Ahora, al suelo y haces diez flexiones», pero yo sabía que en el fondo le encantaría.

Todos miraban mientras apuntaba y lanzaba la bola tan fuerte como pude. Salió disparada como un cohete. ¡No podía ser un tiro más perfecto! Pero justo entonces el profesor miró por encima. En una fracción de segundo, vio el proyectil volando hacia él y agachó la cabeza. Mi bola de nieve voló sobre su sombrero y se estrelló en la ventana que había detrás de él. El cristal se hizo añicos. Todos guardaron silencio.

Se me ordenó regresar al colegio mientras convocaban a mi padre. Yo no dejaba de preguntarme qué diría él. ¿Se enfadaría? La mayoría de mis bromas eran poca cosa en comparación con esta. Había destrozado una propiedad pública.

Mi padre llegó y habló con los administradores. Luego nos dirigimos a casa. Apenas me había dicho nada todavía.

Mamá esperaba en la puerta.

—¡Lucu! ¿Cómo has podido hacer esto, hijo?

Se volvió a mi padre y añadió:

—Pavel, ¿qué vamos a hacer con estas bromas? Tiene que dejar de hacerlas. Tú siempre dices: «Es igual que era yo», ¡pero esta vez *no* es igual que eras tú!

Mi padre se quitó el abrigo y me miró.

—Tienes razón —le dijo finalmente a mi madre— Esta vez *no* es igual que era yo.

Sentí que se me encogía el estómago. Mi padre continuó hablando.

—Esta vez *no* es igual que yo —continuó—, porque yo habría dado en el sombrero —sonrió—. Esa es la diferencia entre tú y yo, Lucu. ¡Yo no habría fallado!

–Pavel –protestó mi madre–, ¿cómo puedes bromear? ¿No deberíamos castigarle?

–Cariño –contestó él–, ¿no merecemos todos castigo? Pero mira lo misericordioso que es Jesús con nosotros.

Entonces me abrazó.

–Mi padre me perdonó, Lucu, y nosotros te perdonamos. Así como Jesús nos perdona, te perdonamos nosotros. Bueno, lo arreglaremos de la siguiente manera. Primero, oramos por ti. En cuanto a esa ventana, iremos tú y yo juntos a arreglarla. Tienes que trabajar para pagarla. La semana próxima te vienes conmigo al trabajo y la cantidad que ganes, sea la que sea, yo la igualaré. Después me tomaré tiempo libre del trabajo para ayudarte a cambiar el cristal. Todo lo que tengas que hacer lo haré contigo. Lo arreglaremos juntos porque tu madre y yo te amamos. Y también porque tú no puedes hacerlo solo.

¿Te imaginas cuánto amé a mis padres por la manera en que me trataban? Así me mostraban el amor de Dios.

***Mis padres me enseñaron acerca de la gracia
por la forma en que me trataban.***

Nosotros, los cristianos, no siempre nos sentimos cómodos con la gracia. No la entendemos. Pensamos que, de algún modo, tenemos que ganárnosla. O al menos pagar algo a cambio con buenas obras. Pero el ladrón de la cruz no pagó nada por la gracia. Y murió antes de que hiciera nada bueno. No podemos comprar la gracia. Punto.

En una de las parábolas de Jesús (ver Mat. 18: 21-35), un hombre que debía 10.000 talentos de oro le dijo al dueño a quien se los debía: «Perdóname y te lo devolveré». Al siervo se le ofrece el perdón como un don, gratuito, por gracia. Y sin embargo él dice: «Perdóname y te lo devolveré». Esto no tiene sentido. Si te perdonan, no tienes nada que devolver. Tu deuda desaparece. Y si devuelves una deuda, no necesitas

perdón porque ya la has saldado. Has pagado.

Así nos sentimos a menudo cuando le pedimos a Dios perdón. Tendemos a mezclar su gracia inmerecida con nuestros méritos y obras. ¿Tienen algún lugar las obras en nuestra vida? Ciertamente, lo tienen. Pero no a fin de ganar o merecer la salvación. Toda buena obra llega como resultado natural de que Jesús vive en nosotros.

La gracia es favor *inmerecido*. La gracia es un regalo *no ganado*. El siervo de la parábola recibe perdón *gratuito*. Cuando somos perdonados, no tenemos nada que devolver. Nuestra deuda ha desaparecido.

Pero si no aceptamos el don gratuito de la gracia, entonces tampoco tenemos ni idea de cómo mostrar gracia a los demás. Necesitamos comprender la magnitud de la gracia y recibirla para poder compartirla.

Fíjate, por favor, en que no estoy hablando de permitir que quien hizo algo malo siga haciéndolo. Jesús da claros límites bíblicos en Mateo 18: 15-17 para impedir el daño y el pecado continuados. Aun con eso, necesitamos recibir la gracia de Dios y mostrársela a los demás. Nos llamamos a nosotros mismos cristianos, pero a menudo no sabemos cómo asemejarnos a Cristo, perdonando y compadeciendo a quienes nos rodean.

***No podemos impartir gracia a los demás
a menos que la hayamos recibido nosotros mismos.***

Si sin gracia, nuestras oraciones serán oraciones egoístas. Los demás no nos importarán genuinamente para interceder por ellos. Solo seremos capaces de extender gracia en la misma medida en que la recibimos.

Alvin

Alvin era miembro de una iglesia que yo pastoreaba. Era arrogante y se ponía furioso si cualquiera osaba oponerse a él. También era

rico. Quiero decir rico *de verdad*. Constantemente trataba de controlar la iglesia con su dinero.

Otros miembros me advirtieron acerca de él antes incluso de predicar mi primer sermón. «Los pastores no duran aquí mucho tiempo», me contaron. «En cuanto usted tenga cualquier clase de conflicto con Alvin, él empezará a luchar contra usted. Llamará y escribirá a la Asociación hasta que le trasladen».

Recuerdo cómo Alvin me llevó aparte poco después de que llegué. Me apuntó con su dedo regordete, casi tocándome la nariz con él. «Joven, usted no me conoce, pero será mejor que aprenda a escuchar cuando hablo. En esta iglesia hacemos las cosas de una manera determinada. Si usted hace lo que yo diga, lo pasará bien aquí. Si trata de hacer algo diferente, acabará marchándose».

Rápidamente me di cuenta de que ninguno de los miembros de la iglesia discutía con Alvin. Si lo hacían, perdían. Ninguno se le oponía porque tenía demasiado poder. Y con el tiempo se acostumbraron a ello.

Las cosas entre nosotros fueron marchando más o menos bien durante unos meses, mientras yo iba conociendo la iglesia. Alvin no parecía del todo encantado conmigo y siempre se las arreglaba para encontrar algo de mis sermones con lo que meterse. Pero no tuvimos ningún choque importante.

Hasta que cierta noche se suscitó una discusión en una reunión de la junta de la iglesia...

Alvin decretó que la iglesia gastaría una enorme cantidad de dinero en un asunto que no podíamos permitirnos. Requería literalmente todo el dinero de la cuenta de ahorro de nuestra iglesia. Uno de los miembros preguntó tímidamente cómo podríamos pagar nuestras partidas presupuestarias habituales, incluidos los servicios de luz y calefacción.

Alvin contestó con desdén:

—Yo le doy a esta iglesia el dinero y yo digo dónde se gasta. Si no lo aprueban, entonces nunca más verán otro centavo mío.

En ese momento, intervine:

–Creo que todos necesitamos compartir lo que pensamos. Podemos discutir esto juntos y ver lo que piensan otros miembros de la junta.

El rostro de Alvin enrojeció ligeramente. Todos los demás se mantuvieron en silencio. Miré alrededor. Nadie me miraba a los ojos. Nadie tenía valor para resistir a Alvin.

–Vamos –animé–. ¿Nadie tiene preguntas?

Finalmente una señora dijo:

–Me pregunto cómo podemos reparar la gotera del techo de la sala principal si compramos eso.

Otros miembros empezaron a añadir sus preocupaciones. Alvin se sintió más molesto y el debate se fue acalorando.

–¿Por qué tenemos esta discusión? –pregunté finalmente–. Nuestras normas son sencillas. Hablamos del asunto con amabilidad y luego votamos. Lo que salga de la votación es lo que hacemos tanto si personalmente nos gusta como si no.

–Joven –gritó Alvin–, yo soy el voto aquí.

Proseguí:

–¿Por qué no votamos en secreto? Le daré a cada uno un trozo de papel.

Alvin me lanzó una mirada feroz.

–Será mejor que salga de aquí ahora mismo –dijo.

–¿Por qué?

–Porque soy yo quien dicta las normas.

–Pero el derecho al voto es para todos, no solo para una sola persona –contesté con calma.

–Obviamente usted no sabe de qué está hablando –dijo, apretando las manos.

Entonces dije:

–Escuchen, amigos, necesitamos orar. Si Dios les inspira que nuestra iglesia debe hacer esa compra, voten «Sí». Si él les inspira que no

se realice dicha compra, voten «No». Pero voten lo que Dios ponga en su corazón.

Oramos y efectuamos una votación secreta. Quizá por primera vez en 48 años, Alvin perdió la votación. Se levantó y caminó a pasos largos hacia la puerta, diciendo:

–Voy a enseñarles a *todos* una lección.

La puerta se cerró tan violentamente que las ventanas vibraron. Inmediatamente después se abrió de nuevo:

–Y usted es estúpido –bramó–. No sabe con quién está peleando.

–No me llame a mí ni a nadie «estúpido» –contesté–. Si lo hace de nuevo, tendré que excluirle de la reunión por no respetar a las personas.

Pensé que Alvin explotaría. Tomó su teléfono móvil y llamó al presidente de la Asociación en el acto.

–¿Cuánto presupuesto necesitan todavía para el proyecto de construcción del internado académico? –preguntó.

Pudimos escuchar con claridad la voz del presidente.

–Buenas noches, Alvin. Aún necesitamos más de un millón de dólares.

Naturalmente, el presidente no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo.

–Pagaré el total de ese monto si traslada usted a Pavel Goia a otro distrito.

Me sentí extrañamente satisfecho, ¡nadie había ofrecido tanto por mi cabeza!

Ahora el presidente captó la situación.

–No, Alvin –dijo–. No puedo hacer eso. Y usted debe respetar a sus pastores y colaborar con ellos.

Aquello me hizo sentirme muy bien.

La voz de Alvin se elevó.

–Nunca recibirá más dinero de mí, entonces –dijo, cortando la llamada telefónica.

Odio, mentiras y miserias

Desde ese momento, Alvin se dedicó a amargarme la vida. Criticaba mis sermones todas las semanas. Lo hacía sin que le importara que cualquiera escuchara sus críticas. Me hacía reproches en todo momento.

A menudo llamaba a las oficinas de la Asociación para quejarse, retorciendo cada palabra mía. Una vez prediqué acerca de tener una relación con Dios. «Guardar el sábado es bueno», dije. «Pero no sirve de nada guardar el sábado si no tienes una conexión personal con Dios a través de la oración y la lectura de su Palabra».

Alvin llamó a la Asociación. «Dijo que no debemos guardar el sábado», informó. «Que no es importante».

El presidente me llamó por teléfono:

—¡No dije eso! —me defendí una vez más— Yo *nunca* diría eso. Le enviaré una grabación del sermón para demostrar lo que realmente dije.

El presidente suspiró.

—No es necesario que me envíe el sermón, Pavel —me contestó—. Le creo. Tan solo siga orando. Sé que Alvin puede resultar difícil. Este es su desafío, Pavel; mire a ver si puede hallar una manera de resolverlo.

Los ataques y las mentiras continuaron, semana tras semana. Yo me desanimaba, luego me enojaba, después me amargaba. Me daba pavor preparar sermones o asistir a reuniones de la junta porque me obsesionaba pensar en cómo criticaría Alvin mis palabras o se opondría a mí a cada paso.

«Pronto voy a poner fin a su ministerio», me decía con frecuencia cuando se cruzaba conmigo en la puerta.

Durante muchas semanas, yo al volver a casa lloraba. Tenía dolor de estómago. No podía comer.

Pregúntate a ti mismo

Ahora déjame hacerte una pregunta. ¿Cómo tratas tú con ese tipo

de personas que constantemente te hacen daño, te amargan la vida, te insultan y mienten sobre ti? No durante uno o dos días, sino mes tras mes. ¿Cómo tratas a alguien que quiere destrozarte la vida? Sin importarle que tengas una familia, hijos, o un ministerio.

Después de meses de brutales ataques de Alvin sábado tras sábado, en cada junta, en cada evento de la iglesia, me sentí exhausto. Oraba continuamente a Dios para que resolviera las cosas y me ayudara, pero no había respuesta.

–Estoy tan agotado con todas estas batallas para defenderme a mí mismo –le dije a Daniela–, que no me queda nada para el ministerio. Piensa tan solo en lo que nuestra iglesia *podría* estar haciendo si no tuviera que enfrentarme siempre con Alvin.

Entonces Daniela me dijo algo que nunca olvidaré:

–Recuerda cómo trabajaban tus padres contigo cuando les causabas tanto sufrimiento y dolores de cabeza. Tienes que hacer lo mismo con él: tienes que mostrarle gracia. ¿Y si Dios te trajo aquí específicamente *para* Alvin?

–¿Qué? ¡No! Él nunca cambiará –dije, olvidando cuántas personas solían decir eso mismo de mí.

–Entonces puede que Dios le pusiera a él aquí para *ti*, pues tú necesitas crecer –contestó Daniela–. A menos que aprendas esta lección, ¿cómo puedes ser pastor? Empecemos a orar por él.

–¡Estoy orando! Llevo meses haciéndolo.

–Vale, pero no estás orando por él. Estás orando por *ti*. Oras para que deje de molestarte a *ti*. Para ti, Alvin no es más que un problema. Pero ¿y si dedicas tiempo a orar por él?

–No lo haré. Él nunca cambiará –repetí.

Daniela me recordó que no podemos esperar gracia a menos que la compartamos. Que no podemos esperar perdón a menos que también perdonemos. Que no entendemos ni valoramos el amor de Dios a menos que amemos a los demás.

–Recuerda, Jesús nos ordenó amar incluso a nuestros enemigos. En el grado en que tú ames a Alvin, en ese mismo grado amas a Jesús –me dijo–. Deja de intentar cambiarle –añadió–. No tienes derecho a cambiar a ninguna persona a menos que estés dispuesto a morir por ella. Ora para que Dios te cambie a ti en lugar de pedirle que cambie a otras personas que te rodean.

Así que Daniela y yo empezamos a orar por Alvin.

Al principio, yo no podía siquiera decir su nombre por puro resentimiento hacia él. Oré:

–Señor, no me gusta este hombre. Pero tú dijiste que orásemos por nuestros enemigos. Por tanto, Señor, ayuda a este mal bicho.

Daniela me corrigió suavemente:

–Tienes que decir su nombre en la oración.

Yo sabía que tenía razón.

–De acuerdo –accedí–. Señor, ayuda a Elvin. No quiero verle perdido. No puedo imaginarme cómo podría llegar a amarle jamás. Pero quiero que llegue al cielo, así que cambia a Alvin y sálvalo.

Pensé que era una oración bastante buena.

Entonces dijo Daniela:

–No, eso no es suficiente. ¿No entregó Jesús su vida por sus enemigos? Tienes que decir: «Señor, *quítame* la vida y sálvale a él».

–¡Eso lo dices tú! –repliqué– Yo no puedo.

Pero Daniela siguió adelante.

–¿No pidió Moisés que se borrara su nombre del libro de la vida (la vida eterna) si Dios no salvaba a los israelitas que trataron de apedrearlo?

–Sí, Moisés dijo eso. ¡Pero yo no soy Moisés!

–¿No dijo Pablo: «Preferiría ser *anatema* –cortado– del libro de la vida si así ellos pudieran ser salvos»?

Me preguntaba yo cómo sería de larga la lista de ejemplos de Daniela.

–No tengo fuerzas para hacer eso –contesté.

–Ora de todos modos –respondió ella.

Así que lo intenté:

—Señor, realmente, realmente, *realmente* me gustaría que trabajases con Alvin. Pero no estoy seguro de estar dispuesto a decir palabras como las de Moisés y las de Pablo.

Entonces Dios impresionó mi mente y me dijo: «Nunca serás cristiano antes de que estés dispuesto a entregar tu vida por otra persona, incluyendo tus enemigos. No puedes ser seguidor mío a menos que hagas lo que yo hice».

No dijo: «Nunca serás pastor». Fue más allá de eso. Me dijo en la mente: «Nunca serás cristiano».

Empecé a llorar: «Señor, ayúdame a ser como Jesús. Lléname de amor de manera que no critique a Alvin ni siquiera en mi corazón. Y de modo que no solamente no le odie, ¡sino que ore a ti para que le salves incluso si yo me pierdo!

Fue una oración difícil de pronunciar. Lo pasé mal hasta que lo hice. Pero, una vez pronunciada, sentí una paz que no podría explicar.

Nada mejoró, sin embargo. ¿Te ha ocurrido eso a ti alguna vez? ¿A veces te parece que cuanto más oras, peor se ponen las cosas? Fui tentado a dejar de orar, pero continué. Daniela y yo no renunciamos.

Cuando empezamos a orar, Dios empieza a actuar.

Pero las cosas no siempre mejoran enseguida.

Satanás busca desanimarnos para que dejemos de orar.

No abandones. Sigue orando hasta que recibas una respuesta.

Aproximadamente un mes después me di cuenta de que ya no tenía dolor de estómago cuando veía a Alvin. En lugar de ello, sentía paz. Experimentaba la confianza de que Dios estaba allí, dándome fortaleza; él actuaba.

Aun cuando nada cambió en la situación, el milagro más maravilloso aconteció en mi corazón. Dios cambió mis pensamientos sobre

Alvin. Me quitó el corazón de piedra. Por primera vez, empecé a preocuparme de verdad por Alvin. Realmente quería verle en el cielo. Cuanto más oraba por él, más deseaba *de verdad* una respuesta a mis oraciones. No por mí, sino para bendición *suya*. Dios me dio un nuevo corazón para Alvin. Me dio su compasión. Su amor.

Esperanza en el Señor

Una noche, recibimos una llamada telefónica urgente. «Alvin ha sufrido hoy un ataque al corazón. Le han ingresado en el hospital. Mañana le operan». Me puse en marcha de inmediato. Daniela me dijo: «No olvides pararte en el camino para comprar una tarjeta y unas flores con las que alegrar su habitación de hospital».

Yo no estaba predispuesto a gastar dinero en alguien que me odiaba, así que compré un ramo barato.

Cuando entré en la habitación, Alvin estaba solo, mirando por la ventana.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó, sorprendido— Váyase, no quiero verle.

—Vine a verle y a orar por usted —contesté.

—No necesito sus oraciones —espetó.

—Le traje flores y una tarjeta.

—Démelas.

Tan pronto como tomó las flores, me golpeó en la cabeza con ellas. Cayeron pétalos y hojas por todo el suelo y la cama; algunos se me pegaron en las gafas y en el pelo.

—Márchese —dijo duramente. No puedo describir lo que sentí en el estómago.

Llegué a casa muy triste. Le dije a Daniela:

—No veo en Alvin resultados de nuestras oraciones.

Ella me dijo:

—Espera grandes cosas cuando ores y no dejes de orar como lo harías por tu propia familia.

Seguí visitándole todos los días. Incluso después de la operación, su pronóstico no era esperanzador. Su actitud hacia mis visitas nunca cambió.

Entonces un día, Daniela hizo galletas. Deliciosas galletas rumanas que me hacen la boca agua cada vez que pienso en ellas.

Dijo:

–Llévate algunas cuando visites a Alvin esta noche.

Cuando entré en su habitación, le dije:

–Tengo unas galletas para usted, pero por favor no me las tire encima. Si no se las come, yo lo haré. Son maravillosas.

–No quiero sus galletas. No quiero nada de usted. [Pausa] Pero huelen de maravilla. ¿Están buenas?

–Oh –dije–, son las mejores del mundo.

–Déjeme probar una.

«Probó» todas en unos minutos y no me ofreció ni una.

–¿Por qué sigue viniendo? –preguntó finalmente– ¿No sabe que le odio?

–Para serle sincero –le dije–, a mí usted tampoco me gustaba. Pero pensé en lo que Jesús decía cuando nos pidió que amásemos incluso a nuestros enemigos, y le pedí perdón a Dios por no amarle a usted. Mi esposa y yo oramos por usted todos los días. Y realmente me gustaría orar con usted también.

–No se molesten en orar por mí –dijo–. Es demasiado tarde. El Espíritu Sano me abandonó hace años.

–¿Cómo lo sabe?

–Cuando era joven, cometí un grave pecado. Además, durante toda mi vida he hecho demasiado daño. He herido a demasiadas personas. A veces me convencía de que hacía bastantes cosas buenas, dando mucho dinero a la iglesia y llevando a cabo algunas obras para ganar el perdón de Dios. Pero he causado demasiado dolor. No merezco el perdón ni la salvación. No veo cómo Dios me pueda perdonar.

–Oh, hermano mío –dije–, *debemos* obedecer a Dios, servir a su iglesia y darle ofrendas a él porque le amamos. Ahora bien, cuando se trata del amor, la gracia y el perdón de Dios, todo lo malo que uno ha hecho no importa. Como tampoco importan todas las cosas buenas que haya hecho. Dios nos perdona porque Jesús murió en la cruz por nosotros. Él pagó plenamente por cada persona. Murió por los pecadores. Su sangre cubre el pecado del mundo entero. Y su gracia es suficiente para cualquier pecado, por grandes o numerosos que sean.

–Pedí perdón cien veces, pero nunca me perdonó.

–Hermano –le dije–, entonces pidió noventa y nueve veces de más. La primera vez que le pidió que le perdonase, con un corazón quebrantado y humilde, en ese mismo momento él le perdonó.

–Pero yo no me sentí perdonado.

–No se siente el perdón –le dije–, no es como la electricidad. Usted ha de creer la palabra de Jesús como tal. Por la fe. La Biblia dice que él nos perdona y nos limpia si confesamos nuestros pecados (1 Juan 1: 9). Punto. Es la promesa de Dios, y Dios no miente. Es muy sencillo. No se trata de sentimientos; es una decisión mental. Usted decide creer la Palabra de Dios y se goza en ello. En ese momento, está perdonado.

–¿Realmente cree usted que hay esperanza para mí? –preguntó.

–¡Claro que sí! –le dije– Escuche, ¿quiere ser salvo?

–¡Sí! Pero ¿cómo sé si el Espíritu Santo me abandonó o no?

–Su pregunta es la prueba de que el Espíritu no le ha abandonado. Lo que quiere Satanás es justamente que usted crea eso para que no tenga ninguna esperanza. Pero usted *desea* ser salvo, y la naturaleza humana no quiere volver a Dios. La naturaleza humana quiere huir. Frente a ello, el Espíritu Santo puso en su corazón el deseo de regresar a él. Igual que el Espíritu le dijo al hijo pródigo: «Ve a casa. Tu Padre te ama. Vuelve».

–¿Qué debo hacer? –preguntó.

–Necesita confesar sus pecados –respondí–. Y luego necesita creer que ya está perdonado.

—¿De verdad es tan sencillo?

—Sin duda —le aseguré—. La salvación es sencilla. Los niños la reciben porque lo es. Los adultos tienden a complicar las cosas y por eso no la reciben.

En ese mismo momento, cerró los ojos y dijo:

—Señor, perdona mis pecados. Todos. ¿Querrás perdonarme, por favor? Amén.

Me miró:

—¿Cree que estoy perdonado?

Le dije:

—¡Por supuesto, está usted perdonado! Jesús prometió el perdón, y él es fiel. Ahora usted es blanco como la nieve. Jesús se ha llevado todos sus pecados y, en este momento, le ha dado su perfecto manto divino de justicia.

—¿Pero qué hay de la gente a la que he hecho daño? —preguntó— ¿No debería confesarme con ellos también? ¿Me ayudará usted?

Durante los días siguientes, a medida que Alvin se debilitaba, pasé horas junto a su cama, ayudándole a marcar y sostener el teléfono para que pudiera disculparse con la gente. Era un hombre cambiado. Humilde, amable, lleno de gozo y esperanza.

Alvin no salió vivo del hospital. En mi última visita allí, me miró con lágrimas en los ojos.

—Pavel —dijo—, Dios le trajo aquí por mí. Probablemente yo no habría cambiado en esta etapa de mi vida. Me gusta el control. Me gusta estar a cargo. Nunca creí que Dios pudiera perdonarme. Pero él le envió a usted aquí para mostrarme su gracia. Le trajo aquí para mí —repitió.

Yo le dije:

—Hermano, Dios le puso a usted aquí por mí. Yo no sabía cómo amar a algunas personas. Es fácil amar a quienes te aman. Pero Dios le puso a usted aquí por mí para que aprendiera a amar a esas personas con las que no me llevo bien, a orar por ellas y a mostrarles el amor de Dios.

Al día siguiente, Alvin pasó al descanso, sabiendo que estaba perdonado y salvado por la gracia. Espero verle en el cielo.

Los milagros suceden todavía hoy. Especialmente los milagros de la gracia. La gracia que transforma corazones. La gracia que transforma relaciones. La gracia que transforma iglesias. Cuando la presencia de Dios llena nuestros corazones, su gracia se manifiesta de manera natural a los demás.

Alámbenos a Dios por su increíble, asombrosa, infinita y maravillosa gracia.

RESUMEN

«La base de todo el perdón se encuentra en el amor inmerecido de Dios; pero por nuestra actitud hacia otros mostramos si hemos hecho nuestro ese amor».*

¿Sabes cuánto amas a Jesús? Por el grado en que amas al que te odia y te amarga la vida. Hasta ese grado exacto amas a Jesús. «De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis» (Mat. 25: 40).

Dios nos llama a orar por quienes nos lastiman, por esos que nos dejaron una herida. Porque él ama a esas personas.

Jamás podremos hacer esto por nuestras propias fuerzas. Pero si mantenemos siempre los ojos en Jesús, en su cruz, ¡en su amor!, llegaremos a comprender cada vez mejor la profundidad de su perdón y de su gracia para nosotros y podremos impartir más gracia a los demás.

Dios nos puso aquí por ellos.

* Elena G. White, *Palabras de vida del gran Maestro*, pág. 196.

QUIERO DORMIR

Un sábado por la tarde, reuní mis últimas fuerzas para predicar una vez más. Llevaba predicando todo el fin de semana en una convención sobre la oración y estaba agotado.

El día anterior salí de casa a las cuatro de la mañana para conducir hasta el aeropuerto. Después de escalas y demoras, aterricé en mi destino doce horas más tarde. La primera reunión empezaba en menos de dos horas. No tuve tiempo para registrarme en mi hotel y lavarme un poco. Me fui directamente a la iglesia.

En veinticuatro horas hablé en seis reuniones diferentes. Viernes por la noche, escuela sabática a las nueve de la mañana, servicio de culto a las once. Luego, después de la comida con los hermanos, otro seminario a las dos de la tarde. Después, otro a las cuatro. Sin tiempo de respirar, sin tiempo para descansar.

Una vez concluí la última reunión, a las siete y media de la tarde, tuvimos una sesión de preguntas y respuestas que duró bastante rato. Me encontraba al borde del colapso.

Pero, en lugar de ello, tenía que correr de vuelta al aeropuerto para tomar el vuelo nocturno de las once hasta

casa. ¡Estaba muerto de cansancio! Me sentía como un limón exprimido durante una reunión tras otra. Y estaba perdiendo la voz, cosa que normalmente le hace muy feliz a Daniela, mi esposa.

En todo el camino hasta el aeropuerto, no dejé de orar así: «Señor, ayúdame, por favor. No permitas que nadie se siente a mi izquierda ni a mi derecha. Déjame a mí la fila completa vacía para poder dormir. Quiero dormir. Estoy exhausto. Por favor, ayúdame».

Pasé por el control de seguridad. Cuando embarqué en el avión, empecé a sentirme realmente esperanzado. La gente pasaba delante de mí y los asientos permanecían vacíos.

«Señor, por favor, no permitas que nadie se siente a mi lado». Lo repetía cada vez que alguien se aproximaba a mi fila, no fuera a ser que Dios se hubiera distraído y lo olvidara.

Y entonces Dios me habló en la mente: «Recuerda lo que has predicado».

Empecé a pensar de nuevo en algunos puntos fundamentales. *Dios y sus planes deben ser lo primero. Debemos andar con Dios y estar siempre dispuestos a escucharle, listos para servirle, y ponerle a él y sus planes en primer lugar. Hemos de estar continuamente receptivos a la dirección divina y ser luz; ser sal. Y sacrificarnos a fin de resultar una bendición para los demás, como Jesús.*

Dios me preguntó: «¿Tu oración por los asientos vacíos es para ti, o para mí?». «Bueno, es para mí. ¡Es que estoy cansado!». «¿Quién te da la salud?». «Tú». «¿Entonces por qué te preocupas sobre dormir? ¿No debes ponerme a mí primero y dejar que yo me preocupe por ti?».

Podrías perderlo todo

Mis pensamientos se remontaron a una conversación similar de años atrás con el Señor. Yo afrontaba el examen final de Hidráulica en la universidad. Si suspendía este examen, perdería el año entero.

Era el tipo de examen que estresa realmente: mucha matemática y física. En nuestra aula, las pizarras cubrían las paredes delantera y trasera. Teníamos que llenar esas pizarras de ecuaciones, demostrando cómo no se rompía una presa bajo la presión de una tormenta o de un terremoto dotándola de los elementos correctos: hormigón, acero, torsiones...

Planeé pasar el día anterior al examen repasando todo el libro de texto para tenerlo fresco en la cabeza. Dios me despertó temprano esa mañana y empecé a orar. Había aprendido que mi padre decía siempre: «Señor, ayúdame a buscarte a ti primero, por encima de todo lo demás. Ayúdame a buscar tus planes, Señor. Quiero estar conectado contigo, disponible para ti. Quiero servirte. Quiero olvidar mi yo y ser lleno de tu presencia hasta que esté contigo y tú estés en mí».

Cuando acabé de orar, sonó mi teléfono. Era alguien de la iglesia. «Hola, Pavel, necesitamos tu ayuda. ¿Puedes venir?».

Mi primera tendencia fue: «No, tengo un examen final. Necesito acabarme el libro entero. No puedo. Tengo que aprovechar cada segundo». Pero luego pensé: «He orado por el plan de Dios... ¿Y si esto es de Dios? Ahora bien, ¿y si voy a la iglesia y luego estoy tan cansado que no puedo acabar de repasarme el libro?».

Oí a Dios en mis pensamientos. «¿Quién te dio los estudios? ¿Y quién te dio la salud? Él puede ayudarte con el examen también. ¿Estás dispuesto a ponerte por encima de tus estudios? ¿Estarías dispuesto a renunciar a ellos por mí?».

Entonces decidí que Dios era lo primero y que acudir a la iglesia era su voluntad. Me sentí contento de renunciar a mis estudios y poner a Dios primero. Entonces tuve paz.

***Rendirse es un proceso de toda la vida
que ocurre cada día.***

Fui a la iglesia y pasé casi todo el día ayudando. Así que mi jornada se había esfumado, sin tiempo ya para estudiar. Logré repasar parte del libro y luego me quedé dormido.

Al día siguiente, oré y fui a la universidad. Cuando empecé a leer las preguntas, las respuestas me fluyeron de inmediato por la mente. Las fórmulas rebosaban mientras escribía. Mi memoria estaba tan fresca, que todo me venía a la cabeza.

Teníamos cuatro horas para terminar el examen, pero yo lo acabé en menos de dos, incluidas las preguntas extra para subir nota. La escala de puntuación era de uno a diez. Para pasar curso, necesitabas un ocho o más. Recuerdo al profesor dándome mi nota: «Un 10+», me dijo. «Felicidades».

Una vez más, Dios me mostró que aun cuando sientas que podrías perderlo todo, debes poner a Dios primero y él proveerá para ti. Has de estar dispuesto a renunciar a *todo*.

No pierdes nada cuando sigues a Dios y sus planes.

Señor, me arrepiento

Ahora, sentado en el avión, mantenía una conversación similar con Dios tras pedirle que mantuviera vacíos los asientos a mi lado para poder dormir.

Le escuché de nuevo en mis pensamientos. «¿Acaso no vienes predicando que has de caminar con Dios, dispuesto a sacrificar el yo por él y por sus planes, y que debes tener un oído y un ojo abiertos a su voz y su dirección? ¿Y que has de mantenerte receptivo a las oportunidades que te dé para servir? ¿Y dispuesto a renunciar a tu plan en beneficio del plan de Dios?».

«Sí, Señor, pero necesito dormir. Necesito recargarme». Y entonces vino a mi mente una poderosa cita: «Cristo [...] no hacía planes por sí mismo. Aceptaba los planes de Dios para él, y día tras día el Padre se los revelaba. De tal manera debemos depender de Dios que nuestra vida sea el simple desarrollo de su voluntad»¹

Normalmente buscamos la bendición de Dios para nuestros planes.

*En lugar de ello, deberíamos procurar conocer el plan de Dios
y luego recibir su bendición.*

Acomodándome en el asiento del avión, pensé: «De acuerdo, Señor, me arrepiento. Renuncio a centrarme en mí mismo y en mi descanso. Soy feliz renunciando a ello y estoy listo para seguir tu plan. Si tienes a alguien que se halle en gran necesidad, ponlo cerca de mí». ¡Ten cuidado con lo que oras!

Nada más pedir aquello, una señora que llevaba una enorme parka, muy acolchada, pasó por encima de mí para sentarse a mi derecha junto a la ventana. Se movía de lado a lado mientras se acomodaba y ocupó una tercera parte de mi espacio. Me incliné hacia el lado contrario tanto como pude. Mientras ella empujaba su bolsa de mano, hinchada y rebosante, bajo el asiento delantero al suyo, otra señora con un grueso abrigo de lana se metió a presión en la plaza situada a mi izquierda. Me pregunté si pensaban que íbamos a la Antártida en lugar de a Atlanta.

No me podía mover. Me apretaban como a una sardina en una lata. Pensaba: «¡Vamos, Señor, por favor!».

No me sentía muy contento ahora. «Después de casi seis horas de viaje, acabaré entumecido», me quejé para mí. Decidí ponerme los auriculares, escuchar la Biblia y tratar de dormir.

Pero la señora de la ventanilla empezó a llorar. Puso la cabeza en sus manos, y los hombros le temblaban.

Y justo en ese momento, me di cuenta: «¡Guau! El Señor la puso junto a mí porque necesita una bendición».

Le dije:

–¿Puedo ayudarla?

–¡Solo déjeme en paz! –replicó bruscamente.

–De acuerdo.

Pero ella seguía llorando.

La señora de mi izquierda dijo:

–¿Cómo podemos ayudarla?

–No sé, pero podríamos orar por ella.

Se le iluminaron los ojos:

–¡Usted cree en la oración!

–¡Totalmente!

–¡Yo también!

Y empezó a hablar. Me sentí tentado a interrumpirle para darle una lección sobre la oración, pero nunca se debe hablar antes de escuchar. Así que la dejé hablar y luego compartí algunas cosas. Me centré en contarle una historia relacionada con la oración más que en la teología de la oración. Las historias no se perciben como una amenaza y van directas al corazón. Además le permiten al Espíritu Santo presentar la lección que necesita el oyente. Tuvimos una agradable conversación sobre la oración durante media hora o más.

Entretanto, la señora de mi derecha dejó de llorar y empezó a escuchar. Luego habló.

–Lamento haber sido ruda. Pero, al margen de cuánto oren, eso no va a cambiar mi situación.

–Bueno –le dije–, ¿cuál es su situación?

–Cuando subí al avión, recibí un mensaje de texto de mi marido diciéndome que me dejaba por otra mujer. ¿Qué puede hacer Dios respecto a eso?

Yo no contesté de inmediato porque Jesús dice en Juan: «Yo no hablo con autoridad propia; el Padre, quien me envió, me ha ordenado qué decir y cómo decirlo» (Juan 12: 49).

Por eso, en lugar de contestar a la señora, le dije:

–Deme un segundo.

Y al igual que Nehemías oró antes de contestar al rey, oré yo en mi mente: «Señor, yo no puedo ayudar a esta mujer. Su marido la ha

dejado. ¿Qué puedo hacer yo? Por favor, tú prometiste que quienes piden sabiduría la recibirán. Tu mano es generosa para dar. Dame sabiduría conforme a tu promesa. No pido por mí mismo. Lo que pido es ser una bendición para ella».

A Dios le encantan las oraciones no egoístas.

Y él me dio palabras para ese momento.

Así que luego dije:

—Tiene que ser una situación muy dura. No puedo imaginar lo que estará usted pasando. Pero va a mejorar. Lo que estoy a punto de decirle puede que suene extraño, pero escuche, por favor. Las personas no dejan de amar instantáneamente a alguien; su marido dejó de amarla hace años. Primero, dejó de hablar con usted. Luego empezaron a tener conflictos y él la trató de un modo que no era justo. Ya no había cuidados, ni respeto, ni paciencia. Solo cada vez más dolor. Empezó a engañarla hace mucho tiempo y no se atrevía a contárselo. Esta noche, ha decidido decirle que se marchaba, pero con ello solo ha expresado lo que llevaba tiempo haciendo.

»Además, quiero que medite en esto —continué—. Ahora, cuando vuelva usted a casa, no habrá nadie chillándola. No necesitará preocuparse de cuándo tendrá lugar la próxima pelea. Será duro por un tiempo, pero tendrá usted momentos de sanación y paz. Podrá empezar su vida de nuevo. Y esta vez, asegúrese de que la empieza con Jesús. Asegúrese de que ora y de que involucra al Señor en sus próximos pasos en la vida. Porque usted no conoce a las personas, pero Jesús sí. Y él va a darle a alguien que la ame y la respete.

Ella, estupefacta y boquiabierta, me preguntó:

—¿Cómo conoce usted todos esos detalles? ¡Tiene razón! Mi vida es exactamente como ha dicho. Pero ¿cómo lo sabía? ¿Es usted profeta?

–¡No! –respondí –Pero he orado a Dios por sabiduría para consolarla y animarla, y él ha impresionado mi mente para que le dijera estas cosas.

Dios habla por una razón

Como ya he dicho, a veces, cuando oramos para nosotros mismos, Dios contesta de manera diferente de lo que pedimos porque él tiene diferentes prioridades. Cuando oramos por otras personas, manteniéndonos receptivos a él, practicamos el tipo de oración que él prefiere.

Recuerdo una vez cuando Daniela, mi esposa, y yo viajábamos de Tennessee a Wisconsin. Normalmente es un viaje que dura once horas, pero nevaba y las carreteras estaban resbaladizas.

Orábamos mientras conducíamos. Decidimos no escuchar música ni noticias, sino orar y escuchar la Biblia en audio. No hacíamos oraciones genéricas, sino específicas. Las oraciones genéricas duran segundos y con frecuencia ni siquiera necesitamos pensar en lo que decimos porque se tornan una rutina. En cambio, las oraciones específicas llevan tiempo. Te concentras y pones el corazón en ellas. Son como una sincera y abierta conversación con Jesús. Orábamos por nuestra familia, nuestros hijos y la iglesia. Fuimos nombre por nombre. Los de todos los que afrontaban desafíos. Oramos también por todos los departamentos de la iglesia, uno por uno. Por los dirigentes. Por nuestros vecinos.

A esas alturas, habíamos atravesado Tennessee, Kentucky y entrado en Illinois, casi la mitad del camino a casa. Era maravilloso orar con Daniela. Pasar juntos todas esas horas mientras dejábamos las millas atrás.

Finalmente llegué a mi oración habitual: «Señor, estoy conduciendo. No parece que pueda serme útil mientras viajamos a través de la nieve, pero, Señor, si puedes usarme hoy para otras personas, si necesitas que te sirva, entonces haz de mí una bendición. Aquí me tienes. Me pongo a tu disposición».

Mientras oraba, sonó mi teléfono móvil. Era uno de mis amigos. Es un pastor maravilloso que siempre está dispuesto a ayudar y a sacrificarse.

Ahora bien, yo estaba orando con Daniela y no quería que nos interrumpieran; aunque es un gran tipo, habla mucho, ¡a menudo más que yo mismo! Así que silencié el teléfono y le dije a Daniela:

–No voy a contestar en este momento. Para una vez que disponemos de un tiempo juntos, no quiero que nos distraigan. Sigamos orando.

Y proseguí: «Señor, hazme receptivo a ti. Si me necesitas hoy, por favor házmelo saber».

Y él me dijo en la mente: «Ya lo he hecho».

«¡Oh, Señor!», pensé enseguida. «¡Cuánto lo siento! He puesto mi preferencia por encima de ti. Lo lamento mucho. Por favor, arréglalo tú».

Y el teléfono volvió a sonar.

Daniela preguntó:

–¿Quién te llama?

Le dije el nombre.

–Es un amigo –dijo ella–, pero siempre que habláis os pasáis horas al teléfono. Es mejor que le llames tú más tarde. De otro modo, estarás al teléfono durante el resto del viaje.

–Pero –le dije– hemos estado orando por los planes de Dios, y para que nos hiciera receptivos a su guía, dispuestos a olvidarnos de nosotros mismos y a que él nos utilice. ¿Qué pasa si es la respuesta de Dios?

–Muy bien –dijo ella–. Contesta, pero sé breve.

–¿Sí? –dije al contestar el teléfono.

–Hola –respondió mi amigo–. Solo os llamo muy rápidamente para pedir os que oréis por mí. Se supone que debo tomar un avión para un viaje misionero. Pero me temo que voy a perder mi vuelo. Tengo el coche averiado y está nevando tanto que no vendrá el autobús, y ningún miembro de la iglesia puede llevarme.

Él vivía a pocas horas del aeropuerto de Chicago (Illinois).

Le pregunté:

–Hermano, ¿junto a qué salida de la autopista vives?

Me lo dijo.

–Bien, se da la circunstancia de que estoy viajando hacia tu salida justo ahora. Dame las indicaciones necesarias.

–¿Cómo? Si tú vives en Wisconsin. ¿Qué estás haciendo en Illinois?

–Viajamos a casa desde Tennessee. ¿Cómo llegamos hasta ti?

–Toma la salida –me dijo–, gira a la izquierda y sigue recto durante nueve millas [unos 14,5 km].

Le recogimos y le conduje directamente al aeropuerto con tiempo de sobra. Él emprendió su viaje misionero y Dios bendijo de manera maravillosa las reuniones evangelísticas.

La lección aquí es que Dios no habla solo por hablar. Él habla cuando existe una necesidad. Y debemos estar preparados, siempre escuchando, y siempre dispuestos a olvidarnos de nosotros mismos y a seguir sus planes.

Cuando llegamos a Atlanta

Volvamos a mi historia del avión.

–No puedo creer que usted orase y Dios le hablase –dijo de nuevo la señora de la ventanilla.

Entonces pensó un rato más y luego dijo:

–Quiero pedirle consejo. Me siento muy dolida y agobiada. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo aliviar mi mente?

Le dije:

–Bueno, yo no soy terapeuta. Pero lo que hago cuando tengo una canción mala sonando en la cabeza y no puedo deshacerme de ella es cantar una canción diferente. Cuando tengo malos pensamientos, pienso en algo mejor. Mi consejo para librarse de esos pensamientos y de ese dolor es que llene usted la mente con mejores pensamientos. Llénela de oración, estudio, servicio y bendición para los demás. Concéntrese en Jesús.

–¡Vaya! –exclamó– Pero ¿cómo puedo empezar a conectarme con Jesús?

Abrí mi maletín y extraje mi primer libro, *Un milagro tras otro*.

–Mire –le dije–, tome este libro. Lea un capítulo. Si no le gusta, devuélvame. Si le gusta, ¡quédese!

–Pero yo no leo nunca. Solo veo la televisión.

–Tan solo lea un capítulo y decida después si quiere seguir leyendo.

–De acuerdo –convino.

Se leyó un capítulo. Luego leyó el siguiente. Y el siguiente. Reía y lloraba. A veces, se volvía y me daba un abrazo.

Cuando llegamos a Atlanta, me dijo:

–Voy a pasárselo a mi hija para que lo lea. También se lo pasaré a mis vecinos. Ahora me doy cuenta de que necesito estar conectada con Dios y vivir para él.

Y me dio un último abrazo enorme de despedida.

Aproximadamente un mes después, me envió un correo electrónico:

«Quería que usted supiera que Dios le puso a mi lado. Yo pensaba llegar a casa, tomarme un puñado de pastillas y acabar con todo. Dios me salvó la vida. Me habló a través de usted. He comenzado a ir a la iglesia y he empezado a orar. Creo que no fue por casualidad que me sentara a su lado. Creo que Dios le puso ahí. ¡Ese vuelo, esa noche me cambió la vida!».

Cuando nos mostramos receptivos a Dios, dispuestos a renunciar a nuestros planes y a nuestra comodidad, el Espíritu Santo obra milagros.

¹ Elena G. White, *El Deseado de todas las gentes*, pág. 178.

RESUMEN

La entrega es un proceso que dura toda la vida y ocurre a diario.

El verdadero compromiso implica una disposición a hacer lo que él quiere que hagamos. En el grado en que nos comprometemos, en ese mismo grado puede obrar Dios en nosotros y a través de nosotros.

El plan de Dios con frecuencia no parece fácil. Quizá sintamos que podríamos perderlo todo si lo seguimos. Pero nunca perderemos porque Dios puede cuidar de nuestras necesidades mejor que nosotros mismos.

Busquemos todos a Dios cada mañana diciendo: «Señor, dame oportunidades de servirte hoy. Enséñame a no estar tan centrado en mí mismo que no escuche la voz del Espíritu Santo. Ábreme los ojos. Aquí estoy. Envíame, Señor. Úsame».

ESO SOLO ERA EL PRINCIPIO

«Pastor, aquí no creemos en el evangelismo. Lo hemos intentado. Hemos gastado dinero. Hemos traído a buenos oradores. Pero, en esta ciudad, sencillamente no funciona».

Recibí esta información durante la primera reunión de la junta de mi nueva iglesia. Dios claramente nos había conducido a Daniela y a mí a una congregación activa y maravillosa, y *llena* de personas buenas y cariñosas. Si un miembro era ingresado en el hospital o afrontaba una situación difícil, enseguida alguien le visitaba, y otros organizaban la entrega de alimentos. Eran personas consagradas y trabajadoras. Pero no les resultaba fácil la evangelización.

Otro miembro dijo: «Hemos tratado de impartir estudios bíblicos. Hemos celebrado seminarios. No vino nadie». Luego intervino otro: «Esta ciudad es muy próspera. La mitad de sus habitantes son extremadamente ricos. La otra mitad asiste a otras iglesias y creen que ya son salvos. No hay manera de realizar evangelismo en esta ciudad. Puede funcionar en otra diferente, pero no aquí».

Es muy extraño, pero se oyen las mismas palabras en muchos sitios: «El evangelismo aquí no funciona». Entonces,

¿dónde funciona? La evangelización no es un invento humano; tampoco es una sugerencia. Es el mandato de Jesús. Si no funciona, ¿no será que necesitamos revisar cómo llevarla a cabo?

Eleva grandes oraciones

Era evidente que mi nueva iglesia acumulaba una historia de decepciones. Resultaba fácil entender por qué eran tan escépticos. De inmediato, Daniela y yo empezamos a orar. Yo recordaba lo que decía mi padre: «La manera de triunfar es a través de la oración».

Así que oramos juntos por el plan de Dios para esta ciudad. Todas las mañanas, de cinco a siete, orábamos. Tal vez te preguntes qué decir cuando oras tanto tiempo. Si se ora genéricamente diciendo: «Señor, sé con mi iglesia», eso lleva solo unos segundos o unos minutos. Pero la oración debe ser específica.

Por ejemplo, no digas simplemente: «Perdona mis pecados». Debes nombrarlos. No digas solo: «Gracias, Salvador mío, por tus bendiciones». Debes nombrarlas. Y no deberíamos olvidar ninguna de sus bendiciones.

***«Bendice, alma mía, a Jehová,
y no olvides ninguno de sus beneficios».***

Salmo 103: 2

Daniela y yo orábamos específicamente por cada miembro de la iglesia mencionándolos uno por uno; por cada madre, cada padre y cada hijo; por cada familia, su salud y su trabajo. Orábamos por los departamentos y los dirigentes de la iglesia nombrando a cada uno. También orábamos con el fin de conocer la visión de Dios.

Orar de manera específica requiere tiempo y entrega. Además, empieza a conocer a cada familia, nombre a nombre. Cuanto más orábamos, más queríamos recibir respuestas.

Daniela y yo pusimos todo el empeño en la oración. Demasiado a menudo, las personas oran de manera superficial; no ponen su corazón en ello. Sin embargo, esperan que Dios actúe.

«Cuando elevas oraciones pequeñas, recibes respuestas pequeñas. Si quieres grandes respuestas, necesitas elevar oraciones grandes».

Una forma importante de cambiar cualquier cosa es a través de la oración. Y necesitas ejercer la fe. Ora en grande y espera la respuesta. Alaba al Señor con fe por lo que hará. Nosotros no estuvimos orando solo durante un día o una semana. Tomamos la decisión de orar hasta que Dios contestase.

Muchas veces, en la Biblia la respuesta a la oración no es un hecho aislado sino un proceso. Cuando Dios contesta, tiene un plan diferente al nuestro. Y él responde tan a lo grande que con frecuencia no podemos comprenderlo. Necesitas seguir orando. Entretanto, Dios trabaja en ti y en los demás, preparando a todos para su plan. La oración te conecta con la fuente de todo poder. Con Dios, todo es posible.

A los discípulos se les asignó una tarea imposible. Eran un puñado de personas sin dinero, sin medios de comunicación y sin recursos. Se les pidió evangelizar no solo a una iglesia, a una ciudad o a su país, sino al mundo entero. Sabían que no podían llevarlo a cabo con su poder. Pero Jesús prometió darles el Espíritu Santo.

Ya hemos señalado que, en la Gran Comisión, Jesús no dijo que empezaran saliendo al mundo entero para predicar las buenas nuevas (ver Hech. 1: 4-8). Les dijo que permanecieran en la ciudad. Es fundamental que no trates de hacer la obra de Dios con tus fuerzas y tus métodos. Espera y ora. Los discípulos seguramente se preguntarían cuánto tiempo tenían que esperar y orar. Pero Jesús no les dio un límite de tiempo. En lugar de ello, les pidió que orasen *hasta que*

recibieran el Espíritu Santo. Cuando recibas el Espíritu, recibirás poder (vers. 8a). Entonces dirígete al mundo.

Jesús dice que siempre que dos o tres oren juntos y de común acuerdo, les será dado lo que pidan (ver Mat. 18: 19). Orar juntos en unidad de propósito es algo que a Dios realmente le encanta. Los discípulos conocían su total necesidad de Dios. Oraban juntos por el cumplimiento de su promesa del Espíritu Santo. Y Dios contestó.

Daniela y yo estábamos decididos a orar por nuestra iglesia. Y eso lleva tiempo. Dios tenía que trabajar en nosotros. Teníamos que orar lo suficiente para asegurarnos de que seguiríamos el plan del Señor cuando él nos lo mostrara. Y él tenía que trabajar en los miembros y también en la ciudad. Todo eso requiere tiempo y muchas oraciones. Requiere compromiso con la oración.

Oramos *por* ellos y luego oramos *con* ellos. Además de orar por ellos a primeras horas de la mañana, comenzamos a llamar a unos cuantos cada día y a orar con ellos por sus familias y sus necesidades. También yo empecé a predicar y a enseñar acerca de la oración. Y no solo un sábado, sino durante varios meses hasta que la iglesia se convirtió en una iglesia más dependiente de la oración. Una iglesia que ora es una iglesia guiada por Dios.

El milagro en el encuentro campestre

Durante tres meses, nada sucedió. Así que continuamos orando. Además yo reservé cada lunes para orar en el local de la iglesia pidiendo a Dios que me mostrase sus planes. Me pasaba todo el día orando por cada silla, por cada sala e incluso por el área de aparcamiento, pidiendo al Señor que llenase ese lugar.

Pronto llegó la fecha del encuentro campestre. Me encantan estos encuentros porque en ellos puedes conocer gente. A la vez, no me gustan porque tienes que montar carpas que están viejas, polvorientas,

mohosas y llenas de arañas. Los pastores siempre acuden pronto para ayudar a instalarlas. Ese lunes, estuve montando carpas.

Oré por la iglesia y el plan de Dios cuando instalaba las carpas, tratando de evitar las arañas y el polvo. ¿Qué debíamos hacer para crecer? ¿Y para llegar a la comunidad? ¿Y para cumplir nuestra misión? ¿Qué funcionaría en esta ciudad? Estuve orando por ello todo el día.

En lugar de irme a la cama el lunes por la noche, decidí orar la noche entera. Decía: «Señor, no te voy a soltar hasta que me digas cuál es el camino. Seré como Jacob. Me asiré a ti. O me matas, o me das la solución». Y oré con humildad y determinación, con fe en la promesa de Dios.

Finalmente, en medio de la noche, me quedé dormido de rodillas en el suelo y con la cabeza en la cama.

Dios me despertó temprano; quizá demasiado temprano, de madrugada. Hacia las dos y media de la mañana. No fue una voz diciéndome: «¡Despierta!». En lugar de ello, me despertó con un montón de pensamientos. «Esto es lo que harás en esta iglesia». Busqué un bolígrafo y empecé a anotar todos los pasos que Dios me indicaba en la mente: paso uno, paso dos, y así sucesivamente. Muchos detalles precisos. Mi padre solía decir: «Todo lo que tratas de recordar, se te olvida. Todo lo que escribes, eso es lo que recuerdas». Así que lo escribí todo. Me llevó bastante rato, pero es que llené cuatro páginas.

¿Cómo sabes cuándo habla Dios? Cuando él habla, lo que dice no tiene mucho que ver con lo que tú harías normalmente o con tu propia lógica. Y a menudo no resulta muy agradable. Supe que no se trataba de ideas mías porque no tenían nada en común con lo que yo solía hacer.

También supe que la iglesia *nunca* vería lógico ese plan; era demasiado ambicioso. Implicaría mucho tiempo, energía y trabajo. No era un *evento* de evangelismo, era un *estilo de vida* centrado en el evangelismo durante todo el año. Pensé que la Asociación *quizá* estaría de acuerdo con ello, pero también sabía que era improbable que ofreciera

apoyo económico. Todos dirían: «No disponemos de la gente necesaria. No tenemos el dinero. Es un compromiso excesivo».

Así que, al igual que el rey Josafat expuso su pedido a Dios en el templo, yo puse la lista ante Dios en mi cama. Le dije: «Señor, si me has dado estas ideas, necesito un par de cosas: la confirmación de que se trata de tu plan, y la promesa de que tú lo apoyarás». Y seguí pensando: «Señor, no te voy a soltar. Si esto viene de ti, necesito saberlo».

Oré por la confirmación hasta la hora del desayuno. La del desayuno es una hora sagrada para mí, como lo son el sábado y el tiempo dedicado a mi familia. No me pierdo una comida. Le dije: «Señor, tengo que irme a comer». Pero seguí orando mientras me preparaba algo.

Luego sonó el teléfono. Se trataba de un tipo estupendo que tiempo atrás había sido profesor mío.

—¡Buenos días, Pavel! Hace unos cuatro meses me pediste que fuera a hablar sobre crecimiento de la iglesia en tu nueva congregación. Entonces te dije que me encantaría acudir, pero ya tenía programado el año entero. Y bien, ahora tengo un sábado disponible. Pero deseo hablar de algo diferente. Hemos realizado unas encuestas y quiero sugerir un nuevo enfoque de evangelismo. Nos gustaría que tu iglesia probase este proyecto. Dime qué piensas de ello.

¡Y me contó los mismos puntos básicos que yo había anotado en cuatro páginas después de orar! Me quedé sin palabras.

—¿Sigues ahí? —preguntó.

Le dije:

—¡Guau! Llevo meses orando para que el Señor dirija mi iglesia. Dios me ha despertado esta madrugada y me ha dado ideas. Pero, al repasarlas, he pensado: «¡Esto es demasiado! Necesito tu confirmación». Y lo que acabas de contarme son los mismos pasos, uno por uno, que me ha indicado Dios. De modo que ya me lo ha confirmado.

Y él respondió:

—¡Voy a tu iglesia para compartir el plan! ¡Dios va a hacer grandes cosas!

Comunicándoselo a la junta de la iglesia

Me dirigí a mi junta y les conté toda la historia, pero no el plan. Les hablé de los meses de oración con Daniela. De que me había pasado orando aquella noche del lunes. De la respuesta de Dios y las cuatro páginas con detalles. Y de la llamada de confirmación.

Se entusiasmaron.

–¡Maravilloso! ¿Y qué dijo Dios?

–No os lo voy a contar –respondí.

Todos se quedaron muy sorprendidos.

–Este proceso va a ser diferente de lo que hacéis habitualmente – proseguí–. Es una visión que *cambia la vida*. Quiero que la recibáis de Dios para que la apoyéis de todo corazón. Si os la cuento, puede ser demasiado difícil aceptarla, y más llevarla a cabo. Es necesario que oréis hasta que Dios os prepare para su plan y os dé la visión. Entonces, sin duda lo pondréis en práctica.

»Así que este es el trato –les dije–. Vais a casa y oráis durante un mes. Le pedís a Dios que prepare vuestras mentes y vuestros corazones. Que os dé fe. Quiero que le pidáis al Señor que os muestre la visión. Y a partir de ahí la llevaremos a cabo juntos.

Se mostraron unánimes:

–De acuerdo, pastor.

Todos conocían el valor de la oración. Durante todo ese mes, llamé a los miembros todos los días, a unos cuantos cada día, y oramos juntos. Ellos también oraban a solas.

En nuestra siguiente reunión, un mes después, tanto nuestro primer anciano como nuestro coordinador de estudios bíblicos dijeron:

–Pastor, hemos percibido que Dios nos daba una idea. No se trata de treinta días de evangelismo, sino de *mucho* más. La evangelización no ha de ser un evento sino un modo de vida, un proceso constante. Necesitamos llegar a la sociedad. Necesitamos celebrar seminarios para que la gente venga a la iglesia. Necesitamos impartir estudios

bíblicos para que las personas conozcan el evangelio antes de que vengan a las campañas evangelísticas.

Les dije:

–¡Exacto! ¡Esos son justamente los principios!

Y todos estaban dispuestos.

–¡Adelante con ello! –decían.

Luego les di el resto de los detalles. Se sentían entusiasmados y llenos de esperanza.

La idea crucial, que no es nueva, es que el evangelismo no es un evento sino un modo de vida; no es para una semana o un mes sino para todo el año, y para todos los años. No puedes esperar salir al jardín y recoger tomates si no has plantado nada. Debes preparar el terreno, plantar tomates, regar y escardar, y así sucesivamente.

Este es un breve resumen de las partes básicas del plan que todos apoyamos y empezamos a poner en marcha:

1. Desarrollar un ambiente basado en orar de manera sistemática por y con todos los miembros y dirigentes, en sus vidas personales y en la iglesia. La oración era parte vital de la planificación, las actividades y el evangelismo de la iglesia. Todo estaba inmerso en la oración.
2. Predicar y celebrar seminarios centrados en la oración, el crecimiento espiritual y la misión.
3. Impartir estudios bíblicos usando materiales audiovisuales profesionales. Y de manera que los miembros estuvieran más centrados en construir relaciones con las personas que recibieran los estudios que en preparar estos para adoctrinar a aquellas.
4. Desarrollar actividades sociales y solidarias para la comunidad durante más de tres meses. Por ejemplo, invitar a comer en la iglesia a la policía y a los bomberos y elevar oraciones de bendición y protección para ellos, visitar hospitales y

residencias de ancianos y orar allí por los trabajadores y los pacientes. Limpiar parques, alimentar a las personas sin hogar y orar con la gente.

5. Construir relaciones y confianza, patrocinar seminarios en la iglesia sobre cuestiones socialmente necesarias, tales como cursos de cocina, planes para dejar de fumar, recuperación de la depresión y muchos otros. Después de unos cuantos seminarios, los visitantes se sentirán cómodos en las instalaciones de la iglesia y trabarán amistad con los miembros.
6. Celebrar una campaña de evangelización pública una vez al año, precedida y seguida de 40 días de oración.
7. Seguimiento de los nuevos miembros sobre la base de un disciplinado estructurado. Llamadas semanales y visitas mensuales a cargo de un anciano o de un diácono. Involucrarlos en grupos de oración, en una clase especial del pastor, evaluar sus dones e implicarlos en un área de la iglesia en la que puedan usarlos. Animarlos a impartir estudios bíblicos a otras personas (esta actividad contribuyó a consolidarlos como miembros de la iglesia).
8. Repetir y mejorar año tras año.

¿Cuáles fueron los resultados? La asistencia a la iglesia casi se triplicó. La participación de los miembros ascendió de una media del 15% a casi el 85%. La tasa de retención bautismal alcanzó el 80% o más. Dimos unos 200-250 estudios bíblicos en un año. Abrimos una emisora de radio y disponíamos de varias horas a la semana en la televisión por cable local. Los visitantes por lo general decían que esta era la iglesia más amistosa y consagrada a la oración en la que habían estado. Estos son solo varios de los resultados. Reinaba un fuerte sentido de la dirección y la presencia de Dios.

Después del paseo por el bosque

Algún tiempo después de la puesta en marcha del plan evangelístico, Daniela y yo empezamos a invitar a toda la iglesia o a grupos de dirigentes a nuestra casa. Comíamos alrededor de un fuego, cantábamos, compartíamos, hacíamos actividades lúdicas y orábamos unos por otros, por nuestra iglesia y por la comunidad.

En cierta ocasión en que recibimos a un grupo de dirigentes de la iglesia, después de cantar y adorar juntos, dije: «Sé que venimos orando mucho por la dirección de Dios desde hace ya un tiempo. Centrémonos ahora en lo que Dios desea que ocurra en nuestra iglesia para los próximos cinco años. Quiero que cada uno de vosotros dé un paseo por el bosque mientras ora. Cuando el Señor os hable de lo que debiera ocurrir, volved. Pero no regreséis antes de que Dios os hable. Ahora adentraos en el bosque y dedicaos a la oración. No vengáis con vuestros planes. Nuestro Dios es un gran Dios, un Dios de lo imposible. Nuestros pequeños planes lo limitan. Él no tiene límites. Orad por su plan y confiad en él. Normalmente buscamos la bendición de Dios para nuestros planes en lugar de tratar de conocer el suyo. Una vez que él comunica el plan, imparte la bendición».

Todos sonrieron y se encaminaron afuera. Pasó una hora o más. Fueron regresando. Uno por uno, se sentaron alrededor del fuego hasta que todos retornaron. Estaban muy callados. Y muy serios.

—Pastor —comentó uno de ellos—, lo que Dios ha puesto en mi corazón es *grande*.

Todos anotaron su visión para la iglesia en pedazos de papel y me los dieron para que los leyera. Mientras los miraba, me sentí desalentado. No podía creer lo que estaba viendo.

—Amigos —protesté—, os pedí que oraseis por una visión sobre cómo puede llegar nuestra iglesia a la gente. Pero vosotros habéis ido más allá. Lo vuestro es demasiado ancho, demasiado abarcante, demasiado grande; es excesivo. Mirad todo esto que habéis escrito: «Ministerio

mediático 24/7 en dos idiomas», «reuniones y seminarios para la comunidad al menos seis veces al año», «todo el mundo dando estudios bíblicos», «excursiones misioneras», «evangelismo de alcance mundial», «seminarios de impacto global», «colportaje todos los años», «acceso a la televisión local». ¡No podemos hacerlo todo! ¡No disponemos de la gente para llevar a cabo todo esto! Es exagerado, demasiado grande. Y no tenemos el dinero.

—Pero, pastor, ¿no dijiste que la visión debía ser grande porque tenemos un Dios grande? ¿No dijiste que cuando Dios comunica el plan, él provee los recursos? Nos pediste que orásemos con fe, y ya Dios lo bendeciría.

—Sí, él lo bendecirá —dije—. Pero esto es demasiado. Escojamos de esta lista dos o tres cosas que podamos hacer.

—No. Necesitamos todo. Hemos orado con fervor. Dios nos lo comunicó. Ahora queremos que tú nos ayudes a llevarlo a cabo.

—Escuchad, amigos. Tomemos solo tres cosas. Y punto. Yo soy vuestro pastor.

Se desanimaron mucho. Sin embargo, dejaron de discutir porque me querían.

Yo me sentí aliviado porque deseaba que empezaran con algo manejable. Algo sobre cuya base pudiéramos construir poco a poco. No algo poco realista, como colportar llegando a toda la ciudad; no disponíamos de gente para hacer eso. Ni su idea de una *emisora de radio*. Eso era un *enorme* proyecto. Muy por encima de nuestro presupuesto. Requería comprar todo el equipo necesario, emitir veinticuatro horas al día y siete días a la semana. ¿Dónde ubicaríamos el equipo? No teníamos espacio siquiera para alojar una emisora de radio.

Por supuesto, me di cuenta de que se quedaron decepcionados al limitarnos a solo tres opciones. Pero también sabía que finalmente entenderían que yo tenía razón; era mucho mejor comenzar con algo pequeño. Algo que ya pudiéramos gestionar.

El teléfono móvil averiado

Al día siguiente, volé a una convención donde tenía que predicar sobre la oración. Sin embargo, después de hablar la primera noche, me sentí incapaz de orar. Tenía una lucha dentro de mí. No pude dormir muy bien. No encontré paz. Oré: «Señor, si hay algo entre tú y yo, has de decírmelo y confesaré, te pediré perdón y lo arreglaré».

En mi mente, me llegó su respuesta: «Pediste a las personas que orasen. Les di la visión y te opusiste a mí. Los enviaste al bosque a orar, pero tú no oraste. En lugar de ello, trabajaste en la cocina preparando la comida. Los planes que aportaron ellos procedían de mí, y tú eres el único que se opuso a la visión en lugar de apoyarla».

Me sentí muy mal en el acto. «Señor, perdóname. Me presentaré ante la iglesia y confesaré mi error; pero, por favor, ¡arreglalo tú! Te necesito. Yo lo lamento de verdad. Sé que me perdonas, pero también necesito tu ayuda. Te pido que lo arregles porque me amas. Y amas a la iglesia. Y estas personas no tienen la culpa».

Entonces, me puse a revisar mi correo electrónico. Al empezar a abrir mi ordenador portátil, golpeé sin querer un vaso de agua situado sobre el escritorio. Mi teléfono móvil estaba junto al vaso y se llenó de agua por dentro. Esto supuso su fin. Quedó destruido por entero. Inutilizado. Muerto. Saqué la batería y la sequé totalmente con un secador de pelo. La metí en una bolsa de plástico con arroz. La puse de nuevo en el teléfono y traté de encenderlo una y otra vez. Nada. La pantalla no se iluminaba en absoluto. Incluso oré por su resurrección, pero no aconteció milagro alguno.

Pedí prestado el teléfono de otra persona para llamar a Daniela.

—Hola, cariño —contestó ella—, te echo de menos. ¿Por qué no me llamas con tu teléfono?

—Me lo he cargado.

—Alabado sea el Señor —dijo—. Ya no me harás pasar malos ratos cuando se me rompa el mío.

Ella tenía tendencia a que se le cayera el teléfono y se le rompiera, y yo siempre le decía: «Nunca he roto un teléfono en toda mi vida». Ahora me había tocado a mí.

–Aunque no puedas llamarme a mi móvil roto, pediré un teléfono y te llamaré todos los días –le aseguré.

Después de que devolví el móvil prestado, regresé a mi habitación. «Señor, de nuevo lo lamento. Tú les comunicaste a todos esa lista imposible como visión. Parece demasiado difícil. Necesitaremos muchos recursos. Y muchas personas. Pero ¿tendrías a bien no solo perdonarme sino también ayudarme a reparar mi error? Quiero hacer todo lo que digas».

Mi teléfono móvil empezó a sonar.

–¿Sí?

–Pastor Pavel, no soy miembro de su iglesia, pero vivo cerca. Hace algún tiempo Dios puso en mi corazón que abriera una emisora de radio. Pero mi iglesia es muy pequeña, mientras que la suya es más grande y activa. Así que me gustaría ofrecerle todo lo que tenemos: el local, algo de dinero para el equipo, la torre; todo. Se lo donaremos a su iglesia si están dispuestos a abrir una emisora de radio.

Me quedé perplejo. ¡No podía creerlo! Cuando nos despedimos, traté de llamar a Daniela con mi teléfono antes inútil y contarle las buenas noticias. Pero el móvil seguía averiado. Muerto. Finalmente, renuncié y seguí agradeciendo al Señor por el milagro de la donación de la emisora de radio.

De repente, mi teléfono inútil volvió a sonar. Era el coordinador de colportaje de la Asociación.

–Hola, Pavel –dijo–. Nos dijiste que vuestra iglesia quiere hacer colportaje todos los años. Vamos a trabajar gratis para vuestra iglesia. Enviaremos estudiantes de nuestros centros académicos y proporcionaremos los libros. No habrá gasto alguno para vuestra iglesia aparte de darles comida y alojamiento.

¡Y luego el teléfono volvió a sonar! La dama que llamaba dijo:

–Soy la directora general de la televisión por cable local. He escuchado algunos de sus seminarios por Internet y creo que serían una bendición para nuestra ciudad. Necesitamos buenos programas que provean apoyo espiritual y emocional. Le ofrezco cuatro horas de programación gratuita todas las semanas si le parece bien.

–¡Alabado sea el Señor! –dije. Después de esa llamada, el teléfono seguía averiado. De hecho, no volvió a funcionar más. Pero Dios estaba dando comienzo a una *gran* obra. Yo tan solo había recibido un pequeño vislumbre de los milagros que llegarían en los años sucesivos.

El sábado siguiente, en la iglesia, me puse en pie. «Hermanos, tengo que confesarme. He pecado. Oramos. Dios os dio una visión y yo me interpose en el camino. Lo siento». Entonces les conté los milagros que el Señor ya estaba realizando.

Pero eso solo era el principio.

RESUMEN

Mi padre solía decirme: «Cuando empiezas a orar para llenarte solamente de Dios, y cuando empiezas a conocerle, a escucharle y a seguirle, su intervención va más allá de lo que puedas imaginar. Tus oraciones son demasiado pequeñas porque tu visión es demasiado pequeña. La mente humana no puede ver cómo actuará Dios».

Pero cuando las personas se unen y oran, suceden cosas.

DIOS ODIA LOS OJOS AZULES

Al principio, cuando Dios envió la visión para que nuestra iglesia iniciase un ministerio radiofónico, parecía algo imposible. No teníamos equipamiento ni espacio para alojarlo. Oramos sobre ello y fuimos poderosamente impresionados respecto a que ese era el plan de Dios. «Señor, si este plan es tuyo, sabemos que tú proveerás los medios. Te pedimos ayuda. Necesitamos el espacio y el equipamiento».

Seguimos orando. Con el tiempo, Dios hizo sentir a un miembro fiel de una iglesia diferente que debía donar el local, todo el equipo y los medios que necesitábamos, incluida la gran torre de radiodifusión.

Todo lo que nos faltaba para seguir adelante era una licencia de emisión de la Comisión Federal de Comunicaciones (CFC). El proceso de aprobación incluía el pago de una cantidad considerable cuando mandásemos nuestra solicitud.

Le di tres meses a la iglesia para recaudar 24.000 dólares para los trámites administrativos. Ya a la semana siguiente teníamos más de 56.000 dólares. Cuando Dios aparece, también aparecen el dinero y los recursos.

*El problema que tenemos a menudo no es la falta de dinero,
¡nos falta reconocer la presencia de Dios!
Cuando las personas perciben que Dios se mueve,
cuando ven que Dios actúa,
entonces apoyan.*

En cualquier proyecto, nunca debemos avanzar solos. Siempre hemos de asegurarnos de que el Señor está con nosotros. Como Moisés, deberíamos decir que, a menos que Dios nos acompañe, no nos moveremos de donde estamos. Y cuando él esté con nosotros, él nos proveerá los medios.

Pronto tuvimos que afrontar el siguiente obstáculo potencial: obtener la aprobación de la CFC para disponer de una frecuencia. El párrafo inicial del sitio web de la CFC muestra lo real que puede ser ese obstáculo.

«Los posibles solicitantes deben ser conscientes de que las frecuencias para estos servicios siempre están sujetas a una gran demanda. Cuando se abren los periodos para solicitar nuevas emisoras, llegan muchas presentaciones de solicitud a la vez. Presentar una solicitud no garantiza que usted recibirá un permiso para construir una emisora. En muchas zonas del país, quizá no existan frecuencias disponibles con las que una nueva emisora pudiera iniciar sus operaciones sin causar interferencias a emisoras ya existentes, lo que constituye una violación de las normas de la CFC. Por este motivo, no le recomendamos a usted que compre ningún equipo antes de recibir una licencia de construcción de la CFC».

En el momento en que presentamos nuestra solicitud, había cuatro frecuencias disponibles en nuestra zona, y dieciséis entidades solicitantes. Las frecuencias se concedían usando una escala de puntos basada en los beneficios que tu emisora aportaba a la sociedad. Se usaba una tabla para determinar tu puntuación conforme a varias

opciones de valor, como ofrecer alertas de emergencia meteorológica, entre otras. Quien tuviera más puntos, contaba con prioridad para recibir la aprobación. Pero si rechazaban tu solicitud, no podías presentarla de nuevo en muchos años.

Oramos mucho por la aprobación. Jesús prometió que si unas pocas personas oran juntas con el mismo propósito, unánimes en la oración, él contestará (ver Mat. 18: 19-20). Oramos unánimemente por nuestro objetivo. Enviamos los documentos y la cuota. Nos sentíamos llenos de optimismo aun sabiendo que había muchos otros competidores con mayor prioridad.

A fin de cuentas, Dios nos había bendecido ya mucho. Nos sentíamos motivados e ilusionados. Estábamos deseando ver lo que haría después.

En junio, recibimos una carta de la CFC. Nuestra solicitud fue rechazada.

No teníamos puntuación suficiente. Muchas otras solicitudes con más puntos que la nuestra también fueron rechazadas. No quedamos ni siquiera *cerca* de la puntuación necesaria.

Entre todos cundió el desánimo al conocerse la noticia; aquello parecía un funeral. Ahora teníamos que esperar varios años antes de poder presentar una nueva solicitud. «Pensábamos que Dios lo dirigía», se decían unos hermanos a otros. «Creíamos que él nos había dado la visión, el local y el equipamiento. Tal vez todo no estaba más que en nuestras mentes. Tal vez Dios no se hallaba realmente a nuestro lado. De otro modo, ¿por qué permitiría esto?». Se sentían muy tristes y desconcertados.

Les dije:

—¡No, no y no! No podemos dudar de Dios cuando tenemos un contratiempo. En la Biblia, nada resulta fácil cuando las personas siguen a Dios. Sobrevienen los ataques de Satanás. Si no llegasen, tendríamos que preguntarnos si de verdad estamos siguiendo el plan de Dios. El

Señor permite las pruebas para aumentar nuestra fe y para que sepamos que quien actúa es él y no nosotros. Dios quiere que le demos todo el reconocimiento a él en lugar de atribuirnos el mérito nosotros cuando se resuelva el problema. Es Dios y solo Dios. Nosotros no merecemos gloria alguna. Si Dios permite esto, es porque tiene planes mayores que los nuestros. Tan solo necesitamos seguir orando.

»Cuando revisamos las historias bíblicas –continué–, cada vez que Dios guiaba a su pueblo, cada vez que afrontaban ataques y desafíos, no había razón alguna para rendirse por causa de ello, sino para orar más. Cuanto mayor era el ataque, mayor la necesidad de oración y, en consecuencia, más grandiosa sería la intervención divina. Por ejemplo, Dios condujo a Israel fuera de Egipto. El ejército egipcio salió detrás de ellos. Aquello fue una situación realmente crítica. Sin embargo, eso no debía ser motivo para dudar de la dirección o del plan de Dios. Al contrario, era una oportunidad para orar más y experimentar su asombrosa intervención. Las personas que se desaniman y dejan de orar y trabajar abandonan la fe. Pierden la oportunidad de experimentar el poder de Dios. No llegan a vivir una historia. Sigamos orando.

–De acuerdo, pastor.

Y seguimos orando.

En agosto, recibimos otro mensaje de la CFC: «Se les ha notificado previamente que su solicitud fue rechazada. Por favor, retírenla».

–No –le dije a la junta–. No retiremos la solicitud. Dejémosla allí y sigamos orando.

–No entiendes, pastor. La ley es la ley. No podemos hacer más.

Respondí:

–No podemos experimentar grandes milagros sin grandes desafíos. Es natural desear grandes milagros con desafíos pequeños o inexistentes. Pero las personas cuyas poderosas historias nos cuenta la Biblia enfrentaron grandes desafíos con grandes oraciones. No habrá historia a menos que afrontemos retos importantes. No retiremos

la solicitud. Dios nos dio la visión y los recursos. Él se ocupará de la aprobación.

–De acuerdo, pastor.

No retiramos la solicitud. Sencillamente, continuamos orando. Agosto, septiembre, octubre, noviembre. Orando.

A mediados de diciembre, recibimos otra carta de la CFC.

Decían que la máquina usada en junio para calcular el número de frecuencias disponibles no había funcionado correctamente. De manera errónea, había informado de que solo había cuatro frecuencias disponibles. Luego, la CFC descubrió que tenían cinco. Ya que todos los demás que habían visto sus solicitudes rechazadas las habían retirado meses antes (incluidos los que tenían más puntos que nosotros), nuestra solicitud era la única que quedaba. Así pues, automáticamente la quinta frecuencia disponible nos correspondió a nosotros.

Estimado lector, tenías que haber visto el júbilo producido cuando informé a los miembros de la iglesia sobre ello. «Pensemos», les dije, «en que si la CFC hubiera visto esta frecuencia en junio, no la habríamos recibido; se la habrían otorgado al siguiente de la lista con más puntuación. Había tantos por delante de nosotros que nunca la hubiéramos obtenido. Pero fíjate en cómo actúa Dios. Aun cuando las cosas no parecen marchar bien, ¡él sigue trabajando, sigue al control!».

Cuando Dios habla y guía, ¡él provee! Recibimos de él la visión, él proveyó los medios, y él nos facilitó la aprobación. Nuestra emisora de radio emitió las veinticuatro horas del día y los siete días a la semana en dos idiomas.

La puerta de atrás

Paso a paso, Dios cumplió la visión que nos había dado. Además de la emisora de radio, empezamos a emitir a través de la televisión por cable local cuatro horas a la semana, llegando a nuestra comunidad. También colgamos nuestros sermones en Internet. Finalmente,

unas 400.000 personas los seguían cada mes desde más de ocho países. Nuevas visitas empezaron a llegar a nuestra congregación. Toda la iglesia era como una colmena zumbando. Podíamos ver a Dios actuando; su presencia era visible.

Personas orando en todas partes, trabajando, entusiásticas y felices, alabando al Señor por lo que acontecía en nuestra iglesia. Se palpaba el dinamismo. Había historias. Se sentía la presencia de Dios. Todos sabíamos que él estaba entre nosotros y que actuaba. Podría escribir un libro entero sobre las bendiciones del Señor en nuestra iglesia durante aquellos años. Hubo multitud de historias y pruebas de su presencia y su obra entre nosotros.

Pero déjame contarte una historia más sobre el poder de la oración. En nuestra iglesia establecimos la norma de orar con todos los que entrasen por la puerta. Los visitantes decían: «Esta es la iglesia más amistosa, amorosa y consagrada a la oración que hemos visto». En todas partes hacia las que dirigieses la mirada un sábado por la mañana –el vestíbulo, el pasillo, la capilla– veías a personas orando juntas antes de que se iniciaran los servicios de culto.

Pero un sábado por la mañana, entró una mujer por la puerta de atrás mientras yo predicaba y se deslizó hasta el último banco. Su pelo era azul, rojo, púrpura y verde, un caleidoscopio de colores. Tenía anillos en las cejas, en los oídos, en la nariz, y las manos llenas de ellos.

En cuanto terminé el sermón, la vi saliendo por la puerta. Ya que todos los miembros de la iglesia estaban entonando el último himno, ni siquiera la vieron. Solo yo podía verla, desde el estrado.

Dejé el púlpito en medio del canto y corrí por el pasillo tras ella. No sé lo que pensó la iglesia.

Vi a la mujer cruzar la zona de aparcamiento y me di una última carrera hasta ella. Acababa de llegar a su coche cuando me vio aparecer.

–Sé que usted es el pastor, pero no quiero hablar –me dijo.

–De acuerdo. Entonces hablaré yo.

–No creo en Dios. Déjeme en paz.

Yo sabía que si le decía: «Oh, por favor, crea en Dios», no llegaría a ningún lado con ella. Nunca la convencería; ella tenía que convencerse por sí misma. Necesitaba impactarla y llevarla a discutir consigo misma.

Así pues, le dije:

–Está usted borracha.

–¿Cómo? No estoy borracha.

–Sí, lo está.

–No, no lo estoy. ¿Por qué dice eso?

–Porque afirma que no cree en Dios, y no obstante ha venido a la iglesia. ¿Por qué lo ha hecho si no cree en Dios, a menos que esté borracha, se haya desorientado y haya entrado sin querer?

Ella se rió un poco.

–Entiendo por dónde va usted. De acuerdo. *Creo* en Dios, pero no creo en la oración. Así que no me ofrezca orar conmigo ni trate de convencerme de que confíe en Dios.

Yo sabía que ella esperaba que le dijera: «La realidad es que Dios escucha las oraciones. Por favor, déjeme orar por usted».

En lugar de ello, dije:

–Sé por qué usted no cree en la oración. Es porque tiene los ojos azules. Y Dios odia los ojos azules. Él se aleja de las personas de ojos azules. Si tuviera usted los ojos castaños, como yo, él la escucharía cuando ora, pero Dios odia los ojos azules.

Se quedó boquiabierta y dijo:

–Esa es la cosa más absurda que he oído jamás. Y usted se equivoca. Dios contesta la oración de cualquier persona tenga el color de ojos que tenga. Él ama a todo el mundo.

Le dije:

–Ah... Primero me dice que no cree en la oración. Ahora, que Dios contesta todas las oraciones. Aclárese.

Ella rió de nuevo y dijo:

–Vale, me ha acorralado usted.

Yo sonreí también:

–Es lo que mejor se me da.

–Bueno –dijo–, supongo que sí creo en la oración. Teóricamente. Pero, por más que me esfuerzo, parece que no obtengo respuesta a mis oraciones.

Le dije:

–Cuénteme lo que pasó.

–Llevo dieciséis años en las drogas –dijo, mostrándome marcas de las agujas en sus brazos–. Cada dos horas, me drogo. Si no lo hago, empiezo a temblar y me desplomo. He estado en la cárcel, en rehabilitación. He orado. Dios nunca ha contestado mis oraciones. Una y otra vez, le decía: «Señor Jesús, soy drogadicta. Perdóname y sálvame, por favor. No puedo dejar de drogarme. Me encantan las drogas. Dependiendo de ellas». Y todavía sigo confesando y pidiendo perdón, contándole a Dios mi problema una y otra vez, sin respuesta.

–Está orando de manera incorrecta, hermana.

–¿Qué quiere decir?

–Se centra usted en el pecado en lugar de centrarse en Jesús. Después de confesar su pecado, Dios la perdona. Eso es una promesa. Si usted confiesa, él la perdona. Punto. No hay necesidad de confesar de nuevo. Es asunto terminado. La sangre de Jesús es absolutamente suficiente para usted. En el momento en que confiesa, en ese mismo instante, usted ya no es una pecadora. Está perdonada, ha sido hecha justa. Jesús toma su pecado y le da su propia justicia perfecta. Así que usted ya no está en pecado, y ya no tiene que centrarse más en el pecado. Pero no basta con ser perdonada; además ha de crecer. Necesita obtener la victoria sobre las drogas. Y eso no puede hacerlo con su poder; necesita la presencia de Dios en usted. Cuando Dios entra, Satanás sale; entonces él ya no tiene acceso a su interior.

»De aquí en adelante, usted necesita centrarse en Jesús. Mantenga los ojos en él; permanezca con él. Él nos dice en Juan 15 que separados de él nada podemos hacer. Pero si permanecemos en él, produciremos mucho fruto. De ahora en adelante, el objetivo de usted es permanecer junto a él y centrarse en él. Ha de decirle: "Señor, tú me perdonaste y yo no puedo cambiarme a mí misma. Pero tú tienes poder. Moriste por mí. Prometiste darme un nuevo corazón. Y no sé cómo lo harás, pero sé que lo harás porque eres Dios. Por favor, permanece en mí, vive en mí. Deseo tu presencia. Quiero darte las gracias con fe, basándome en tu promesa y tu amor".

»Céntrese en Dios, céntrese en su bondad, sus promesas, su poder y su sacrificio. Hable sobre él. No hable sobre el pecado. No se expla-ye en el pecado. Aquello en lo que su mente se explaya, eso es lo que usted hace. Dedica usted demasiado tiempo a pensar y a hablar acerca del pecado. Esto mantiene sus ojos demasiado centrados en el pecado. Necesita usted pasar más tiempo con Jesús. Necesita mantener la mente y los ojos en Jesús, en su poder, en sus promesas.

–De acuerdo –dijo ella–. Nunca he orado así.

–Bueno, es hora de que empiece.

–¿Y qué va a ocurrir? –preguntó.

–Ya lo verá. Déjele a Dios actuar. Hará lo que usted no puede hacer. Pero hay otra cosa.

–¿Cuál?

–Necesita impartir un estudio bíblico.

–¿Cómo? ¡Yo no sé enseñar!

–¡Estupendo! Yo no quiero que usted enseñe.

–¿Entonces cómo daría yo un estudio bíblico? ¿Y cuál es la relación de esto con la adicción a las drogas?

–Usted necesita crecer. Necesita seguir los planes de Dios para usted. Dios tiene planes para usted cada día, y en la medida en que siga sus planes, seguirá creciendo. La única manera de crecer es servirle,

seguirle diariamente. Seguir su dirección y sus planes. Entonces es cuando él puede trabajar en usted. Cuando usted le sirve, se concentra en él. Permanece con él. Se mantiene ocupada trabajando con él. Y, mientras le sirve, crece.

»Dios no nos necesita. Nosotros le necesitamos a él. Él nos ha llamado a trabajar y a servir porque nos acercamos más a él cuando trabajamos con los demás. Aprendemos a servir y a amar. Cuando enseñamos a otros, comprendemos la Palabra cada vez mejor y nos fortalecemos espiritualmente. Cuanto más servimos, más nos transformamos a su imagen. Cuanto más ocupados estamos compartiendo a Jesús con otras personas, más nos llenamos de la presencia de Dios, y menos acceso tiene Satanás a nuestras vidas.

–Vale, pero ¿cómo doy yo un estudio bíblico?

–Bueno, la primera vez que usted llame a una puerta no conseguirá nada porque la gente desconfía. Así que solo entrégueles la guía de estudios bíblicos y un DVD y márchese. Si le preguntan por qué no se lo envía por correo electrónico, respóndales: «Quiero asegurarme de que usted no lo confunde con *spam* y lo elimina. Quiero asegurarme de que usted recibe el estudio».

»La segunda vez que se presente allí, llame a la puerta y diga: «¿Cómo está usted?». Entréguele el siguiente DVD y váyase. Si le hacen preguntas, conteste: «Yo no sé. No me pregunte a mí. No soy maestra». No enseñe; no trate de convencer ni de cambiar a las personas. Tan solo pídale que miren el DVD. Nunca he visto a nadie normal discutiendo con la pantalla.

»La tercera vez que vaya, ore por ellos.

–¿Qué debería decir en la oración?

–Simplemente: «Que Dios los bendiga y los proteja». Y pregúnteles por qué orar. Si tienen cáncer o hijos en las drogas, ore por la presencia de Dios. Sea lo que sea lo que les preocupa, ore acerca de ello.

»La cuarta vez, entre a la casa y vea el DVD con ellos. Debe entrar

usted en esa casa. Su objetivo es construir una amistad, una relación con ellos. Nadie puede guiar a un extraño a Dios, solo a un amigo. Así lo hacía Jesús.

»No es tarea de usted convencerlos de que acepten a Dios. Esa es la obra del Espíritu Santo. Solo el Espíritu puede convencer o cambiar un corazón. Cuando acaben de ver el DVD y formulen preguntas, dígalas: "Yo no sé. Vean el siguiente DVD". Y váyase.

–Bueno, supongo que puedo hacer eso –dijo ella–. Pero usted afirma que si imparto estudios bíblicos, yo misma creceré y obtendré la victoria sobre las drogas.

–Sí.

–¿Y qué pasa si no la obtengo? Nunca regresaré aquí si no obtengo la victoria.

–Muy bien –le dije–. Espéreme aquí.

Corrí a mi despacho y tomé una guía de estudios bíblicos y un DVD. Al salir, le dije:

–Aquí hay una dirección de alguien que solicitó un estudio bíblico. Y aquí están el DVD y la guía de estudios para entregárselos. Adiós.

Ella se marchó hacia las 12:15 de la tarde. Quince minutos después, me llamó.

–¿Sí? –contesté.

–Le odio –me dijo–. Y odio la iglesia también. Nunca volveré.

–Muy bien. Dígame por qué.

–Bueno, la dirección que usted me ha dado es de un edificio de apartamentos. Hay que llamar al timbre y alguien desde el interior tiene que abrir la puerta. Estoy aquí de pie llamando y nadie está en casa. Dios no me considera digna de dar un estudio bíblico y liberarme de las drogas.

–¿Esa es la razón por la que me odia? ¿Ha orado usted para que Dios abriera la puerta de manera que pudiera entregar el estudio bíblico?

–No se me ha ocurrido.

–Necesita orar.

–De acuerdo –Y colgó. Momentos después, el teléfono volvió a sonar.

–¿Sí?

–He orado y la puerta no se ha abierto.

–¿Cuándo ha orado, hermana? A mí ni siquiera me ha dado tiempo de meterme el móvil en el bolsillo.

–Bueno, ¡he orado deprisa!

–Eso no es orar. Las pequeñas oraciones producen pequeñas respuestas. Usted quiere grandes respuestas; necesita grandes oraciones. Tiene que tomárselo en serio.

–Bien, ¿cuánto tiempo quiere que ore? ¿Cinco minutos?

–Hasta que la puerta se abra.

–¿Diez minutos?

–Hasta que la puerta se abra.

–¿Una hora?

–Escuche atentamente –le dije–. Ore *hasta* que la puerta se abra.

–¿Y qué pasa si no se abre?

–Entonces siga usted orando. Ore hasta que sea de noche, y de mañana, y hasta que usted envejezca y muera orando.

»Mire, si usted eleva a Dios una oración pidiéndole que le dé un Mercedes o alguna otra cosa que desee o necesite (hablo de una necesidad temporal o material), entonces puede que le convenga fijar algún límite al tiempo que se lo siga pidiendo a Dios. De otro modo, podría parecer que está tratando de convencerle. En esa situación, ha de decir: “Que se haga tu voluntad”, y decirlo seriamente. Deje que él tome la última decisión. Él conoce el cuadro global y el futuro. Límitese a confiar en él.

»Pero cuando usted eleva una oración intercesora, esa oración no tiene que ver con necesidades temporales sino con necesidades eternas. Es el caso en el que ora por la salvación de alguien. Esa oración ha de ser persistente.

–Pastor, ¡no tengo claro que pueda hacer eso!

–Tiene dos opciones: vuelva a las drogas, o empiece a servir y a dejar que Dios la transforme y la use. Escuche. Yo voy a orar también mientras usted ora. No voy a dejar de orar. No comeré, no dormiré, no me iré a casa. Cuando usted me llame para decirme que la puerta se ha abierto y que usted ha logrado entregar un estudio bíblico, entonces dejaré de orar. Así que vamos a unirnos en la oración.

–¿Lo dice en serio, pastor?

–¡Cien por cien! Todo lo que digo, en serio lo digo.

–De acuerdo –colgó de nuevo.

Transcurrieron cinco largas horas. Yo seguía en mi despacho orando y con un hambre voraz.

¡Ring!

–¿Sí?

Ella estaba llorando.

–Pastor, ¡no se va a creer lo que ha ocurrido!

–Cuéntemelo rápido, sin introducción ni muchas explicaciones. ¡Tengo hambre! Hágame un resumen para que pueda dejar de orar y comer algo.

–He empezado elevando la oración más bonita que me enseñó mi madre y nada sucedió. Me sentía fastidiada. He abierto los ojos y me he puesto a discutir con Dios. Le he dicho: «Señor, soy pecadora. Sé que no lo merezco. Pero ¿querías abrir esa puerta? Tengo que entregar un estudio bíblico».

–¡Ahora está usted orando! –le dije– La oración no son solo palabras. Orar es abrir el corazón.

–Pastor, mientras hablaba con Dios, ¡la puerta del apartamento se ha abierto! Un tipo grande y alto, con coleta y chaqueta de cuero, ha salido llevando una bolsa de basura al contenedor. He dejado de orar y corrido hacia él.

»–¿Puedo entrar?

»–¿Por qué?

»-Porque tengo que entregar un estudio bíblico en el apartamento 14 y no contestan al timbre. Tan solo lo dejaré junto a su puerta.

»-Si no contestan -me ha dicho él-, no debo dejarla entrar. ¡Y yo estoy muy frustrado con ustedes!

»-¿Por qué? A mí ni siquiera me conoce.

»-Bueno, pedí un estudio bíblico hace tiempo y no vino nadie a traérmelo.

»Entonces le he dicho:

»-Muy bien, puede quedarse con este.

»-Pero no sé cómo estudiar -ha respondido-. Nunca he estudiado la Biblia; así que entre y enséñeme.

»-No -le he replicado-. El pastor me dijo que la primera vez me limitara a llamar y a entregar el DVD.

»-¡Señora! -me ha contestado- Me acaba de ofrecer un estudio de la Biblia. Yo nunca he leído una Biblia. No sé cómo estudiarla. Tiene que enseñarme cómo.

-¿Y qué ha hecho usted? -le pregunté yo.

-Entrar en su apartamento. Me ha dicho que esperase un par de minutos y ha desaparecido. Al regresar, ha traído a varias personas más con él. Todos con chaquetas de cuero, algunos con coleta. Me parecía que eran una pandilla de motociclistas. Él les ha dicho: «Chicos, recordaréis que la semana pasada, en el bar, hablábamos de cómo nos están matando las drogas. Algunos llevamos cuarenta años con ellas y necesitamos dejarlo. Luego llegué a casa y oré por primera vez en mi vida. Dije que si había un Dios en el cielo, enviaría un ángel para ayudarnos a dejar las drogas. Y Dios nos ha enviado un ángel. Ahora, sentémonos a escucharla.

»Pastor, yo les he dicho: "Soy drogadicta igual que vosotros", y les he mostrado mis marcas. Luego he añadido: "El pastor me ha dicho esta mañana que no debía centrarme en mí ni en mis pecados, sino en Jesús, su perdón y su poder para transformarme. Y también me ha dicho que si invoco a Jesús, él obrará en mí.

¡Esta mujer ya estaba predicando! Se la notaba entusiasmada. Feliz y emocionada.

–Pastor –continuó–, hemos empezado a ver el DVD del estudio bíblico y nadie se ha movido en media hora. Algunos de ellos han comenzado a llorar. Hombres grandotes llorando. Decían: «Esto es lo más maravilloso que hemos oído jamás. ¿Puede usted venir la próxima semana?».

Nunca olvidaré lo que ella me dijo a continuación:

–Pastor, este es el mejor día de mi vida. Muchas veces he querido matarme. Ahora lo que quiero es vivir. Y déjeme contarle las buenas noticias. Hoy he consumido droga a las nueve de la mañana. Ahora son las 5:30 de la tarde. Llevo sin drogarme durante más de ocho horas y no estoy temblando. Ni siquiera siento necesidad ni lo deseo. De hecho, ¡estoy tan entusiasmada con Dios que no me importan las drogas!

Le dije:

–Mientras ore y sirva a Dios y permanezca con él, está usted segura. Él se encuentra a su lado. Necesita mantenerse conectada a él. Ha de seguir orando y sirviendo. Mientras Jesús esté con usted, Satanás no hallará por dónde colarse.

Le pedí que viniera a la iglesia la semana siguiente para compartir su historia.

Dijo:

–¡Yo no sé predicar!

–Va a ser una entrevista. Yo le haré preguntas. Será breve.

El sábado, la conduje al frente de la iglesia y le pregunté:

–¿Sabe usted enseñar?

–No.

–¿Ha hablado alguna vez ante una multitud?

–No.

–¿Dio un estudio bíblico la semana pasada?

–Sí.

–¿Fue difícil?

–No.

–¿Le gustó?

–¡Fue el mejor día de mi vida!

Y en los minutos siguientes, compartió su historia.

Me volví a la congregación.

–¿Cuántos de vosotros queréis dar un estudio bíblico?

Todos alzaron la mano. Nuestra iglesia estaba experimentando de manera visible el poder de Dios. Y el mayor milagro no era la emisora de radio ni cualquiera de las otras muchas bendiciones. El mayor milagro era lo que estaba aconteciendo en las vidas que eran impactadas y en las personas que eran transformadas.

Esa joven mujer continuó asistiendo a la iglesia, semana tras semana. Nunca le dije que se quitara los anillos. Desaparecieron. Igual que los colores brillantes de su cabello. Pero sus ojos siguen siendo azules. Y continúa viniendo a la iglesia.

Cuando las personas y las familias de la iglesia deciden buscar la presencia de Dios, orar y seguir su plan y su visión, él llega a ser muy real. Nos llama a todos a un compromiso real para conocerle, caminar con él y servirle. No necesitas ser pastor. Dondequiera que estés, hagas lo que hagas, Dios tiene algo para ti.

Él tiene un plan y los medios para cumplirlo. Necesitas conocerle a él y su plan. Necesitas seguirlo y confiar en él. Asegúrate de que tienes la presencia y la dirección de Dios, y entonces él proveerá lo demás. Esto no tiene que ver con tu sabiduría, tu poder, tu formación o tus medios. Todas esas son cosas buenas y necesarias, pero no producen éxito alguno sin la presencia y la dirección de Dios. Todo esto tiene que ver con Dios, su dirección y su poder. No es la planificación humana sino la planificación divina la que produce el éxito.

Dice Dios: «Yo sé muy bien los planes que tengo para vosotros» (Jer. 29: 11, *Nueva versión internacional*). Lo dice en plural –planes– y en

tiempo presente. Se refiere a hoy, a cada día. Dios tiene planes para ti. Sería triste llamarte cristiano y no conocer nunca sus planes para ti. Y acudir constantemente a Dios buscando sus bendiciones para tus planes diarios en lugar de tratar de conocer y seguir *sus* planes. Me gustan estas citas inspiradas:

«Cristo, en su vida terrenal, no se trazó planes personales. Aceptó los planes de Dios para él, y día tras día el Padre se los revelaba. Así deberíamos nosotros también depender de Dios, para que nuestras vidas fueran sencillamente el desenvolvimiento de su voluntad. A medida que le encomendemos nuestros caminos, él dirigirá nuestros pasos».¹
«Si hacemos planes según nuestras propias ideas, el Señor nos abandonará a nuestros propios errores. Pero cuando, después de seguir sus indicaciones, somos puestos en estrecheces, nos librará».²

«Son muchos los que, al idear planes para un brillante porvenir, fracasan completamente. Dejad que Dios haga planes para vosotros. Como niños, confiad en la dirección de Aquel que “guarda los pies de sus santos” (1 Sam. 2: 9). Dios no guía jamás a sus hijos de otro modo que el que ellos mismos escogerían, si pudieran ver el fin desde el principio y discernir la gloria del designio que cumplen como colaboradores con Dios».³

«El motivo porque los que profesan ser sus hijos no tienen más fuerza consiste en que confían demasiado en su propia sabiduría, y no le dan al Señor la oportunidad de revelar su poder en favor de ellos. Él ayudará a sus hijos creyentes en toda emergencia, si ponen toda su confianza en él y le obedecen fielmente».⁴

No fijas tus ojos en desafíos sino en él y sus promesas. Busca su presencia y su dirección, confía en él y él dirigirá tus pasos. Haz de su presencia y su dirección una prioridad y él te guiará.

«Confía en Jehová con todo tu corazón y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos y él hará derechas tus veredas» (Prov. 3: 5-6).

RESUMEN

Dios te invita a buscar su presencia continuamente, a conocer sus planes cada día, a obedecerle y seguirle, a confiar plenamente en él.

No te permitas el desánimo. Recuerda que las cosas no parecían avanzar en la dirección correcta para muchos de los personajes bíblicos.

Aunque no entiendas lo que pasa a tu alrededor, cuando las cosas no parecen marchar como esperabas, sigue su plan y su dirección.

1 Elena G. White, *El colportor evangélico*, pág. 196.

2 White, *El Deseado de todas las gentes*, pág. 336.

3 White, *El ministerio de curación*, pág. 380.

4 White, *Patriarcas y profetas*, pág. 467.

HOY PAGAS, MAÑANA ES GRATIS

Cuando tenía diecisiete años, planifiqué el mejor programa de Navidad de la historia de la humanidad, al menos desde mi punto de vista. Yo era uno de los directores de nuestro coro de adultos de la iglesia y también dirigía el coro de jóvenes. Me pasé horas escogiendo cantos. Y semanas ensayando. Tuvimos poesía y teatro. Decoramos la iglesia con flores y montamos un belén especial.

Después del programa, toda la iglesia pronunció un gran «¡Amén!» y vino a expresarme su aprecio. Yo reaccioné muy humildemente, pero por dentro estaba tan orgulloso como un pavo real. Más tarde, le pregunté a mi padre:

—¿Te gustó el programa de Navidad? ¿Estuvo bien?

Mi padre respondió:

—Hijo, déjame preguntarte algo. ¿Quién preparó el programa?

En la mente dije «Yo». Pero como seguía deseando parecer humilde, en voz alta dije: «Nosotros».

—¿Quiénes son «nosotros»?

–Los jóvenes.

–¿Qué jóvenes?

–Los jóvenes de la iglesia.

–¿Y para quién se preparó? –siguió él.

–¡Para la iglesia! –contesté.

–¿Entonces –dijo– la iglesia preparó el programa para la iglesia?

–Bueno... ¡Sí!

–Déjame hacerte otra pregunta. Si tienes una vaca y la vaca da leche, y luego la vaca se bebe la leche, ¿por qué tienes una vaca?

–¿Qué quieres decir? –pregunté.

–Hijo, tú no estás llamado a hacer misión en la *iglesia*. Tu misión es para el *mundo*. Un agricultor no planta sus cultivos en el granero; los planta en el campo y luego lleva la cosecha *al* granero. Pero en este caso tú trabajaste en la iglesia, no en el campo.

»Jesús nos envía a ir a ellos. No esperes que ellos te busquen. Prepara programas para la *comunidad*. Luego invítalos a entrar.

»Si ensayáis un himno, luego lo cantáis, después lo escucháis y os aplaudís a vosotros mismos y decís: “¡Qué maravilloso canto hemos interpretado!”, ¿cuál es la bendición? Jesús nos llamó a salvar a los perdidos. No a cantar para nosotros mismos, ni a predicar para nosotros y luego felicitarnos por la calidad de nuestros programas. Nos ordenó salir.

Nosotros, la iglesia, estamos llamados a hacer misión.

Debemos hacer misión fuera de nosotros mismos.

Mi padre añadió:

–Nuestra misión es contar las buenas nuevas al mundo. Esa obra es *fuera* de la iglesia. Recuerda, Jesús viene pronto.

Mi padre no estaba diciendo que no debiéramos tener coros y bonitos programas para la iglesia. Más bien, que hemos de centrarnos en compartir el amor de Dios con los de fuera de la iglesia también.

¿Cómo nos preparamos para la Segunda Venida?

Hoy Dios llama a la iglesia de nuevo a la oración, al reavivamiento y a la misión. Una iglesia no es saludable a menos que sirva y salve. Y, para eso, necesitamos oración y el poder del Espíritu Santo. La obra no se cerrará sin eso.

La obra comenzó con el poder del Espíritu Santo, como la lluvia temprana. Y la obra concluirá con el poder del Espíritu Santo como la lluvia tardía. Esta será más abundante que la temprana. Pero solo aquellos que dediquen sus vidas a la oración recibirán el Espíritu Santo para contribuir a completar la misión.

Cuando Jesús encomendó la Gran Comisión a sus discípulos y a nosotros, dijo que *esperásemos y orásemos* por el Espíritu Santo. Solo cuando el Espíritu venga recibiremos poder para *ir y contar*.

A menudo hablamos de la Gran Comisión, pero no parece que tengamos muchos resultados ni mucho poder. Nos resulta imposible llegar a todo el mundo. Para eso, necesitamos la intervención de Dios, su poder. ¿Puede ser que no hayamos orado lo suficiente por ella?

Amigos, Dios no tiene un problema con la cosecha; tiene un problema con los obreros. Tenemos muchas teorías aceptables. Sólidas doctrinas en abundancia. Múltiples programas bonitos. Pero necesitamos *verdadero poder* del Espíritu Santo. Necesitamos *pasión* por los perdidos. Y necesitamos estar *plenamente comprometidos*.

Así como el Espíritu Santo vino en Pentecostés, según el libro de los Hechos, con resultados que iban más allá de la planificación e imaginación humanas, del mismo modo espera venir otra vez, de manera que el libro de los Hechos se repita.

«El Pentecostés fue introducido por la manifestación del Espíritu de Dios con gran poder en la salvación de los hombres y la extensión del evangelio; el derramamiento se producirá otra vez con la manifestación del mismo poder, pero en mayor medida, a fin de cerrar la obra y dar paso al reino de Dios».¹ Dios está obrando hoy igual que en el pasado.

Milagro en el campo misionero

Años atrás, cuando Dios presentó una visión al servicio de una iglesia que yo pastoreaba, incluyó un viaje misionero a un país comunista. Nos dividimos en tres grupos para ir a tres lugares diferentes sin presencia adventista. Oramos para que Dios nos ayudara a plantar tres iglesias.

Durante meses, recaudamos dinero a la vez que orábamos. Y Dios nos envió justamente lo que necesitábamos para pagar el viaje. Proveyó dinero para alojamiento, comida, obreros bíblicos, autobuses y el pago del alquiler de las salas de reunión en cada localidad. Aparte de eso, teníamos bastante dinero para el viaje de regreso a casa. Eso fue todo.

Nuestra primera noche fue extraordinaria. Asistieron veinte invitados a mi presentación. El anciano del segundo lugar dobló eso con unos cuarenta asistentes. Pero el anciano de la tercera zona nos contó una historia diferente.

Habían recibido a unas dieciséis personas en su local alquilado, y todo empezó bien. Hasta que llegó la policía. Confiscaron los materiales, clausuraron la reunión y dijeron a nuestro anciano que le arrestarían a él y a su familia si trataban de proseguir la noche siguiente.

–¿Cómo pudieron hacer eso? –me pregunté en voz alta ante el anciano– Nos habían dado los permisos antes de venir.

–La policía me dijo que solo teníamos los permisos del gobierno – contestó–. Pero dijeron que no teníamos los permisos locales. Así que no podíamos seguir. ¿Nos unimos contigo en tu localidad?

–Hermano –le dije–, cuando nos surgen desafíos, eso significa que estamos haciendo lo correcto. Y Satanás lo desprecia. Cuando tenemos desafíos, es una oportunidad para orar y experimentar a Dios. De modo que ahora, todos oraremos. Elevaremos grandes oraciones hasta que obtengamos una respuesta.

Este anciano, su esposa, sus hijos y todo el equipo empezaron a orar. «Señor, no vamos a soltarte hasta que nos ayudes a plantar la

iglesia. Vinimos aquí a servirte a ti y a otros, no a nosotros mismos. Tú has prometido que cuando salgamos con ese fin, tú vendrás con nosotros. Prometiste que cuando dos o tres oren juntos, tú contestarás. Así que no nos vamos a marchar de aquí».

Hacia las dos de la mañana, se sintieron en paz y se fueron a dormir. El anciano despertó al día siguiente y oyó la voz de Dios a través de un pensamiento inspirado: «Ve a hablar con la policía de nuevo». Cuando se presentó allí, el agente de policía no le recibió amablemente.

—No pueden seguir con sus reuniones —señaló—. No tiene ustedes la documentación apropiada. Los arrestaremos esta noche si continúan con ellas.

—¿Puede decirme, por favor, qué hemos de hacer para poder continuar?

El agente caminó hacia la puerta y la cerró. Luego elevó el volumen de la radio para que cubriese su conversación. En voz baja, le preguntó:

—¿Tiene usted algo de chocolate?

—Sí.

—¿Tiene también una Biblia para mi familia?

—Sí.

—Bien. Me reuniré con usted a las dos de la tarde en la esquina. Traiga el chocolate para mi familia y para mí. Traiga también una Biblia ilustrada para mis hijos. Y una Biblia normal para mi esposa y para mí. Meta todo eso en una bolsa con algo encima para esconderlo. Reúnase conmigo en la esquina y le diré lo que tiene que hacer. No se lo diga a nadie, o de lo contrario perderé mi empleo y la libertad.

Esa tarde, nuestro anciano se reunió con el policía y le entregó la bolsa con el chocolate y las Biblias ocultas. El agente le dijo: «No pueden continuar sus reuniones en un local *público*. Necesitan permisos para eso. Pero si alquilan una iglesia, entonces pueden celebrarlas allí sin los permisos».

Nuestro anciano le dio las gracias y comenzó la búsqueda. Luego me llamó para contarme las últimas noticias. Había varias iglesias

diferentes en la ciudad, y él habló con cada una de ellas, pero ninguna quiso alquilar.

–Vuelve a las iglesias –le dije–. Que sea como en la parábola que contó Jesús acerca de la mujer que acudía al juez. Sigue yendo hasta que se cansen de ti.

–De acuerdo, pastor.

Cuando llegó a una de las iglesias por segunda vez, su pastor le dijo: «Ya que ha vuelto por aquí, les dejaré entrar con una condición. Nuestro tejado está roto. Arreglarlo costará 2.500 dólares. Así pues, les alquilaré la iglesia por 2.500 dólares».

El anciano me llamó para informarme.

–Pastor, tenemos el sobre que nos diste con el dinero de los gastos para nuestro viaje. Quedan 2.500 dólares para *todo* (comida, alojamiento, transporte); todo debe salir de ese sobre. ¿Qué vamos a hacer? Si entrego esto para pagar el alquiler, no tendremos dinero suficiente ni para nuestra próxima comida.

Le dije:

–Dios no te va a dar más dinero antes de que gastes lo que ya tienes.

Ejercer nuestra fe no es algo que ocurra cuando todavía tenemos algo, sino cuando nos deshacemos completamente de todo y dependemos de Dios.

»Dale al pastor el sobre con fe.

Volvió a llamar al pastor: «Le abonaremos los 2.500 dólares».

Alabado sea Dios, ¡las reuniones continuaron aquella noche! Ahora bien, el anciano y su familia no comieron. Y durmieron en su furgoneta porque no podían pagar otra noche de alojamiento.

Antes de irse a dormir, oraron juntos: «Señor, gracias por las personas que han venido a la reunión de esta noche. Por favor, sigue bendiciéndolas. Y haz lo que quieras con nosotros. Tú sabes lo que

necesitamos. Queremos olvidar el yo y servirte a ti con una entrega completa. Seguiremos predicando y confiando en que tú cuidas de nosotros». Entonces el anciano se volvió hacia su esposa.

–Cariño, ¿por qué no miras en tu bolso? Tal vez tengas un poco de dinero ahí y podamos conseguir algo que comer.

¡Ya se sabe que se puede encontrar casi todo en el bolso de una mujer!

Cuando ella lo revisó, encontró el sobre del presupuesto original con 2.500 dólares dentro.

–¡Anda, cariño! –me dijo– Se nos ha olvidado darle al pastor el sobre con el dinero del alquiler. ¡Aún lo tengo en el bolso! Debemos llamarle mañana a primera hora.

Temprano al día siguiente, el anciano contactó con el pastor.

–Lamento mucho que olvidamos darle el sobre anoche.

–¿Qué quiere decir? –respondió el pastor– Tengo el sobre en la mano. Está todo bien. Usted ya me entregó el dinero.

El anciano colgó y me llamó.

–¡Pastor! Parece que por error nos diste dos sobres idénticos con dinero. Pagué el alquiler de 2.500 dólares, pero todavía tenemos otro sobre con 2.500 dólares.

–No, le di a cada grupo sus sobres correctos –le dije–. Soy muy cuidadoso.

–¡Entonces el ángel del Señor debe de haber colocado este sobre en el bolso de mi esposa!

El anciano y su familia comieron bien y pagaron una nueva habitación de hotel. Durmieron estupendamente esa noche.

Al día siguiente, contaron lo que quedaba en el sobre. Había 2.500 dólares.

Él le dijo a su esposa: «Probablemente lo hayas contado mal, cariño. Tal vez hubiera 2.800 dólares antes, y ayer gastamos 300 dólares para comida y hotel».

Esta vez lo contaron juntos. Luego pagaron las cuentas de aquel día también. Al día siguiente había 2.500 dólares. Reunieron al equipo y *todos* observaron mientras contaban el dinero.

A mí no me sorprendió. Conozco a mi Dios.

Pero bromeé con el anciano.

—¡Dame a *mí* ese sobre! ¡Quiero un sobre como ese!

El anciano rió.

—Pastor, hay un milagro mucho más grande que el sobre. La primera noche en la que prediqué en la iglesia que estamos alquilando, nos visitaron dieciséis personas de nuevo, igual que en la noche de apertura; y además, el pastor y su familia. ¡Pero la noche siguiente acudieron más de 150 personas! Pregunté al pastor: «¿Quiénes son todas estas personas?». Él me dijo: «Bueno, yo estuve anoche y me encantó lo que usted predicó. Así que llamé a toda mi iglesia y les dije que vinieran».

El anciano además me dijo:

—Pastor, ahora sé por qué Dios nos dejó sin nuestro local original. Estas personas nunca habrían escuchado el mensaje de otro modo. Dios quería que viniéramos donde *ellas*.

En ese viaje misionero, los tres equipos hicieron un excelente trabajo. Dios nos bendijo de manera tremenda, muchos nuevos creyentes fueron bautizados y se plantaron tres pequeñas iglesias. El anciano de ese tercer local me dijo más tarde: «Soy adventista de toda la vida. Mis padres y abuelos eran adventistas. Pero nunca había experimentado el *poder verdadero*. En este viaje, he aprendido cuál es ese poder. Ya no soy el mismo. Mi vida ha sido cambiada».

«Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Rom. 8: 28). Dios está *anhelando* derramar el poder de su Espíritu en cada uno de nosotros y en su iglesia. Los cristianos hoy no tenemos poder porque nuestra entrega no es completa, y a menudo confiamos más en nuestros métodos y planes que en el poder de Dios.

En la medida en que nos entreguemos a él y a su servicio, en esa misma medida experimentaremos la ayuda y el poder de Dios. Por una *entrega completa*, recibiremos un *poder completo*.

*«Todo aquel que se ofrece para el servicio del Señor,
sin negarle nada, recibe poder para
alcanzar resultados incalculables».²*

La crisis

En la noche del viernes 4 de marzo de 1977, mi familia volvió a casa de la iglesia y se preparó para ir a dormir. Vivíamos en un apartamento del cuarto piso a unos 340 kilómetros de Bucarest, capital de Rumanía.

De pronto, todo nuestro edificio empezó a moverse violentamente de lado a lado. La gente comenzó a chillar y a correr escaleras abajo. Un poderoso terremoto (de 7,2 grados en la escala Richter) estaba en plena acción. Millares de personas resultaron heridas y muchas perdieron sus vidas.

Los muebles se desplazaron en nuestro apartamento. El piano se desplomó. Los objetos se cayeron de las estanterías y nosotros luchábamos por mantenernos en pie. Mi madre gritaba: «Señor, si tengo pecados, por favor perdónalos. Te amamos, Señor. ¡Que todos seamos salvos!».

Mi padre sonrió y dijo:

–Cariño, no aguardes a una crisis para orar así. ¡Hazlo cada día!

Entonces empezó a cantar “Roca de la eternidad, fuiste abierta para mí”.

Mi madre preguntaba:

–¿Cómo puedes cantar durante un terremoto?

Él reía.

–¡Tan solo abro la boca y me viene! Caerán a mi lado mil y diez mil a mi derecha [cf. Sal. 91: 7], pero si Dios quiere que vivamos, viviremos.

Si él quiere que muramos, veremos a Jesús en el día de la resurrección. ¡Alabado sea el Señor! –Entonces se volvió hacia nosotros–. Tenéis voces –continuó–. ¡Cantemos! Dios está aquí. Estamos preparados para lo que sea.

Todos empezamos a cantar de nuevo “Roca de la eternidad, fuiste abierta para mí”.

El edificio aún estaba temblando cuando alguien llamó a nuestra puerta con mucha fuerza. Nos quedamos tan sorprendidos que dejamos de cantar.

–En medio de un terremoto, ¿alguien llama a la puerta? –preguntó mi padre, acercándose a abrirla.

Dos de nuestros vecinos estaban ahí.

–Señor Goia, ¿podemos entrar? –preguntó la mujer.

»Déjenos entrar, por favor –insistió–. No hay un lugar seguro en ninguna otra parte excepto aquí.

–¿Por qué diría usted que este es un lugar seguro? –preguntó mi padre. Respondió ella:

–Siempre le oímos cantar, mi marido y yo. Cuando nos peleamos y tenemos problemas, le escuchamos orar. Cuando los vecinos tienen alguna necesidad, usted les da alimentos y ora por ellos. Sabemos que Dios vive en su casa.

Nunca olvidaré las siguientes palabras:

»Este es el único lugar seguro en el edificio. Por favor, déjenos entrar. ¡El cielo está aquí y todos pueden verlo!

Mi padre abrió la puerta de par en par:

–Muy bien, ¡entren al cielo! –exclamó– Pueden cantar con nosotros. Les diré la letra.

Una vez que cesó el terremoto, mi padre oró. Luego puso un brazo alrededor de cada uno de los vecinos y dijo:

–Amigos, escuchen atentamente. No esperen a una crisis para invitar al cielo a entrar en su casa. Necesitan invitar al cielo a que entre

hoy y todos los días. Así, cuando sobrevenga la crisis, no les invadirá el pánico porque el cielo ya está en su hogar.

Aprende a caminar hoy con Dios

Jesús viene otra vez, ¡más pronto de lo que pensamos! No podemos esperar a la crisis para empezar a prepararnos.

Te digo lo que decía mi padre ya desde hace muchos años. Cada mañana hemos de entregar nuestra vida a Dios. Cada noche, hemos de confesar nuestros pecados y creer su promesa de perdón. Debemos buscar continuamente su presencia, morar en él y ser llenos de su Espíritu. Diariamente hemos de rendirnos y someter nuestros planes a Dios y conocer los suyos. Hemos de estar disponibles para el servicio. Hemos de ayudar a los demás, mostrarles amor y llegar a ellos para Dios. Debemos ir y contar. Necesitamos estar tan llenos de su presencia que el cielo viva en nosotros.

*A menos que hoy aprendamos a caminar con Dios,
no caminaremos con él mañana.*

Dios llama a su iglesia a una nueva vida con él. Él quiere llenarnos de su Espíritu. Quiere comenzar un reavivamiento en nosotros que se extienda por todo el mundo como un fuego. No podemos hacer eso con nuestras propias fuerzas, pero todo lo podemos en Cristo, quien nos fortalece. Él prometió su Espíritu para guiarnos en todas las cosas, y hemos de tener sed de su continua presencia en nosotros.

Ora hasta que recibas el Espíritu Santo. Ora para que Dios te mantenga conectado a él. El verdadero poder solo viene a través de la oración. El centro de nuestra oración debe ser Dios, su gloria y su obra. La función de la oración debe ser una relación: conocerle, acercarse a él y ser uno con él.

Pasa tiempo con Jesús. Ora sin cesar. Ora cuando conduces, cuando comes, cuando caminas, cuando hablas. El poder fluye a través de

la conexión. Y la única manera de conectarse con Dios es por medio de la oración y del estudio de su Palabra. No te preocupes sobre cómo crecerás espiritualmente; busca su presencia; esa es tu parte. Él prometió que si tú le buscas con todo tu corazón, le hallarás. Pasa tiempo con él.

Todas las personas de fe han sido personas de oración. Andaban con Dios y hablaban con él. Tenían su presencia. Dependían de su dirección. Caminar con Dios es mantenerse constantemente conectado. «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer. [...] Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho» (Juan 15: 4-7).

Si caes mañana y olvidas orar, no te desanimes; no te detengas. Regresa a la oración. No abandones. Si caes la semana que viene y olvidas orar, regresa a la oración. No te rindas. El justo caerá siete veces y se levantará de nuevo (ver Prov. 24: 16). Vuelve a la oración. No abandones.

Ora por personas. Ora específicamente. Confecciona una lista de nombres. Sé persistente, intencional y meticuloso. No seas genérico ni superficial. Debes darle importancia si deseas que Dios te conteste. Eleva oraciones específicas.

Entrega completa

Si ha habido alguna vez una época de servir a Jesús, ahora es esa época. Hemos de mostrar a la gente su amor porque su venida está más próxima de lo que pensamos. Jesús vino a salvar a los perdidos y necesitamos orar por ellos y buscarlos para su reino.

¿Cómo nos preparamos para su venida? No siendo meros espectadores. No limitándonos a asistir a la iglesia. Asistir allí es bueno y necesario. Pero hemos de prepararnos sirviendo. Además de la oración y el estudio, la misión debe ser nuestra prioridad. Dios nos dio talentos. Ahora nos llama a realizar pequeños actos de servicio diario en un mundo egoísta. A compartir las bendiciones que él nos da. Y así, construir relaciones y luego invitar a esas personas a seguir a Jesús.

La verdadera felicidad viene al bendecir y servir a los demás. Cuanto más bendecimos y servimos, más fuertes nos volvemos y más nos llegamos a parecer a Jesús.

Por la mañana, esta es mi oración: «Señor, hoy me pongo a tu disposición. Si necesitas que alguien sea ayudado, muéstramelo. Si alguien necesita oír acerca de ti, dame la oportunidad y lo haré. Muéstrame tus planes para este día. Haz de mí una bendición. Úsame».

Aún más importante, mantén los ojos en Jesús, el Capitán de tu salvación. No te mires a ti mismo y no supervises tu crecimiento espiritual. Eso te desanimará o te llenará de orgullo. «Fija tus ojos en Cristo, tan lleno de gracia y amor».³ Busca su presencia y su ayuda cada día, rinde tu vida diariamente y céntrate en él (no en ti).

Puede que pienses que no estás haciendo progreso alguno. De hecho, tal vez creas que cuanto más oras, estudias y sirves, cuanto más tratas de llegar a él, peor te vuelves. Esto son buenas noticias porque *«los que viven más cerca de Jesús son también los que mejor ven la fragilidad y culpabilidad de la humanidad, y su sola esperanza se cifra en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado»*.⁴ Cuanto más te acerques a Jesús, más comprenderás tu propia condición, y por tanto más le desearás a él y más le buscarás.

Fija los ojos en él, en su cruz, en sus promesas. Decide ejercer la fe: «No aguardes hasta sentir que estás sano, sino di: "Lo creo; así es, no porque lo sienta, sino porque Dios lo ha prometido". [...] Mediante este sencillo acto

de creer en Dios, el Espíritu Santo engendró nueva vida en tu corazón. Eres como un niño nacido en la familia de Dios, y *él te ama como a su Hijo*». ⁵

No hay poder en el yo. En cambio, hay infinito poder en Jesús. Busca su presencia, mantén los ojos en él y decide creer sus promesas. Él sí puede. Cuando le veas cara a cara, incluso en ese momento, no entenderás cómo has podido ser salvo, y entonces depositarás tu corona a sus pies y reconocerás que él es quien lo hizo todo.

Con espíritu y poder

Jesús viene muy pronto. ¡No hay tiempo que perder! Él nos llama a cada uno de nosotros a un nuevo caminar con él en su Espíritu y poder. Y hoy mismo hemos de empezar.

Cuando yo era pequeño, cada vez que caminaba hacia el colegio, pasaba por delante de un hombre mayor que vendía helados y que constantemente gritaba: «Hoy pagas, ¡mañana es gratis!». Le creí. Un día pagué por un helado de chocolate y pistacho. Al día siguiente me paré allí delante y le pedí mi helado gratis.

Replicó:

–Hoy pagas, mañana es gratis.

–Bueno, yo vine ayer y pagué, así que hoy debería ser gratis.

–No, hijo, ¡hoy pagas! Para el helado gratis, tienes que venir mañana.

Así que pagué otra vez. Sin embargo, estaba decidido a conseguir mi helado gratis el día siguiente.

–Aquí estoy. Quiero mi helado gratis.

–Has venido otra vez hoy; necesitas venir mañana.

–No, ayer era hoy, y hoy es mañana.

–No, hijo, hoy es hoy, y hoy pagas.

–¿Entonces cuándo es mañana?

–Hijo, mañana nunca llega.

Dios nos llama a estar listos hoy. A orar hoy. A rendirnos hoy.

A servir hoy. A buscar su presencia hoy. Hoy necesitamos ser llenos del Espíritu.

Cuando miramos a nuestro alrededor, sabemos que Jesús viene; no hay más tiempo que perder. Debemos llenarnos del Espíritu de Dios ahora, hoy, y todos los días.

Solo el Espíritu Santo prende la Palabra en nuestros corazones. Solo el Espíritu Santo nos empodera para practicar y obedecer la verdad. Solo el Espíritu Santo desarrolla fruto en nosotros. Solo el Espíritu Santo nos capacita para el servicio, restaura en nosotros la imagen de Dios y nos prepara para el cielo. Solo el Espíritu Santo puede hacer todas estas cosas en nosotros.

***«El estar en Cristo significa recibir constantemente de su Espíritu,
una vida de entrega sin reservas a su servicio».***

¡No esperes a mañana porque Jesús está a las puertas!

Necesitamos ser personas de oración. Nuestras iglesias han de ser casas de oración. ¡Debemos orar hasta...! Orar hasta ser llenos del Espíritu Santo y tener el poder de ser testigos de Dios. Debemos ir a todo el mundo y contarles las buenas nuevas. Debemos servir con una entrega total hasta el día en que veamos a Dios cara a cara.

¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!

RESUMEN

Ora continuamente. Pasa tiempo con Dios. Escúchale a través de su Palabra.

Ora específicamente por personas. Alcánzalas para Cristo.

Di alegremente: «¡Aquí estoy, Señor, envíame! Iré, usaré cada oportunidad que me des para amar y traer a otros hacia ti». Haz eso hoy y todos los días. No esperes a que llegue una crisis antes de buscar la presencia de Dios. Y, por encima de todo, mantén los ojos en Jesús, busca ser lleno de su Espíritu.

Pon tu confianza en él, en su gracia, en su poder y en sus promesas.

¡Jesús viene pronto!

Padre, haz de nosotros un pueblo de oración.

Envía el poder verdadero a través de tu Espíritu Santo.

Haznos testigos de ti ante el mundo entero.

Y ayúdanos a experimentarte como nunca antes.

Amén.

1 Elena G. White, *General Conference Bulletin*, 7 de abril, 1903, pág. 107 [traducción propia].

2 White, *El ministerio de curación*, pág. 117.

3 Del himno "Fija tus ojos en Cristo", *Himnario adventista*.

4 White, *El conflicto de los siglos*, pág. 464 (cursiva añadida).

5 White, *El camino a Cristo*, pág. 51.

6 White, *El Deseado de todas las gentes*, pág. 630.

CUARENTA DÍAS DE CONSAGRACIÓN ESPIRITUAL

¡Bienvenido al programa de 40 días de Consagración Espiritual del 2023 promovido por el Departamento de Ministerio Personal de la Iglesia Adventista de España!

En armonía con el proyecto "De Vuelta al Altar" ponemos este libro en tus manos seguros de que tendrá un impacto espiritual significativo en tu vida, en tu familia y en tu iglesia. Nuestra gran necesidad es la de ser llenos del Espíritu y creemos que esta iniciativa puede despertar e iniciar un avivamiento poderoso.

Te invitamos a sumergirte en las 40 meditaciones diarias que hemos preparado para acompañar la lectura del libro CON ESPÍRITU Y PODER del pastor Pavel Goia y, para obtener el mejor provecho de su contenido, sugerimos leer las páginas recomendadas en cada uno de los 40 días. Además encontrarás una reflexión, y un desafío espiritual diferentes cada día, todos diseñados para acercarte aún más a Dios.

El año eclesiástico en nuestra Unión está dividido en cuatro etapas, y estos 40 días de consagración espiritual corresponden a la primera: "Etapa de Preparación". El objetivo principal es la búsqueda diaria del bautismo del Espíritu Santo, porque son los programas, los proyectos, o las estrategias las que nos darán el poder para cumplir nuestra misión, sino que la promesa nos asegura que "recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo ..." Hechos 1.

Por eso es nuestro deseo que esto suceda en cada discípulo, en cada familia y en cada iglesia.

¡Maranatha!

Día 1 | Cuidó de mí ayer, ¿y no lo hará hoy también?

(Lectura para hoy: páginas 13-20)

«Debido a que él amó a tus antepasados, quiso bendecir a sus descendientes, así que él mismo te sacó de Egipto con un gran despliegue de poder» (Deut. 4: 37, NTV).

En los desafíos de la vida, recordemos cuánto hizo ya Dios por nosotros en el pasado. «No tenemos nada que temer del futuro» a menos que lo olvidemos (*Joyas de los Testimonios*, t. 3, pág. 654). Dios es amor y él nunca cambió, cambia, ni cambiará (1 Juan 4: 8; Sant. 1: 17; Heb. 13: 8).

Para reflexionar: Los momentos de angustia y preocupación nos tientan a centrarnos en nosotros mismos, pero la solución sigue siendo mantener la vista en Jesús y pedir su Espíritu. Solo eso genera la confianza y el carácter vencedores.

Reto del día: ¿Me hundiré en la próxima dificultad con la que me tope, o me aferraré al Dios capaz de mantenerme alegre en toda circunstancia?

Día 2 | Perder para ganar

(Lectura para hoy: páginas 21-23)

«Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará» (Mar. 8: 35).

Si están en juego nuestros principios, Dios nos sostendrá. Así lo ilustra la experiencia de Pavel con el sábado y la universalidad. Su padre le hizo ver que la clave

está en conocer a Dios sin obsesionarnos con nuestros problemas y tentaciones. No se trata de ser un héroe, sino de saber que en Jesús nuestro testimonio será el mejor y que creceremos espiritualmente.

Para reflexionar: Conviene meditar en las palabras de Pavel padre a su hijo: por encima del problema específico, nuestra primera necesidad siempre es conocer a Jesús.

Reto del día: Hoy seguiré familiarizándome con Dios para llegar a confiar en él, así como un niño pequeño confía instintivamente en su padre bueno y amoroso.

Día 3 | Necesitamos verdadero poder

(Lectura para hoy: páginas 23-26)

«Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo» (Hech. 1: 8).

Individualmente y como pueblo, nuestras oraciones han de centrarse en recibir al Espíritu que nos muestra cómo es Dios y nos hace semejantes a él (ver Luc. 11: 9-13; Juan 16: 13; Gál. 5: 22-23). De ahí vendrá el poder para no sufrir innecesariamente (p. ej., al vencer el orgullo) y la calidad de nuestro testimonio al mundo.

Para reflexionar: Si ante todo nuestro Padre desea que nos llenemos de su Espíritu, ¿podemos entender lo prioritaria que es la transformación del carácter?

Reto del día: En lugar de centrarme en “mis cosas” cotidianas, y sin dejar de atenderlas, anhelaré henchirme del Espíritu que da fruto en mi vida y suaviza todas mis relaciones.

Día 4 | Dios vela siempre, búscale a él sobre todas las cosas

(Lectura para hoy: páginas 26-30)

«Buscad, más bien, el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas» (Luc. 12: 31).

Cuando oremos, descansemos en Jesús. Él ya conoce nuestros problemas, él se encargará de gestionar cualquier situación como estime conveniente. Dejemos la ansiedad a un lado (ver 1 Ped. 5: 7), sean cuales sean nuestras circunstancias. Ocupémonos de buscar a Dios... y al final descubriremos que *él siempre estuvo a nuestro lado* (ver Sal. 139: 1-7; Mat. 28: 20).

Para reflexionar: La promesa del Espíritu la tenemos garantizada, pero Dios quiere que lo deseemos más que ninguna otra cosa. ¿Sabes por qué? Porque nos ama (Luc. 11: 9-13).

Reto del día: Viviré por la fe. Cuanto más conozca a Jesús, menos me angustiaré por nada. Y nada me apasionará tanto como conocer su Amor y su Verdad.

Día 5 | Saber que Dios me acompaña me llena de valor

(Lectura para hoy: páginas 31-33)

«Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo» (Juan 16: 33).

Como recordaba el padre de Pavel, somos hijos e hijas del Rey (ver 1 Tím. 1: 17). ¿Por qué habríamos de temer a simples humanos? (Mat. 10: 28). Aun en medio de persecución, podemos ser valientes con

el valor que nos confiere la fe en el Todopoderoso. Una fe que han de constatar nuestros perseguidores. Una fe capaz de impresionar sus corazones.

Para reflexionar: Para conservar el ánimo y valor, es fundamental tener siempre conciencia de la presencia de Dios. No es tanto cuestión de sentirla como de saberla. Esta certeza, la seguridad de su compañía, nos mantendrá firmes en cualquier situación.

Reto del día: Mi Rey y amoroso Padre está a mi lado, ¿a qué o a quién podría temer?

Día 6 | Mi fe es para cambiarme a mí, no a Dios

(Lectura para hoy: páginas 33-38)

«Y estamos seguros de que él nos escuchará cuando le pidamos algo que esté de acuerdo con su voluntad» (1 Juan 5: 14, NBV).

Un típico error de los cristianos es orar para convencer a Dios de que nos dé lo que le pedimos. Sin darnos cuenta, pretendemos manipularle. Pero la oración de fe no es para cambiar su voluntad. No es para que él cambie, sino nosotros. Somos nosotros quienes, en unión con Jesús, nos volvemos a imagen de Dios, que es el mismo siempre (Sant. 1: 17).

Para reflexionar: Dada nuestra naturaleza caída pedimos conforme a nuestros apetitos y a nuestra razón pecaminosa. ¿No es más beneficioso seguir la voluntad de Dios?

Reto del día: Padre mío, deseo conocer tu voluntad, pero todavía deseo más llegar a aceptarla, sea cual sea, aun sin conocerla.

Día 7 | Nunca estás solo

(Lectura para hoy: páginas 38-45)

«Me preparas mesa en presencia de mis angustiadores» (Sal. 23: 5, RV90). Acosado por otras personas, en tus noches de insomnio o enfermedad, en el dolor por la pérdida de un ser querido, el Buen Pastor siempre te acompaña (no sabemos cómo, pero él se las arregla). Conócelo para hacer tuya esta realidad. Cultiva una estrecha relación con él. No busques tanto milagros o «señales» (ver Juan 6: 25-27) como la certeza de la compañía divina. Y aprenderás a confiar *instintivamente* en él.

Para reflexionar: Es maravilloso saber que el mayor milagro no es la «señal» más espectacular. El mayor milagro es poder conocer a Dios y estar seguros de su presencia.

Reto del día: Hoy me acercaré aún más a mi Pastor y confiaré en él. Él será el centro y el guía de mi vida. Consciente de su compañía y dirección, nunca desfalleceré.

Día 8 | Conectados con Dios en medio del sufrimiento

(Lectura para hoy: páginas 45-47)

«Aunque deba yo pasar por el valle más sombrío, no temo sufrir daño alguno, porque tú estás conmigo; con tu vara de pastor me infundes nuevo aliento» (Sal. 23: 4, RVC). Para Pavel fue terriblemente doloroso perder a su padre, un sabio hombre de Dios. Pero justamente el recuerdo de aquel hombre y sus consejos, siempre centrados en Jesús, le ayudó a superar esa

pérdida tan grande. Su ejemplo había sido el de una vida de oración.

Para reflexionar: Orando, hablando con Dios, meditando en su Palabra, aprendemos a familiarizarnos con él. Así nos llenamos de confianza en sus promesas y en su misma presencia. ¿Qué puede haber mejor que buscarle cada día?

Reto del día: «Señor, no lo entiendo. No siento realmente lo que estoy por decirte. Pero voy a decidir confiar en tu Palabra. Tú eres Dios. Tú eres el Creador. Tú me amas y no puedes mentir. Señor, confío en tus promesas» (oración de Pavel tras perder a su padre).

Día 9 | La oración es poder porque nos abre al poder de Dios

(Lectura para hoy: páginas 48-51)

«No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu», dice Jehová» (Zac. 4: 6).

«Orad sin cesar» (1 Tes. 5: 17). «Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias» (Col. 4: 2).

Orar es conectarnos con el poder de Dios, y es siempre el poder de Dios el que origina y hace prosperar las historias de auténtica renovación en la humanidad. Persistir en la oración es necesario, pero no para convencer a Dios, sino para mantener viva la conexión con él y depender de su poder. De las oraciones individuales brota el reavivamiento colectivo.

Para reflexionar: «La respuesta a la oración es un proceso, no un hecho puntual», subraya Pavel. Orar de corazón genera crecimiento espiritual. ¿No es ya esto una respuesta de Dios?

Reto del día: Perseveraré en la oración, no con ansiedad ni angustia, sino sabiendo que Dios se toma su tiempo para preparar mi mente a fin de servirle a él y a mis semejantes.

Día 10 | ¿Vale la pena orar por los demás?

(Lectura para hoy: páginas 51-53)

«Orad en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velad en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos» (Efe. 6: 18).

La oración es una poderosa herramienta que Dios ha puesto a nuestro servicio. Mantiene y refuerza nuestro vínculo con él, pero también con el prójimo. Nos permite pensar seriamente en las necesidades de los demás, deseando de corazón que les vaya bien.

Para reflexionar: Hay quienes cuestionan la utilidad de la oración intercesora. Dios, dicen, ya conoce las necesidades de sus hijos. Pero, señala Pavel, cuanto más oramos por alguien, más lo amamos. No es raro que el Nuevo Testamento nos exhorte a orar por los demás.

Reto del día: Tomaré tiempo para orar tranquilamente y sin centrarme tanto en mí mismo.

Día 11 | Una pareja que mira a Jesús

(Lectura para hoy: páginas 53-57)

«¡Bendito sea tu manantial! ¡Alégrate con la mujer de tu juventud, con esa cervatilla amada y graciosa!» (Prov. 5: 18-19, RVC).

«Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis ásperos con ellas» (Col. 3: 19).

¡Pocas bendiciones comparables a la de un matrimonio feliz en Jesús! Cuando empezaban a conocerse, le dijo Daniela a Pavel: «Mi deseo siempre ha sido servir a Jesús». Y ese era también el deseo de su futuro esposo. El éxito de una pareja cristiana no depende solo de ello, pero sin duda este elemento contribuye a lograrlo.

Para reflexionar: Cuando la pareja se ama y sigue a Dios, el hogar es fuente de bendiciones para la comunidad. ¿Es difícil de entender por qué?

Reto del día: ¿Soy capaz de valorar lo que implica vivir con otra persona para siempre?

Día 12 | Dios no me olvida en las pruebas

(Lectura para hoy: páginas 57-63)

«Porque todas las promesas de Dios en él [Jesús] son "Sí". Por eso, por medio de él también nosotros decimos "Amén", para la gloria de Dios» (2 Cor. 1: 20, RVC).

Siendo Pavel estudiante, la policía anunció que iban a demoler la iglesia a la que asistía... Al sufrir los embates de la vida, y tal vez los ataques del enemigo, es cuando más necesito la seguridad de que Dios está conmigo y crearme sus promesas de que nunca me dejará. Al hacerlo, ya puedo vivirlas como promesas cumplidas.

Para reflexionar: No es Dios quien nos envía las penosas pruebas (ver Sant. 1: 13). Y si las permite, es porque tiene un plan para nosotros. Un plan de crecimiento espiritual.

Reto del día: ¿Me creeré hoy que Dios tiene un plan para mí pase lo que pase?

Día 13 | Quiero oír la voz de Dios

(Lectura para hoy: páginas 64-68)

«Clama a mí y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas» (Jer. 33: 3).

Ya estamos dispuestos a orar y a confiar en Dios aun ignorando sus planes. Pero todavía deseamos conocer su voluntad, oír su voz. Recordemos que orar es conversar: incluye escuchar a Dios, pero sin forzar sus respuestas. Paciencia, él sabe cuándo hablar. Leamos su Palabra por si nos reserva algo específico a través de ella. Meditemos en ella y oremos más.

Para reflexionar: Dios tiene sus ritmos, que adapta siempre a nuestras necesidades. Antes o después te hará ver lo que espera de ti. No siempre responderá durante el espacio de oración. Reconocerás mejor su voz cuanto más acostumbrado estés a relacionarte con él.

Reto del día: Voy a hablar con mi amigo Dios sin exigencias: él es el que sabe.

Día 14 | ¿Por qué Dios no me responde?

(Lectura para hoy: páginas 68-71)

«Encomienda al Señor tu camino; confía en él, y él hará. [...] Calla delante del Señor y espera en él» (Sal. 37: 5, 7, RVA-2015).

Al no ver respuesta a nuestras oraciones, creemos que Dios no nos escucha, pero no perdamos la perspectiva: es Dios siempre quien lleva la iniciativa. Él nos amó primero, fue él quien nos eligió y no nosotros a él (ver 1 Juan 4: 19; Juan 15: 16), etcétera. Aun si nosotros decidimos orar,

lo hacemos movidos por su Espíritu.

Para reflexionar: Cuando sientas que Dios calla, recuerda que sigue a tu lado. Sus razones tendrá para hacerte esperar. Seguramente quiere que tu fe siga madurando primero. Mantente a su disposición y pídele, en todo caso, que se haga su voluntad. Ya la conocerás.

Reto del día: Mientras espero su guía, no perderé de vista que Dios siempre me acompaña.

Día 15 | Dios piensa en grande y quiere que yo también

(Lectura para hoy: páginas 72-76)

«Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos, más que vuestros pensamientos» (Isa. 55: 9).

En la experiencia de Pavel con Martha vemos: 1. Que Dios puede revelar por igual su voluntad a cada uno de sus hijos, sea o no sea pastor. 2. La importancia de la persistencia cuando Dios nos ha dado a conocer sus planes y espera nuestra colaboración. Lo que él desea es que difundamos su luz al mundo, para lo cual no dejará de darnos fuerzas.

Para reflexionar: Las empresas de Dios son ingentes; sus objetivos, los más ambiciosos. Él siempre piensa en grande. Convertir un mundo sufriente y en pecado en una humanidad salvada es algo enorme. Recordar esto nos ayudará a reconocer su voz.

Reto del día: No me limitaré a llevar adelante lo que conciba mi mente, que es pequeña. Estaré disponible para que Dios, con su Espíritu, me asigne las más altas metas.

Día 16 | Si me amoldo a él, Dios hará grandes cosas conmigo

(Lectura para hoy: páginas 76-79)

«Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Rom. 12: 2).

El proyecto misionero y social de la iglesia de Pavel alcanzó dimensiones que no esperaban. Dios siempre quiere darnos más porque sabe lo que todos necesitan, y él anhela que sean felices. En este caso, la chispa surgió porque una hermana estuvo dispuesta a orar, escuchar y esperar los tiempos de Dios. Su entusiasmo y entrega contagiaron al resto de la iglesia.

Para reflexionar: Es interesante el testimonio de Pavel: «No tuvimos que convencer a los visitantes de la iglesia de nada; vieron a Dios en nuestro amor y en nuestra conducta. Vieron el carácter de Cristo reproducido en sus hijos».

Reto del día: Aunque no entienda por qué me lo pide, llevaré adelante el plan de Dios. De paso, él transformará mi corazón y los demás verán a Jesús en mí durante el proceso.

Día 17 | El amor todo lo disculpa

(Lectura para hoy: páginas 80-85)

«El amor es paciente, es bondadoso. [...] No se enoja fácilmente, no guarda rencor. [...] Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor jamás se extingue» (1 Cor. 13: 4-5, 7-8, NVI).

Quien haya tenido familia sabe el gran

desafío involucrado en educar a los hijos. Y lo mismo quien tenga que tratar con jóvenes, aún más si son «problemáticos». El pastor Traian e Irina, su esposa, eran conscientes de que los traviesos Pavel y Pitzi necesitaban límites, pero también de que el **amor** es el arma más poderosa para educar a una persona inmadura.

Para reflexionar: Como reconoce Pavel, Traian no solo predicaba sobre Dios. Él y su esposa estaban llenos del Espíritu y vivían la gracia de Dios en cómo trataban a esos gamberretes.

Reto del día: Si se espera que ame hasta a mis enemigos, ¿cómo no reaccionaré con amor y paciencia ante los fallos, travesuras y disgustos que me causen mis allegados y amigos?

Día 18 | Gracia frente a arrogancia

(Lectura para hoy: páginas 86-90)

«En él vivimos, nos movemos y somos» (Hech. 17: 28).

La excesiva audacia de Pitzi y Pavel los puso en grave riesgo. En una escalada, vieron la muerte de cerca. La vida de Pavel pendía del gancho de una bota sobre el abismo. Oró de todo corazón. Aquello le ayudó a comprender que no tenemos tanto control sobre nuestras vidas como creemos. Para **todo** en nuestra existencia, necesitamos la gracia de Dios.

Para reflexionar: Somos orgullosos y tendemos a confiar en nuestras fuerzas. Las lecciones de la vida muestran que es más sensato confiar en la gracia infinita de

Dios. Además, solo recibéndola podremos impartírsela a los demás. Si me sé amado, amaré más fácilmente.

Reto del día: Hoy meditaré en que Dios me ha dado talentos pero no me ha hecho autosuficiente. Todo mi afán es depender cada día más de él y de su gracia.

Día 19 | Practicando las lecciones del Maestro

(Lectura para hoy: páginas 91-95)

«De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará» (Juan 14: 12).

Pavel y sus amigos de la iglesia tuvieron éxito en reconducir a Elena hacia Jesús porque siguieron el propio modelo del Maestro. Él primero se ganaba la confianza de las personas relacionándose con ellas y haciéndoles el bien. Luego decía: «Sígueme». Sabía que para ganar su corazón necesitaba resultar creíble.

Para reflexionar: Observa cómo Pavel usó la creatividad, la picardía y la sabiduría psicológica para conectar con Elena. El amor genuino por los demás nos sugiere ideas sobre cómo ayudarlos y nos infunde audacia para ponerlas en práctica.

Reto del día: Hoy me encomendaré a Dios y trazaré un plan imaginativo sobre cómo alentar a una persona que está abatida, o bien para atraer a alguien a los pies de Jesús.

Día 20 | Quiero ser como Jesús

(Lectura para hoy: páginas 95-99)

«Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15: 5).

Elena, la amiga recuperada de Pavel, sabía por experiencia que las personas no pueden cambiar por sí mismas. Le faltaba por creer que Dios sí puede cambiarnos, a través del poder de su Espíritu morando en nosotros. Así recibimos un nuevo corazón y un carácter transformado: mucho más que un cambio externo de conducta.

Para reflexionar: Fijos los ojos en Jesús y fortalecidos por él, nos tornamos paulatinamente a imagen suya y empezamos a mirar y ver la vida entera de otro modo.

Reto del día: ¡Voy a ser como Jesús! Para lograrlo, pasaré cada día más tiempo a su lado hasta que llegue un momento en que nunca me separe más de él.

Día 21 | Solo el Espíritu da el fruto del Espíritu

(Lectura para hoy: páginas 99-102)

«Yo les daré un corazón íntegro, y pondré en ellos un espíritu renovado. Les arrancaré el corazón de piedra que ahora tienen, y pondré en ellos un corazón de carne» (Eze. 11: 19, NVI).

El nuevo nacimiento o nacimiento de lo alto (ver Juan 3) implica el cambio de carácter. Este se manifiesta mediante el fruto del Espíritu, pero no es algo automático (2 Cor. 3: 18). No hay que esperar a sentir-

lo para creer que ya se está produciendo, pues Dios lo ha prometido: la garantía radica en la fidelidad y el amor de Dios, no en lo que nosotros sentimos.

Para reflexionar: «Ningún hombre puede despojarse del yo por sí mismo» (*Palabras de vida del gran Maestro*, pág. 123). No le pidamos peras a un olmo. Decía Jesús que «no puede [...] el árbol malo dar frutos buenos» (Mat. 7: 18). ¿Cómo puedo yo pretender, de mí mismo, dar el fruto del Espíritu? Como le dijo Pavel a Elena, solo el Espíritu da el fruto del Espíritu.

Reto del día: Deseo ver en mí el fruto del Espíritu (amor, gozo, paz, paciencia...); no para sentir lo bueno que soy, sino para seguir conociendo la maravillosa bondad de Dios.

Día 22 | Mejor corregir con amor

(Lectura para hoy: páginas 103-107)

«¿Tienes en poco las riquezas de su bondad, tolerancia y paciencia, ignorando que la bondad de Dios te guía al arrepentimiento?» (Rom. 2: 4, BLA).

Alguien verá en Pavel a un niño consentido. Sus padres no eran perfectos, pero su apuesta por el amor, «arriesgada» y todo, ¡qué interesante resulta! Y parece tener algo que ver con la firmeza de Pavel en la fe. «Por nuestras acciones queremos mostrarte la gracia que Dios nos muestra para que le conozcas a él a través de nosotros», le decía su padre.

Para reflexionar: La corrección resulta necesaria, pero ¡es mucho mejor basarla en el amor que en el castigo! Los padres de

Pavel, en especial el padre, le corregían con el ejemplo. Se responsabilizaban de sus fechorías, pero sin enojarse ni disciplinar duramente a su hijo.

Reto del día: A mí también me encantaría mostrar la gracia divina a los demás, esa gracia que derrite corazones. Para ello, voy a seguir conociendo al Dios que nos revela Jesús.

Día 23 | Cuando soy víctima de otra persona

(Lectura para hoy: páginas 107-110)

«Dios mío, ¡líbrame de mis enemigos! ¡Ponme a salvo de los que me atacan!» (Sal. 59: 1, RVC).

Si ya es dura esta vida, ¿qué mayor desafío puede depararnos que el acoso de un enemigo? Es difícil imaginar una situación tan poco agradable, al menos en nuestras relaciones sociales. Para Pavel, su prueba decisiva al respecto llegó con Alvin, un miembro de iglesia muy rico acostumbrado a comprar a los pastores para que le dieran todos sus caprichos.

Para reflexionar: Pavel actuó honradamente frente a la despótica arbitrariedad de Alvin, quien tanto daño estaba dispuesto a causarle. Fue asertivo con él pero no logró cambiar la actitud de su enemigo. Incluso creía que algo así era imposible... ¿Estaba en lo cierto?

Reto del día: Padre mío, si hoy alguien me acosa, me hace daño y no sé cómo frenarlo, pondré el asunto en tus manos y oraré por esa persona.

Día 24 | La “locura” de amar a mi enemigo

(Lectura para hoy: páginas 111-113)

«Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen [...]. Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mat. 5: 44-48).

Al principio Pavel era «el bueno» y Alvin, «el malo». El segundo hacía la vida imposible al primero. Esto a Pavel le hizo sentirse «cargado de razón». Dada la contumacia de su enemigo, llegó a convencerse de que Alvin era un caso perdido que solo podía causar sufrimiento. Los meses pasaban y el odio de su enemigo hacia él parecía seguir intacto.

Para reflexionar: Pavel aún no comprendía el alcance del amor incondicional. Entonces Daniela le recordó *crudamente* la enseñanza de Jesús de amar incluso a nuestros enemigos. «En el grado en que ames a Alvin, en ese mismo grado amas a Jesús. ¿No entregó Jesús su vida por sus enemigos? Tienes que decir: “Señor, quítame la vida y sálvale a él”».

Reto del día: Deseo comprender esas palabras (¿exageraba Daniela?). Para ello, recordaré a Jesús, dispuesto a sufrir hasta la muerte por sus enemigos, y su oración de Lucas 23: 34.

Día 25 | Amar es comprender a los demás sin límites

(Lectura para hoy: páginas 114-115)

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Luc. 23: 34).

Pavel escuchó a su esposa y, movido del Espíritu, llegó a orar de todo corazón y sin reservas por Alvin. Así, dejó de sentir dolor de estómago cada vez que le veía. Alvin le seguía maltratando, pero Pavel ya no se lo tomaba en cuenta. Entendió que él, no menos que Alvin, necesitaba aprender la gran lección del amor. En realidad, tampoco él sabía lo que hacía.

Para reflexionar: En el transcurso del conflicto se puso de manifiesto que no era solo Alvin quien tenía que cambiar. La incapacidad de perdonar no evidencia menos nuestra naturaleza caída de lo que la evidencia el acoso a los demás. Quizá nos vendría bien copiar mil veces que la salvación (y por tanto el perdón) es pura y simplemente por gracia.

Reto del día: Me propongo amar a los demás como Jesús amaba, sin «graduar» mi amor en función de cómo me traten, y para eso tengo que conocer mejor al Maestro.

Día 26 | Dejaré a Dios la “venganza”

(Lectura para hoy: páginas 115-119)

«No paguéis a nadie mal por mal [...], porque escrito está: “Mía es la venganza, yo pagaré”, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber, pues haciendo esto, harás que le arda la cara de vergüenza» (Rom. 12: 17, 19-20).

El desenlace de la historia de Pavel y Alvin muestra lo equivocados que estaban los dos en sus percepciones recíprocas y, sobre todo, en la imagen que tenían de Dios. Pavel practicó al fin el amor a su enemigo y eso, por el poder del Espíritu,

derritió el corazón de Alvin. ¡Se hicieron amigos! Aún mejor: Alvin llegó a saberse perdonado y salvo por la gracia de Dios.

Para reflexionar: Todo indica que Alvin tenía que encontrarse con Pavel tanto como Pavel con Alvin. Uno, para experimentar la conversión; el otro, para comprender que el amor es capaz de romper cualquier barrera y para dejar la «venganza» a Dios. Por cierto, ¿cómo se «venga» Dios? (Ver Luc. 23: 34; Mat. 5: 38-48; cf. Rom. 12: 17-21).

Reto del día: Aprendiendo de Jesús, jamás me vengaré, excepto a la manera en que él lo «hace». Así les daré a mis enemigos la oportunidad de conocer cómo es Dios.

Día 27 | Su gracia es mi poder

(Lectura para hoy: páginas 120-123)

«Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Cor. 12: 9, NVI).

Andar con Dios es vivir moldeados y movidos por su Espíritu, siempre receptivos a él, sea cual sea nuestra situación en cada momento. Con el tiempo, aprendemos a reconocer su voz. Y andar con Dios es estar dispuestos a seguir esa voz aun si nuestra razón, estado de ánimo o estado físico nos «aconsejan» lo contrario.

Para reflexionar: Igual que Pavel, podemos estar demasiado cansados como para atender a otra persona. Pero ¿acaso el Dios que nos lo pide no nos dará el vigor para llevarlo a cabo?

Reto del día: Haré lo que Dios me mueva a hacer porque sé que al final será siempre lo mejor (también para mí).

Día 28 | Oraciones «egoístas»

(Lectura para hoy: páginas 123-127)

«Padre, si quieres, no me hagas beber este trago amargo; pero no se cumpla mi voluntad, sino la tuya» (Luc. 22: 42, NVI).

Nuestra manera de orar nos delata. Le pedimos a Dios: «Dame esto, haz aquello...». Ojo, no deberíamos sentirnos culpables por eso, pero resulta poco realista: Dios es quien mejor conoce nuestras necesidades. Así pues, siendo legítimo expresarle nuestros deseos, parece más lógico adaptarnos a su voluntad que esperar que él se adapte a la nuestra.

Para reflexionar: A Dios le encantan las oraciones «no egoístas». No le molesta que pidamos por nosotros mismos. Pero, como nos ama, prefiere que oremos por los demás. ¿Y no es cierto que «hay más bendición en dar que en recibir» (Hech. 20: 35, RVC)?

Reto del día: El fruto del Espíritu incluye paciencia y autodomínio. Aunque sienta que «me urge» tal o cual cosa, me adaptaré a lo que tú decidas, Padre mío.

Día 29 | Lo que Tú quieras

(Lectura para hoy: páginas 127-131)

«Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mat. 6: 10).

La entrega a Dios es ante todo la entrega de nuestra voluntad por la suya, para que sea esta la que se realice «en la tierra». La certeza de la presencia de Dios a mi lado me ayudará a entregarme cada día, recordándome que si está ahí es porque me

ama. Él es Amor, por eso no se despegaba de mí. Y por eso, no por capricho, quiere que se haga su voluntad y no la mía.

Para reflexionar: Dios siempre interviene para suplir necesidades, ajenas y nuestras. Nunca es arbitrario, siempre tiene una razón poderosa para pedirnos algo, nos apetezca más o menos. Pero además lo hará en función de nuestra capacidad, si es preciso aumentándola.

Reto del día: Padre, deseo hacer tu voluntad, ¡quiero cambiar el mundo contigo!

Día 30 | Abierto a las soluciones del Señor

(Lectura para hoy: páginas 132-135)

«Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre son las que Dios ha preparado para los que lo aman» (Mat. 6: 10). A menudo, humanos pequeñitos como somos, nos parece imposible tal o cual misión. A Pavel le dijeron en su nueva iglesia: «El evangelismo aquí no funciona». Su respuesta fue bastante lógica: si evangelizar es un mandato de Jesús, ¡ya se encargará él de que funcione! Y si es a través nuestro, ya nos dirá cómo. Busquemos ese «cómo» en oración.

Para reflexionar: Ya lo vimos el día 15: Dios piensa en grande y quiere que nosotros también. Nos propone metas ambiciosas, como las suyas. Oraciones «grandes», no pequeñas. Y específicas, no genéricas y superficiales (ver Sal. 103: 2), ¿te has preguntado por qué?

Reto del día: ¿Estoy abierto a que Dios me

sorprenda con las metas que me propone y, aún más, con su manera de alcanzarlas?

Día 31 | Un Dios relacional

(Lectura para hoy: páginas 135-140)

«En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros» (Juan 13: 35).

La respuesta divina a la oración de Pavel sobre cómo evangelizar se ajustó a la grandeza de Dios, a sus elevados deseos de que «ninguno se pierda, sino que todos se vuelvan a él» (2 Ped. 3: 9, RVC): el evangelismo debe ser *un estilo de vida permanente*, idea que en realidad ya aparece en su Palabra (ver Mat. 5: 13-14; Juan 13: 34-35; Hech. 2: 44-47; etc.).

Para reflexionar: Revisa el plan revelado a Pavel y verás su énfasis en las relaciones (con Dios y con el prójimo): «Todo [...] inmerso en la oración», «centrados en construir relaciones», «actividades sociales y solidarias»... ¡Las relaciones son vitales para Dios!

Reto del día: Para llegar a los demás con las Buenas Nuevas, la clave no radica en enseñar doctrinas ni en prescribir conductas, sino en establecer relaciones. ¿Estoy dispuesto?

Día 32 | Contigo, Padre, todo es más fácil

(Lectura para hoy: páginas 146-150)

«Si tu presencia no ha de acompañarnos, no nos saques de aquí» (Éxo. 33: 15).

Al emprender una campaña evangelística

o de ayuda a la comunidad, muchas veces pensamos que nos faltan recursos. No caemos en la cuenta de que lo fundamental es, una vez más, *reconocer la presencia de Dios* a nuestro lado. Si él nos habla y nos guía, ¡él provee! Así ocurrió, nuevamente, en la iglesia de Pavel.

Para reflexionar: El texto de hoy refleja fe: Moisés es consciente de que el éxito solo puede traerlo Dios. A la vez, aún no ha entendido que Dios *siempre* nos acompaña. Y eso, a pesar de que el propio Jehová acaba de prometérselo (versículo anterior). ¿Por qué nos cuesta asumir que él no nos deja nunca solos?

Reto del día: ¿De qué puedo tener miedo si Tú me acompañas? Hoy dejaré a un lado el temor cuando proceda a cumplir tus planes para mí y para mi iglesia.

Día 33 | No es función nuestra vencer a nadie

(Lectura para hoy: páginas 150-152)

«Y cuando él venga [el Espíritu Santo], vencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (Juan 16: 8).

En la iglesia de Pavel se centraron en la oración no egoísta, de enfoque relacional. Oraban continuamente, unos por otros y por las visitas. Así crecía su amor y se cumplía el consejo de Jesús en Juan 13: 34-35. No es raro que los visitantes dijeran: «Esta es la iglesia más amistosa, amorosa y consagrada a la oración que hemos visto». ¡Eso es evangelizar!

Para reflexionar: En esa iglesia tenían muy claro que quien convence es el Espí-

ritu, no nosotros los cristianos. Dios quiere que le demos todo el mérito a él, ¿será que lo desea por orgullo? (Pero recuerda que él es humilde; ver Mat. 11: 29).

Reto del día: Viviré unido a Dios sin empeñarme en adoctrinar a nadie, pues sé que quien cambia los corazones es su Espíritu, manifestado a través de nuestro amor.

Día 34 | Tampoco es misión mía vencer el pecado

(Lectura para hoy: páginas 153-155)

«¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Doy gracias a Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Rom. 7: 24-25, RVC).

Atrapados por algún pecado o problema, es común centrarnos en eso y no en Jesús. Así le ocurría a esa mujer enganchada a las drogas. Lo que necesitaba era mirar a Jesús, confiarle su problema y *descansar*. «No hay necesidad de confesar de nuevo –le dijo Pavel–. Es asunto terminado. La sangre de Jesús es absolutamente suficiente para usted».

Para reflexionar: Luchar una y otra vez contra el pecado genera impotencia y frustración. En cambio, depositarlo en Jesús nos llena de paz y purifica la conciencia (ver Heb. 10: 21-22) aunque vengamos recaídas. Y, morando en Cristo, ¿no acabará desapareciendo esa tendencia? Al conocerle, lo pecaminoso y dañino nos atrae cada vez menos.

Reto del día: No lucharé cuerpo a cuerpo con el pecado o el problema que me atenaza. Me entregaré a Jesús para que

él limpie mi conciencia y se encargue de todo lo demás.

Día 35 | ¡Probemos que vale la pena seguir a Jesús!

(Lectura para hoy: páginas 155-157).

«El que quiera hacer la voluntad de Dios, sabrá si la enseñanza es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» (Juan 7: 17, RVC).

Dios no nos necesita porque sea incapaz de hacerlo todo por sí mismo. Nos necesita porque, como Padre nuestro que es, quiere tenernos a su lado y felices. Nos necesita porque nos ama infinitamente. Por eso nos llama a hacer su voluntad y a trabajar por los demás. Esto nos permitirá conocer la verdad práctica de su Palabra y su origen divino.

Para reflexionar: ¿Y nosotros? Nosotros sí le necesitamos a él *para todo*. Andando sus caminos, conocemos mejor al Primero que los pisó. Nos volvemos a imagen suya. «Somos [...] creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas» (Efe. 2: 10). ¿No es maravilloso?!

Reto del día: Deseo de corazón andar en las obras que Dios preparó para mí y ejecutar fielmente sus planes en lugar de limitarme a la pequeñez de los míos.

Día 36 | Dios es el Señor del futuro, en él confiaré

(Lectura para hoy: páginas 158-163).

«Yo sé muy bien los planes que tengo para vosotros» (Jer. 29: 11).

Al relacionarnos con Dios, buscando su presencia, orando para ajustarnos a sus planes, él se vuelve más real. Su compañía nos resulta mucho más creíble. Seguirle y conocer su voluntad nos abre a su plena actuación en nuestras vidas y pone a nuestra disposición sus poderosos medios para llevar adelante sus planes.

Para reflexionar: «Cristo, en su vida terrenal, no se trazó planes personales. Aceptó los planes de Dios para él, y día tras día el Padre se los revelaba. Así deberíamos nosotros también depender de Dios» (*El colportor evangélico*, pág. 196).

Reto del día: No me obsesionaré por el futuro, ni por cómo resolver ese problema que me supera y angustia: oraré, tomaré una decisión y dejaré lo demás en manos de Dios.

Día 37 | El peligro de la "iglesia burbuja"

(Lectura para hoy: páginas 164-165)

«No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal» (Juan 17: 15).

En la iglesia somos muy dados a la hiperactividad *interna*. A veces, nuestros programas recargados de actividades parecen limitarse a garantizar el «crecimiento vegetativo», o a evitar el decrecimiento del número de miembros, en lugar de buscar la expansión del evangelio. Pero ese no era el plan de Jesús (ver Mat. 5: 13-16; 28: 19-20; Juan 13: 35).

Para reflexionar: Su padre le hizo ver a Pavel que nuestra función colectiva no es programar el autoconsumo espiritual sino salir al mundo para mostrar a Cris-

to en nuestras vidas. ¿Vamos a cumplir nuestra misión, o preferimos ser una «iglesia burbuja»?

Reto del día: Conoceré cada día más y mejor a Jesús de manera que mi vida lo «transparente» ante el mundo.

Día 38 | El problema no es la cosecha

(Lectura para hoy: página 166)

«Es abundante la cosecha –les dijo–, pero son pocos los obreros. Pedidle, por tanto, al Señor de la cosecha que mande obreros a su campo» (Luc. 10: 2, NVI-CST).

A menudo en la iglesia funcionamos por inercia, porque somos miembros y se nos espera los sábados, porque hay que mantener el local y justificar los sueldos de los pastores... Y olvidamos nuestra razón de ser: dar testimonio al mundo. Como dice Pavel, el problema no está en la cosecha (p. ej., «Aquí el evangelismo no funciona»), sino en los obreros.

Para reflexionar: Cuando *cada uno* se entrega plenamente a Dios, ya desde su hogar, en el trabajo y en la calle *hace misión*. Y al reunirse con los hermanos, comparte la experiencia y surge un efecto multiplicador. ¿Anhelamos al Espíritu cada día para cumplir la misión?

Reto del día: Como una enamorada cuenta las horas hasta reunirse con su amado, así quiero yo apartar tiempo para ti, Padre mío. Y un día descubriré que siempre estabas conmigo.

Día 39 | ¡Disfruta ya hoy de tu entrega completa al Señor!

(Lectura para hoy: página 167-174)

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Luc. 9: 23).

Cuanto antes nos rindamos al Señor, antes descubriremos las increíbles ventajas de esa entrega, en términos de paz y los demás frutos del Espíritu (ver Gál. 5: 22-23), y menos tardaremos en reflejar su poder. Así pues, la entrega plena y resuelta facilita una más rápida maduración espiritual y una mayor eficacia misionera.

Para reflexionar: Llegarán momentos en la vida en los que solo la fe nos sostendrá. Pero, para poder ejercerla entonces, ¿no debemos haberla cultivado antes? En palabras de Pavel: «A menos que hoy aprendamos a caminar con Dios, no caminaremos con él mañana».

Reto del día: No esperaré a que me sobrevenga una gran crisis para entregarme a ti, Señor. Entra y cena conmigo cada día. Así el miedo nunca prevalecerá sobre mi fe.

Día 40 | La verdadera felicidad

(Lectura para hoy: página 174-179)

«Por tanto [...], rodeados de una multitud tan grande de testigos, despojémonos del lastre que nos estorba, en especial del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante. Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe» (Heb. 12: 1-2, NVI).

De niño, Pavel resultó engañado por la

broma de un vendedor de helados: «Hoy pagas, ¡mañana es gratis!». Ya adulto, eso le haría pensar que, para bien y para mal, solo tenemos el *hoy*. Y el énfasis de Jesús es para bien (ver Mat. 6: 34). Hoy es el día de soltar el lastre de la mala conciencia y las preocupaciones, y dejar que Dios nos haga volar donde él quiera.

Para reflexionar: Vivir el hoy para bien es andar de la mano con Dios, nuestro amoroso Padre, y caminar bendiciendo a los demás. Es mirar a Jesús todo *el tiempo*, no en vano él es «el autor y consumidor de la fe» (Heb. 12: 2).

Reto del día: No me agobiare por el futuro ni por mi crecimiento espiritual, ¡solo me preocuparé de caminar contigo, Señor!

Durante años, los oyentes se han entusiasmado con las extraordinarias historias y los mensajes transformadores de Pavel Goia. Desde su infancia en la Rumanía comunista hasta su ministerio global, sus asombrosos testimonios de una vida bajo el poder del Espíritu Santo inspiran nuevas fuerzas y reafirman la fe.

Si anhela experimentar la clara dirección de Dios en su vida, si tiene hambre de conocerle más a través de la oración vigorosa, si está listo para pasar del desaliento aplastante a la libertad gozosa, deje que estas fascinantes aventuras de confianza y obediencia le inspiren con ideas prácticas y transformadoras de Espíritu y Poder.

«Pavel Goia ha vivido una vida de fe y oración y escribe desde el crisol de sus profundas experiencias con Dios. Sus notables historias de milagros divinos le inspirarán a caminar más profundamente con el Señor. Recomendando encarecidamente este libro como ayuda para su viaje espiritual».

Mark A. Finley, asistente del Presidente para Evangelismo, Conferencia General de los Adventistas del Séptimo Día

«Si usted piensa que luego del libro de Hechos no hubo más milagros y que la oración realmente no hace una gran diferencia... no lea este libro. Pero si está listo para que Dios "haga algo nuevo" en su vida, en su iglesia y en su mundo, no puede permitirse no leerlo. Créame, nunca volverá a ser el mismo».

Dwight K. Nelson, pastor principal de la Pioneer Memorial Church (Berrien Springs, Michigan).

«Jesús nos llama a cada uno de nosotros a experimentar la misma transformación espiritual asombrosa y los mismos milagros que experimentaron los creyentes de la iglesia primitiva. Leer las historias y lecciones de vida de Pavel y Daniela Goia es como descubrir un nuevo capítulo moderno del Libro de Hechos. Si usted busca un gozoso y victorioso caminar bajo la gracia, lea este libro y permita que Dios lo cambie a usted, a su familia, a su iglesia y al mundo con Su poder».

Jerry y Janet Page, secretario ministerial y secretaria ministerial adjunta de la Asociación Ministerial de la Asociación General



PAVEL GOIA es
Secretario Ministerial
Asociado de la
Asociación Ministerial de
la Conferencia General
y editor de *Ministry*,
Revista Internacional

para los pastores. Tiene un doctorado en Ministerio, está casado con Daniela y tienen dos hijos.



KELLY MOWRER
es la fundadora y
directora del ministerio
Live at the Well, una
organización sin ánimo
de lucro dedicada a
incentivar la alegría de

la práctica de una conexión vital con Dios. Kelly está casada con Ted, y tienen dos hijos adultos.



YO IRÉ



ACCIÓN
INTEGRADA



Safeliz



ISBN 978-84-19752-16-1



9 788419 752161